

MARIANA ENRIQUEZ

La hermana menor

Un retrato de Silvina Ocampo



ANAGRAMA
Biblioteca de la memoria

MARIANA ENRIQUEZ

La hermana menor

Un retrato de Silvina Ocampo



ANAGRAMA
Biblioteca de la memoria

Índice

Portada

La hermana menor

Créditos

Para mis padres, Juliana y Salvador

YO QUIERO QUE ME QUIERAN

Silvina se trepa al cedro del parque por la tarde, cuando la familia duerme. Es verano y todas las ventanas de la casa están cerradas, para que no entre el calor. Si los mayores supieran que está ahí, sentada sobre una rama, comiendo terrones de azúcar con limón, la harían bajar y la castigarían. O quizás dejarían pasar la travesura: Silvina es la menor de seis hermanas, sus padres están cansados de criar hijas. Años más tarde, ella dirá que se sentía como «el etcétera de la familia». Ser el etcétera tiene sus ventajas. Su familia es de las más ricas y aristocráticas de la Argentina, y su padre, Manuel Ocampo, es un hombre riguroso y conservador. Pero los controles son más relajados con ella. Que, además, sabe esconderse. Silvina es secreta.

El cedro al que se trepa está en un parque de más de diez hectáreas, coronado por una mansión fabulosa, de estilo francés, construida por su padre, que es ingeniero. El jardín suntuoso, donde en verano se ofrecen conciertos, termina en las barrancas del Río de la Plata. La mansión, que se llama Villa Ocampo, está ubicada en San Isidro, un suburbio a veinte kilómetros de la ciudad de Buenos Aires que, con los años, se convertirá en el barrio predilecto de los ricos, en el hogar más tradicional de la clase alta. Silvina, sobre la rama, ensucia un vestido blanco traído de París; su familia viaja a Francia una vez por año acompañada de decenas de sirvientes, y con frecuencia carga sobre el barco una vaca, o dos, para que las niñas puedan tomar leche fresca. La hermana mayor de Silvina, Victoria, que será una mujer célebre, escribirá en su *Autobiografía*: «La cosa había ocurrido en casa, o en la casa de al lado, o en la casa de enfrente: San Martín, Pueyrredón, Belgrano, Rosas, Urquiza, Sarmiento, Mitre, Roca, López. Todos eran parientes o amigos.» Es 1910, el año del Bicentenario de la Argentina, festejado el 25 de mayo. Al menos, festejado por una parte de la población, la que es rica y dueña de enormes extensiones de tierra, la que controla un sistema político elitista. Es presidente Roque Sáenz Peña, que

llegó al poder con irregularidades y fraude, vicios habituales del sistema por entonces. En dos años, el presidente promulgará la Ley Sáenz Peña, que establece el voto obligatorio, secreto y universal, impulsada sobre todo por los enormes cambios de la Argentina, que recibe inmigrantes europeos, vive revueltas obreras, especialmente anarquistas, e intentos revolucionarios del recién formado Partido Radical. Pero las turbulencias del país no rozan los veranos de la familia Ocampo en el hermosísimo suburbio de San Isidro. Pasan la mayor parte del año en la ciudad, en su mansión de la calle Viamonte, frente a la iglesia y el convento de las Catalinas, y viajan hasta San Isidro en tren; el último tramo, entre la estación y la casa, lo hacen en carruaje. También pasan tiempo en sus campos de Pergamino, en la provincia de Buenos Aires, o en la estancia de Villa Allende, Córdoba. Pero, por lo general, el verano es en Villa Ocampo, donde Silvina se sube a los árboles durante la siesta, donde está la casa color ocre con escalinatas y techos de pizarra gris, un poco mansión victoriana, un poco francesa, un poco italiana: el eclecticismo arquitectónico argentino. Sobre el cedro, Silvina espera a sus visitantes favoritos: los mendigos. Cada vez que los ve llegar, corre a la casa para anunciarlos: «¡Llegaron los mendigos!», grita. Cuando ella misma escriba su autobiografía, *Inversiones del recuerdo*, un largo poema en prosa publicado de forma póstuma, recordará a algunos: «Aquellos mendigos eran del color de las hojas secas / no eran de carne, / eran del color de la tierra, no tenían sangre, / el pelo les crecía como mata de pasto / y los ojos estaban en sus caras como el agua de las fuentes / en los jardines; / por eso le gustaban. / Algunos eran ciegos, / con ojos del color de los ópalos o de las piedras de luna, / otros rengos o mancos, dando pasos de baile/ otros marcados de viruela / otros con la mitad de la cara comida / como estatuas de terracota / otros ebrios con manchas coloradas. / Cuando se iban, se iba un poco de su alegría /... / Un día una de las sirvientas la encontró, / en un momento de descuido, /con una mendiga que le mostraba un pecho y un muslo con llagas y que le decía / Vea mis llagas, niñita Jesús.»

Silvina no ama solamente a los mendigos. Ama a los sirvientes de la casa. Ama a las niñeras, a las costureras, a las planchadoras, a los cocineros que viven en las dependencias de servicio del último piso. Ama a los

trabajadores y a los pobres. Nunca, en toda su vida, ese amor se transformará en algún tipo de conciencia política o de acción social concreta. Escribe Blas Matamoro en su ensayo dedicado a Silvina Ocampo, titulado «La nena terrible», de su libro *Oligarquía y literatura* (Ediciones del Sol, 1975): «El enfrentamiento de los niños terribles pasa por el odio a la familia, y se detiene allí: como hijos de la gran burguesía, no tienen oposición fundamental contra todo el orden social, pero su calidad de marginados familiares les crea una oposición parcial con una de las instituciones fundamentales de ese orden como lo es la familia. Los niños terribles asumen el Mal, no la Revolución.»

Y hay algo retorcido, algo perverso, en esa fascinación de Silvina niña esperando a los mendigos sobre el cedro. En una de muchas entrevistas que le hizo en 1987 Hugo Beccacece, periodista, escritor y director durante décadas del suplemento de cultura del diario *La Nación*, Silvina explicó: «A mí me encantaba servirles té con leche o café con leche; algo que tuviera leche con nata. A mí la nata me parecía asquerosa pero me daba curiosidad ver cómo los otros se tragaban la nata tan repugnante. La pobreza me parecía divina. En ese entonces, cerca de San Isidro, vivían muchos chicos pobres. A mí me parecían tan superiores a los que nos visitaban, mucho más divertidos que mis primas. Mis primas eran unas pavotas, unas inútiles. No sabían robar nada (...), estaban siempre impecables, no querían ensuciarse, no se movían para no desarreglarse. Los mendigos, en cambio, tenían unas crenchas espléndidas. Porque a mí no me gusta la gente muy peinada. Esos chicos pobres estaban siempre quemados por el sol; tenían un color de piel tan lindo. Siempre me quedó la añoranza de la pobreza. Después crecí y me di cuenta de que la riqueza tiene sus ventajas. Pero la pobreza te da libertad, uno no está temiendo perder nada, no está atado a nada.» La niña que da de comer y beber a los mendigos no arde de caridad religiosa ni muestra compasión: está, más bien, fascinada por esos desesperados con una inocencia vertiginosa, feroz. Le parecen tan distintos a ella; los sabe, intuitivamente entonces, con certeza cuando los describe años después, su opuesto. Lo que de verdad le gusta. «En San Isidro hice retratos de toda la gente que vivía en el Bajo, de los pobres, de los guardabarreras, de los linyeras», contó en la misma entrevista con Beccacece. «Me había hecho

amiga de todos ellos, los saludaba, los besaba. A mi familia le parecía muy mal que yo tuviera esas amistades. Tenía miedo de que me robaran algo, de que me contagiaran alguna enfermedad, de que me hicieran quién sabe qué cosa. Una vez alguien de los míos me dijo: “No podés tener trato con esa gente. Así nunca vas a lograr que te respeten.” Y yo le respondí: “Yo no quiero que me respeten. Yo quiero que me quieran.”»

Hermana de Victoria Ocampo, esposa de Adolfo Bioy Casares, amiga íntima de Jorge Luis Borges, una de las mujeres más ricas y extravagantes de la Argentina, una de las escritoras más talentosas y extrañas de la literatura en español: todos esos títulos no la explican, no la definen, no sirven para entender su misterio. Nunca trabajó por dinero –no lo necesitaba–, no participó de ningún tipo de actividad política (ni siquiera de política cultural), publicó su último libro cuatro años antes de morir (y escribió incluso cuando ya tenía los primeros síntomas de alzhéimer, con casi noventa años) y su vida social, siempre reducida, se fue haciendo nula con los años, algo casi inaudito en una mujer de su clase. El dinero le dio libertad pero nunca pareció demasiado consciente de sus privilegios, que, puede decirse, apenas usó.

Silvina Inocencia María Ocampo nació el 28 de julio de 1903 en la casa familiar de Viamonte 550, en la ciudad de Buenos Aires. Fue la menor de seis hermanas, después de Victoria, Angélica, Francisca, Rosa y Clara. No fue a la escuela porque los Ocampo educaban a sus hijas en casa, con institutrices. Las clases de ciencias naturales, aritmética, catecismo, dibujo e historia se dictaban en francés; las chicas aprendían también inglés, italiano y español, pero este idioma venía casi último en la lista de prioridades. Silvina, de chica, escribía en inglés, porque la gramática del español le resultaba «imposible». Escribía largas cartas, a amigas reales e imaginarias, y composiciones basadas en la historia de Inglaterra, sobre todo acerca de los príncipes Eduardo V y su hermano Ricardo, los niños encerrados en la Torre de Londres en 1483. Amaba su casa natal, la de la calle Viamonte, en pleno centro de la ciudad. Escribió sobre ella y la describió en poemas y cuentos: su claraboya azul, su enorme escalinata de mármol, el último piso,

el de las dependencias de servicio, donde pasaba la mayor parte del tiempo. «Era muy amiga de todas esas personas de ese último piso y naturalmente me dejaban hacer trabajos que me gustaban, como planchar, coser, usar la tijera, usar el cuchillo en la cocina», le contó a Noemí Ulla, escritora, crítica y amiga, en el libro *Encuentros con Silvina Ocampo* (De Belgrano, 1982/Leviatán, 2003). «Me llamaban la primera oficial; iba a coser una costurera, entonces yo jugaba con el maniquí. Yo tenía gusto para la costura. Pensaba “cuando sea grande voy a ser costurera”. Mis hermanas no iban a ese último piso. Yo era la mimada, en cierto modo. Y algunas veces hacía alguna travesura a la planchadora –que era sorda– con cierta crueldad. Cuando ella salía del cuarto de planchar yo me metía debajo de la mesa y cuando volvía le agarraba las dos piernas y no se las soltaba. Como era sorda, eso le daba más miedo que a cualquier otra persona.»

Gran parte de la literatura de Silvina Ocampo parece contenida allí: en la infancia, en las dependencias de servicio. De allí parecen venir sus cuentos protagonizados por niños crueles, niños asesinos, niños asesinados, niños suicidas, niños abusados, niños pirómanos, niños perversos, niños que no quieren crecer, niños que nacen viejos, niñas brujas, niñas videntes; sus cuentos protagonizados por peluqueras, por costureras, por institutrices, por adivinas, por jorobados, por perros embalsamados, por planchadoras. Su primer libro de cuentos, *Viaje olvidado* (1937), es su infancia deformada y recreada por la memoria; *Invenciones del recuerdo*, su libro póstumo, de 2006, es una autobiografía infantil. No hay periodo que la fascine más; no hay época que le interese tanto.

Pero, de chica, Silvina apenas escribe, salvo esas cartas y las redacciones para las institutrices (y un primer poema, un diálogo entre una modista y su maniquí, que se perdió). De chica, dibuja.

Cuando los Ocampo viajaban a París, se alojaban en el Hotel Majestic, n.º 19 de la Avenue Kléber. Durante el verano europeo pasaban también algunos días en Biarritz, en el Hotel du Palais. Pero fue en 1908, en un viaje familiar que duró dos años, cuando la familia creyó –por error– que Silvina tenía grandes condiciones: sus hermanas mayores, que estudiaban dibujo, abandonaban los bocetos en el suelo. Silvina, que andaba merodeando, recogía los papeles descartados. Así fue como calcó una bailarina y todo el

mundo creyó que era un dibujo original. Después, calcó un caballo («Había trazado un promontorio que parecía dos frutas / entre las patas traseras del animal / Fue tal vez una de sus hermanas / la que le dijo “no, esto no” / y le obligó a borrar la parte / que empezó a parecerle vergonzosa», escribe en *Invenciones del recuerdo*. De vuelta en Buenos Aires, la familia contrató a una maestra de dibujo para ella: lo primero que le enseñó a dibujar fue una botella y una naranja.

Al mismo tiempo que aprendía a dibujar, Silvina tuvo un breve periodo de religiosidad intensa, y rezaba todas las noches oraciones especiales, secretas, porque las que le enseñaban le parecían poca cosa. También vivía noches de pánico cuando su madre, Ramona Aguirre, salía a cenar o al teatro; ella creía que nunca iba a volver, que la abandonaría. Amaba a su madre pero también a sus niñeras, pasaba mucho más tiempo con ellas. Y hablaba muy poco. Los adultos le preguntaban si le habían comido la lengua, y la sola idea de que alguien pudiera mutilarla así la aterraba. Cuando iba a jugar a los bosques de Palermo, recogía vidrios y miraba los pájaros; su padre le compraba globos. Jugaba muy poco con otros chicos: no tenía amigas de su edad. Sus hermanas más grandes no le prestaban atención. La única que ocasionalmente quería ser su compañera de juegos era Clara, la más cercana, cinco años mayor.

Una tarde, Clara y Silvina miraban pasar, juntas, un desfile militar desde uno de los balcones de la casa de la calle Viamonte, en Buenos Aires. Era invierno, el 9 de julio probablemente, día de la Independencia argentina. Clara tenía once años; Silvina, seis. Entusiasmada por los soldados, Silvina se dio vuelta para comentarle algo a su hermana, y cuando le miró la cara se la vio color violeta, con rastros celestes. Días después, Clara murió de diabetes infantil. Recuerda Silvina, en *Encuentros con Silvina Ocampo*, de Noemí Ulla: «Nadie me dijo que estaba muriendo. Había un barullo en la casa... y era de noche, yo me hacía la que estaba durmiendo, pero miraba a ver qué pasaba. Había un movimiento en la casa completamente inaudito a esa hora. Después mi madre estaba rodeada de señoras, me llamaron a la sala para que saludara a las visitas y mi madre estaba toda de negro. Entonces yo me acerqué a darle un beso a mamá y ella me dijo: “¿Sabés que Clarita se fue al cielo?” Yo supe que esa frase era una cosa oscura,

horrible como un precipicio, a pesar de que ella me lo dijo tratando de hacer –supongo– una voz tranquila, más bien sonriente. Ahí supe que se había muerto, a pesar de que me lo dijo así. Después me pusieron un cinturón negro en signo de duelo. Entonces lloré. Pero lloré porque creía que había que llorar, porque había visto llorar a personas alrededor. ¡Me sentía tan sola! Acudí al último piso, donde se planchaba la ropa, y veía que todas las personas que estaban atareadas con los trabajos de lavar, de planchar, de limpiar, no lloraban, entonces me acurruqué ahí y no quería bajar, no quería ver a la gente que estaba toda vestida de negro y que lloraba y lloraba. Y sin embargo me hicieron bajar, me hicieron llamar. Yo creo que ahí empezó mi odio a la sociabilidad.»

En su cuento «La siesta del cedro», de *Viaje olvidado* (1937), a una niña se le muere de tuberculosis su mejor amiga. Silvina siempre negó que estuviera inspirado en Clara; decía que era autobiográfico pero que no se trataba de su hermana, sino de otra amiga real, que también murió. Nunca dio detalles de esa amiga. La muerte de Clara, sin embargo, no es el episodio más revisitado de su infancia aunque lo recrea en *Invenciones del recuerdo*, donde Clara se llama Gabriel, como el arcángel.

El episodio infantil más recreado es el que cuenta en otro relato autobiográfico, «El pecado mortal», incluido en el libro *Las invitadas* (1961). Allí, una niña de la alta burguesía es dejada al cuidado de un sirviente de confianza, Chango, cada vez que hay «una muerte o una fiesta». Chango es una figura amenazante y a la vez seductora: la niña lo sigue, lo espía, especialmente cuando va al baño, donde se «demora». Un día, cuando están solos, mientras la niña queda al cuidado de Chango, él se mete en el cuarto de baño y la obliga a espiar por la cerradura. Chango se exhibe, o se masturba. La niña no reacciona con disgusto, tampoco lo cuenta a sus padres. Faltan días para su primera comunión y no confiesa la experiencia. Por eso, cree, comulga en pecado mortal. Y en pecado mortal permanece.

Silvina dijo varias veces que el episodio era autobiográfico, en entrevistas, a sus amigos. En *Invenciones del recuerdo* hay una recreación de este descubrimiento del sexo del hombre antes de la comunión, pero también hay variaciones, repeticiones e insistencias mucho más explícitas e

inquietantes. Escribe: «La cinturita del vestido / que un ser angelical eligió / como para un ángel / la falda ahora levantada por el viento del infierno / Un cilindro de carne exhibido / para los términos de la geometría / “Quedate no te vayas” /... / La puerta está abierta para que nada parezca un secreto / en el último piso de la casa / el ascensor baja pero nadie sube / no suben a rescatarla / Dios mío, lo buscaba / ¿Dios subiría en ese ascensor? /... /... Algo que no era un perro recién nacido / asomaba por entre los pliegues de su camisa / adentro del pantalón entreabierto / no podía ser un perro / era un objeto que formaba parte / del cuerpo del hombre... / Una vez la encontró echada / sobre el linóleo del piso / entre muñecas y cuadernos / oyendo el susurro lascivo de una voz que le preguntaba / ¿Te gustaría ser una señorita? / Nunca Chango se había atrevido a tanto / Acarició su pierna levemente / Era como el roce de una mosca.»

Se refirió varias veces, aunque de manera fugaz, a su «precocidad» sexual. Nunca se refirió a este episodio –o a estos episodios, si es que se repitieron– como abusos. Más bien, según escribe en *Invenciones del recuerdo*, los consideraba experiencias iniciáticas en la contemplación y el ambiguo placer de lo prohibido: «Temblando se arrodillaba / entre las sábanas frías / pidiendo perdón a Dios / pero lúbricas imágenes / la abrasaban en cuanto volvía a meterse en la cama / y entonces volvía a sentir / transida el alma de dolor / el placer del orgasmo.»

NO SE PUEDEN VER LAS FORMAS BAJO LA CONFUSIÓN DE TANTOS COLORES

Silvina Ocampo fue pintora antes de ser escritora. Muchos amigos guardan sus dibujos como si fueran tesoros, exhibidos en lugares destacados de sus magníficos departamentos. Francis Korn –amiga desde los setenta, antropóloga y escritora, la primera mujer argentina con un doctorado en Oxford– tiene, en su estudio, un extrañísimo dibujo de Silvina que se llama «Las gemelas lentas». Son dos mujeres saliendo del mar, idénticas, raras. En el living, su retrato: Francis joven, de rasgos agudos y grandes ojos azules, el cabello rubio con las ondas bien marcadas. «Si te quería, te retrataba», dice.

Jorge Torres Zavaleta, escritor, cuentista y novelista, hijo de una familia tradicional argentina, uno de los amigos jóvenes de los últimos años de Silvina –fue su vecino– conserva tres dibujos. Dos son retratos; en el primero, él aparece como un pensador juvenil. Silvina firmó: «Para Jorge Ramón, porque nos extrañamos cuando no nos vemos». El otro retrato lleva una firma más rara: «A Jorge Ramón, un dibujo que no me gusta». Y el tercer dibujo está hecho sobre papel de lija, una hermosa chica, de perfil.

A Noemí Ulla le hizo un retrato para que apareciera en la portada de su libro de cuentos *El ramito*, que se publicó en 1990.

Todos la recuerdan dibujando, todo el tiempo y en cualquier superficie, y sus dibujos están dispersos por toda la ciudad y el país. María Esther Vázquez, escritora, biógrafa de Jorge Luis Borges –además de su novia durante unos meses, en los años sesenta– y de Victoria Ocampo, columnista durante décadas del diario *La Nación*, cuenta cómo era posar para Silvina en un perfil publicado en 2003: «Tenía su encanto y cierta incomodidad. Ella miraba fijamente a su modelo como, imagino, el entomólogo observa al insecto que desmembrará segundos después. Era una mirada fría y cruda que duraba bastante. Luego, subiéndose los anteojos sobre la frente, acercaba la cabeza hacia el papel y trazaba unas líneas. Ese juego alternado de examinar a su presa, subir y bajar los anteojos podía durar bastante. Después, de golpe, cerraba la carpeta y no dejaba ver su trabajo. Pasados dos o tres días, el modelo volvía a posar y ella seguía con la tarea.»

A los veintiséis años, después de la muerte de su padre, Silvina Ocampo se fue a estudiar pintura, diseño y dibujo a París. En sus dos casas de Buenos Aires –el fabuloso edificio que ocupó en Santa Fe y Ecuador y el no menos extraordinario de la calle Posadas– siempre tuvo un atelier. Pero de su obra plástica no se conserva un archivo ordenado.

Ernesto Montequin, albacea de Silvina –nombrado por la familia después de su muerte porque es uno de los mayores especialistas sobre la autora, a pesar de que todavía no cumplió cincuenta años–, cuenta: «Dejó de pintar en 1940, más o menos. Lo que se conservan son dibujos y unos pocos óleos, dibujos de juventud, muchos retratos, dibujos automáticos, formas fantásticas, animales, o personas que conocía; los hacía con birome, con marcadores, con lo que tenía a mano. Son retratos a mano alzada. La

obra dispersa de este tipo es importante. Y hace tiempo que tenemos ganas de reunirla y hacer una muestra.»

De esa Silvina en París, a los veintiséis años, los rastros son casi de niebla. Vivió en la casa de una parienta, después alquiló su propio estudio en la Rive Gauche y se unió al «grupo de París», los jóvenes pintores argentinos en la capital francesa: Horacio Butler, Norah Borges (la hermana de Jorge Luis), Luis Saslavsky, Xul Solar, Petit de Murat y varios otros. De Norah se hizo muy amiga, y muchos años después hicieron un libro a dúo: *Breve santoral* (1985), con poemas de Silvina y dibujos de Norah: dibujos bellos y piadosos; poemas extrañísimos, con santos travestidos e invocaciones obsesivas al ángel de la guarda. Pero, sobre todo, se puso a buscar un maestro. Silvina quería estudiar con André Derain, uno de los fundadores del fauvismo, pero cuando vio sus cuadros, no le gustaron. Entonces fue a buscar a Picasso. Pero él apenas entreabrió la puerta y le pidió que se fuera. Silvina insistió. «Lo fui a ver mil veces pero no quiso tomarme como alumna; creo que a él no le gustaba dar clase», le contó a Noemí Ulla. Entonces dio, no muy convencida, con Giorgio de Chirico, fundador de la *Scuola metafisica*, el artista plástico que más decisivamente influenció a los surrealistas. «Fui a la inauguración de una de sus muestras, y no me gustaron nada esos cuadros, pero él me los mostraba encantado», contó en una entrevista de los años setenta con Marcelo Pichon Rivière. «No sé por qué, me dio un ataque de risa, no podía evitarlo. Él, sin embargo, permanecía muy serio. Estudié seis meses con él. Apenas si hablaba, salvo para decirme si quería psicoanalizarme. La primera vez que me lo dijo casi me muero de susto. No era un buen maestro, a pesar de su gran talento, porque quería que yo pintara como él. Cuando faltaba poco para que me fuera de París, empezó a hablarme más. Algunos de los cuadros que pinté eran parecidos a los de él. Serían cuatro. Antes de irme, me preguntó: “¿Quiere que los firme?” Yo le dije que no.» No fue el último maestro: poco antes de volver a la Argentina, decidió tomar clases con Fernand Léger, maestro del cubismo, gran amigo de Le Corbusier. La academia de Léger era un gigantesco galpón transformado en taller; las modelos, desnudas, posaban aburridas, a Silvina le parecían tristes, tan solas sobre sus plataformas. De Léger le interesaba, sobre todo, el dibujo: «Los

dibujos bajo sus pinturas, perdidos entre los infinitos colores y pinceladas que ningún otro artista lograba imitar.»

De ese tiempo que pasó en París, pintando a las lánguidas chicas desnudas, ella nunca habló demasiado. Es posible reconstruir un poco esos días con testimonios de otros. El pintor argentino Antonio Berni recuerda que se encontraban, en el café La Rotonde, no solo con otros plásticos – Butler, Spilimbergo, Raquel Forner–, sino con escritores y poetas como Marechal, Jacobo Fijman, Oliverio Girondo.

De todos los artistas de la época, el que más recordaba a Silvina era Horacio Butler, que murió en 1983. Pintor, académico, agitador cultural – organizó el Primer Salón de Pintura Moderna en Buenos Aires en 1928–, fue también escenógrafo y narrador. Y pudo haber sido novio de Silvina allá en París, aunque ella, las pocas veces que se refería a Butler, negaba los rumores con un tajante «solamente amigos». En *Butler. Conversaciones con María Esther Vázquez* –una larga entrevista en forma de libro publicada en 2001 por el Ministerio de Cultura de Argentina–, el artista recordaba a Silvina: «Atraía en ella ese encanto misterioso, casi reticente, de las mujeres vueltas sobre sí mismas, ensimismadas en el descubrimiento de su propia naturaleza. Además, siendo muy inteligente y sin prejuicios, se detenía en las cosas como si las viera por primera vez. Era una mujer extraña y sensual, muy atractiva y distante. Había semanas en las cuales nos encontrábamos todos los días; otras, en las que desaparecía y nadie sabía nada de ella. Solía desarrollar argumentos muy raros, medio disparatados... Fantaseaba todo el tiempo... Le encantaba tomarnos el pelo... Escribía largas cartas; recuerdo una en particular en la cual hablaba de los distintos colores del Sena según desde dónde se lo mirara. La guardé mucho tiempo porque me había impresionado su percepción de los diversos matices y de los reflejos sobre el agua...»

¿Adónde iría Silvina en esos días, cuando desaparecía, cuando nadie sabía de ella? ¿Al encuentro de algún amante o a vagabundear, a pasear, a recorrer la ciudad? Es un misterio. Sin embargo estaba, claramente, muy interesada en la pintura y sus nuevas tendencias. Con Horacio Butler, en 1931 y desde París, firmó una carta abierta junto a otros veintisiete artistas e intelectuales argentinos que apareció en todos los diarios de Buenos Aires.

La carta abierta se llamó «Manifiesto» y estaba dirigida a Atilio Chiappori, entonces director del Museo Nacional de Bellas Artes, que un año antes había escrito un artículo en el que rechazaba dura y abiertamente las tendencias del arte moderno. El manifiesto firmado por Silvina Ocampo decía: «Es necesario que sepa Ud., como director de nuestro Museo Nacional, que no hay ya galería en los países cuyo espíritu se ha impuesto al mundo contemporáneo que no tenga salas enteras destinadas a la pintura que su ignorancia pretende condenar. Es usted responsable, por el momento, de nuestro patrimonio artístico y en sus manos está el enriquecerlo inteligentemente o el persistir en su lamentable estado actual de mediocridad.»

A fines de 1932 o principios de 1933, Silvina estaba otra vez en Buenos Aires. No parecía del todo decidida a hacer carrera como pintora; probablemente, no creía en su talento. Hacia 1934, con su amiguísima prima Julia Bullrich de Saint y Horacio Butler –que también había vuelto a la Argentina– fundó la compañía para títeres La Sirena, con decorados y muñecos realizados por ellos mismos. Julia y Silvina eligieron los textos a representar y la música: «Barba azul» y «La bella y la bestia» y «Juancito y las habas», con música de Satie y Ravel. Pero el espectáculo se levantó por falta de público después de un par de funciones en los locales de Amigos del Arte y de la asociación musical El Diapasón. Poco después, el célebre pintor Emilio Pettoruti le propuso hacer una muestra de sus dibujos de desnudos de grandes dimensiones en París. Pero Ramona Aguirre, su madre, se escandalizó, Silvina decidió no desafiarla, y le dijo que no a Pettoruti. En 1940 apareció en el n.º 71 de la revista *Sur* una de las poquísimas referencias a Silvina Ocampo como artista plástica. Es una reseña de Julio E. Payró sobre una muestra en Amigos del Arte en la que exponen Xul Solar, Norah Borges y Silvina. Dice: «Las obras de Ocampo se lucen por el dominio de la forma, la fuerza de los óleos, el vigor de los carbones, la simplicidad de las acuarelas, la sugestión de los desnudos.» También se queja por el «infel compromiso» de Silvina con la pintura, «a favor de la escritura». Es que en 1937, con más de treinta años, Silvina

había publicado su primer libro de cuentos, *Viaje olvidado*: la pintura ya pasaba a un segundo plano. Explica Silvina: «Me enojé con De Chirico y le dije que él sacrificaba cualquier cosa por el color. Me contestaba: “¿Y qué hay aparte del color?” Tiene razón. Pero los colores me molestan. No se pueden ver las formas bajo la confusión de tantos colores. Así que me empecé a desilusionar. Me alejé de una pasión que también me resultaba una tortura. ¿Qué me quedaba? ¿Escribir? ¿Escribir?»

De Chirico, a pesar de los choques, resultó ser su gran maestro, el hombre que con su idea de la pintura, que la agobiaba, la impulsó a una forma que, para Silvina, era menos confusa. En 1949 ella le dedicó uno de sus poemas más conocidos, «Epístola a Giorgio de Chirico», en su libro *Poemas de amor desesperado*. Es un poema autobiográfico: «Giorgio de Chirico, yo fui su alumna / Recuerdo el perfil griego y la manzana / y el cielo de París en la ventana / donde soñó el espacio y la columna / mientras pintaba yo impetuosamente / en el silencio, atenta su mirada, / me asustaba en su cara aprisionada; / Giorgio de Chirico, era usted paciente.» Y en otros versos se pueden encontrar claves para pensar la literatura de Silvina: «No invocaré las hojas ni las ramas, / para pintar paisajes duraderos; / no invocaré los hombres verdaderos: / quiero del edificio el muro en llamas, / el hombre como un leño sobre el suelo, / las arañas de sombra estremecida, / la máscara, la espuma definida, / la atormentada formación del cielo.»

Allí está la disposición de objetos extraños, casi siniestros, en el espacio, una de las influencias de la pintura en la obra literaria de Silvina; y también su distanciamiento del realismo, su preferencia por las máscaras antes que por los hombres verdaderos.

DONDE LAS NUBES SON LAS MONTAÑAS

Adolfo Bioy Casares descendía de terratenientes tanto del lado materno como del paterno: un abuelo era Juan Bautista Bioy, dueño de estancias en la localidad de Las Flores, provincia de Buenos Aires; el otro, Vicente L. Casares, además de estanciero era dueño de La Martona, la empresa láctea más importante de la Argentina durante décadas. Hijo único de Adolfo Bioy

Domecq y Marta Ignacia Casares Lynch, estudió derecho, letras, filosofía y jugó al tenis con esperanzas de hacerse profesional, pero nada lo convenció. Hermoso y ligero, de una amabilidad exquisita, en las fotos parece más alto y menos rubio de lo que era. Su familia pretendía que fuera un estanciero: él lo intentó. Pero lo que más le gustaba en la vida era la literatura. Y las mujeres.

A diferencia de lo que pasaba con las estancias —que le costaban mucho trabajo—, con las mujeres Adolfo Bioy Casares siempre lo tuvo extraordinariamente fácil: salvo por algunos desengaños juveniles, conseguía a las que quería, y quería muchas. También se aburría rápido: su pasión estaba en la conquista, en la seducción.

Pero lo que más le costó, y en lo que finalmente triunfó, fue en la literatura. En 1929 se retiró al campo de la familia para ser escritor, una decisión que la familia toleró enfurruñada pero que no censuró. En los siguientes ocho años publicó seis libros de los que renegó con el tiempo y que nunca aceptó reeditar: *Prólogo* (relatos, 1929), *17 disparos contra lo porvenir* (cuentos, 1933), *Caos* (cuentos, 1934), *La nueva tormenta o La vida múltiple de Juan Ruteno* (novela, con ilustraciones de Silvina Ocampo), *La estatua casera* (cuentos y misceláneas, con una ilustración de Silvina) y *Luis Greve, muerto* (cuentos, 1937). Ninguno se consigue ya salvo en bibliotecas o ámbitos académicos: Bioy las consideraba vergonzosas. Y de pronto, en 1940, cuando pocos tenían ya esperanza de que el joven estanciero guapísimo y seductor pudiera destacarse como escritor, publicó *La invención de Morel* (Losada), novela de ciencia ficción que su amigo Jorge Luis Borges llamó perfecta, que es, ciertamente, perfecta, y es además un clásico de la literatura en español.

Ese año, 1940, el año de su triunfo literario, Adolfo Bioy Casares se casó con Silvina Ocampo. Hacía rato que eran novios: vivían juntos en la estancia Rincón Viejo, propiedad de los Bioy de la localidad de Pardo, Las Flores, provincia de Buenos Aires, desde 1934, y ella ya había publicado su primer libro de cuentos en 1937. Esa convivencia larga, en los años treinta, no fue registrada como un escándalo.

¿Podía una señorita de una familia tan aristocrática como la familia Ocampo salirse con la suya de forma tan sencilla? ¿Por qué no la obligaron

a casarse con mayor firmeza? Algunos amigos cercanos a la pareja juzgan que, ya muerto Manuel Ocampo, el padre, y siendo muy anciana la madre, Ramona —que murió en 1935—, Silvina no obedecía a nadie: no le importaba lo que los demás pudiesen decir de ella. Sus hermanas eran bastante liberales; el resto de la familia y las amistades, en fin, su clase, le importaban más bien poco. Ella era once años mayor que Bioy: la diferencia de edad tampoco parecía importarle, no en aquellos primeros años felices.

Hay una leyenda, sin embargo, que habla de otro escándalo silenciado, tan grande que los años de convivencia extramatrimonial resultan un grano de mostaza, un detalle insignificante. La leyenda o rumor o hecho admitido y silenciado —en cualquier caso improbable: todos los testigos han muerto— es el romance de Silvina y Marta Casares, la madre de Bioy.

Las familias Ocampo y Bioy Casares se conocían: compartían intereses, se cruzaban en eventos, pertenecían a una élite pequeña y endogámica. Se sabe que Marta Casares y Silvina Ocampo fueron amigas. Y que Marta quiso que su hijo conociera a Silvina: se la presentó como «la más inteligente de las Ocampo». Se conserva una foto de las dos juntas, en Mar del Plata, con el perro adorado de Silvina, su mascota favorita, Lurón. Silvina lleva un vestido negro largo y el pelo suelto, también largo, despeinado, al viento; tiene puestas unas chinelas sencillas. Marta, mucho más elegante e imponente, lleva un saco que le cubre los hombros y anteojos negros. Silvina entrecierra los ojos, sin gafas. Parece muy menuda. Si fueron amantes, probablemente ya no lo eran en esta foto tomada en 1942; Silvina y Bioy llevaban dos años casados.

¿Cuál es el origen de este rumor? En *Historia secreta de los homosexuales en Buenos Aires*, ensayo pionero del filósofo y sociólogo argentino Juan José Sebreli, se refiere el caso de una «familia de clase alta» que obligó a su hijo joven a casarse con una mujer para salvar a su propia madre del escándalo social del lesbianismo. Consultado sobre la cuestión, Sebreli confirma el rumor: «Marta Casares, madre de Bioy, estaba enamorada de Silvina y, para tenerla a mano con una excusa verosímil (más que para tapar el escándalo), lo hizo casar a Adolfo con Silvina. Una suerte de coartada. Así decía la versión que recogí y que pertenece a la

tradición oral, la contaba entre otros Arturito Álvarez.» Arturito Álvarez fue un célebre dandy argentino, muso de Manuel Mujica Láinez, coleccionista de arte y editor, *habitué* de todos los salones y las fiestas de la clase alta porteña. En 1997, cuando el ensayo *Historia secreta...* –publicado originalmente por la editorial Perfil– se reeditó incluido en el libro *Escritos sobre escritos, ciudades sobre ciudades* de Editorial Sudamericana, la referencia a Silvina Ocampo y su supuesta relación con Marta Casares fue eliminada. Sebreli asegura que no fue una decisión suya.

Se sabe que Marta Casares sufrió cuando Silvina se casó con su hijo. Incluso lloró, según contó el propio Bioy, pero después todo se recompuso, y cuando enfermó gravemente en 1951, Bioy y Silvina se mudaron a su casa para acompañarla hasta su muerte, en 1952. Otra fuente del rumor fue la propia Silvina, que era terrible, insólitamente evasiva cuando se la indagaba sobre cómo había conocido a su marido, una pregunta tan mundana, tan común. Ni siquiera era clara con sus amigos: a Noemí Ulla le dijo, vagamente: «Nos conocíamos de siempre, porque yo era muy amiga de su madre e iba a visitarla a su casa. Mi familia y la suya se conocían mucho.» Con la periodista argentina María Moreno fue mucho más críptica, le dijo: «Sucedió en la oscuridad, la oscuridad de la sombra, cuando deslumbra el sol.» Se sabe que, cuando lo vio por primera vez, él tenía una raqueta de tenis en la mano y ella quedó impactada por su hermosura. Adolfo Bioy Casares era hermoso y viril, los músculos flexibles del deportista, ojos azules, cejas espesas. Pero esa primera vez no significó mucho para Bioy. Él registraba otro encuentro como el primero y decisivo, y lo contaba con gran naturalidad, especialmente después de la muerte de Silvina. Dice en el documental televisivo *Las dependencias* (1999), de Lucrecia Martel: «Mi madre y mi padre eran amigos de las Ocampo y yo las conocía a todas menos a Silvina. Mi madre me dijo tenés que conocerla porque es la más inteligente de las Ocampo. Silvina vivía en este departamento –de la calle Posadas– con su madre. En cuanto la vi a Silvina me enamoré. Fue un flechazo. Ella tenía un estudio en el piso superior y me invitó a subir para hablar más tranquilos. Yo me sentía tan atraído por ella que, sin haber cambiado muchas palabras, allí mismo en el ascensor la abracé y la besé. Me aceptó desde ese momento. Lo que fue un gran disgusto para mis

padres, que me querían casado con una señorita de mi misma edad o un poco menor, Silvina era mayor que yo. Lloraron y todo, pero después se les pasó el disgusto y se hicieron amigos de Silvina.»

Tan amigos se hicieron que fue el propio padre de Adolfo, el doctor Bioy, quien los empujó al casamiento legal. Les habría dicho, una tarde en la estancia: «A ver si se dejan de jorobar y se casan, che.» Después de la sugerencia, todo fue muy repentino. Adolfo Bioy Casares lo cuenta así en sus *Memorias* (Tusquets, 1994):

«En el Rincón Viejo, un día le anuncié a mi querido amigo Oscar Pardo:
—Preparate. Nos vamos a casar.

Corrió a su cuarto y volvió con una escopeta de mano. Entendió que íbamos a cazar. El casamiento fue en Las Flores y los testigos, además del mencionado Oscar, Drago Mitre y Borges. Ese día nos fotografiamos en el estudio fotográfico Vetere, de aquella ciudad.»

El casamiento fue el 15 de enero de 1940. Oscar Pardo era administrador de la estancia, Drago Mitre, el mejor amigo de infancia de Bioy y Borges era Borges. En la foto del estudio Vetere, Borges está irreconocible, de pie, el cabello muy oscuro y la mirada todavía clara. Sentado, Adolfo Bioy está muy serio y apuesto, de traje y corbata. Tiene las manos cruzadas y apoyadas sobre una pierna: no toca a la novia, semisonriente a su lado, con el cabello largo —raya al costado—, los labios muy maquillados, un vestido blanco que deja ver sus piernas delgadas, sandalias blancas y un pañuelito en la mano. De solemnidad, nada. Tampoco de emoción. En el acta del registro civil, Oscar Pardo no aparece como testigo, solo Borges y Drago. También se casaron por iglesia, después, pero no hay datos de esa ceremonia, apenas se sabe que fueron padrinos el doctor Bioy y Angélica Ocampo, la hermana mayor de Silvina. En la magnífica iglesia de Las Flores, de la parroquia Nuestra Señora del Carmen, fundada en 1875, desproporcionadamente grande y suntuosa para una ciudad tan pequeña, no hay ni placas ni fotos ni nada que recuerde el matrimonio. Silvina mandó dos telegramas para anunciar su casamiento: a Pepe Bianco, su amigo, escritor y editor de *Sur*, le escribió uno juguetón: «Beaucoup de mairie, beaucoup d'église. Don't tell anybody. What

verano». A sus hermanas Victoria, Francisca y Rosa les mandó uno conjunto que decía: «Caséme con Adolfito. Besos. Silvina».

El pueblo de Pardo queda a treinta y cinco kilómetros de la ciudad de Las Flores, en la provincia de Buenos Aires. Para formularlo correctamente, Pardo es una localidad dentro del partido de Las Flores, a unos doscientos kilómetros de la capital argentina. Ya es el campo, superficialmente modesto y profundamente rico; la pampa, la tierra fértil donde cunden la soja y el ganado, la riqueza originaria de un país agroganadero. Pardo tiene unos 200 habitantes, calles de tierra con nombres como Las Palmeras, una tranquilidad aplastante y una estación de trenes que funciona solamente para formaciones de carga. Pardo es el pueblo de los Bioy y se habla de ellos con respeto e interés, con la nostalgia de un paraíso perdido. La estación de trenes es, además, el pequeño Museo Adolfo Bioy Casares. No guarda verdaderos tesoros del escritor: es casi un homenaje simbólico. Apenas algunas fotos, ediciones de sus libros y documentos oficiales como el certificado de matrimonio. Ese certificado es casi lo único que recuerda a Silvina en el museo. Incluso se exhibe un artículo periodístico sobre el extenso y tortuoso romance de Bioy Casares con Elena Garro, la escritora mexicana, que fue también esposa de Octavio Paz. En el pequeño y cuidado museo, Silvina Ocampo es una actriz secundaria.

Recorrer Pardo lleva menos de quince minutos. La caída del sol le otorga esa melancolía peculiar de los atardeceres en la pampa, una tristeza dorada y rosa, intransferible. La estancia Rincón Viejo, de la familia Bioy Casares, queda en las afueras del pueblo pero es imposible visitarla. La familia —el nieto mayor de Bioy y Silvina, Florencio Basavilbaso, que a través de un gerenciador se ocupa del campo— no quiere que se acerquen curiosos ni investigadores ni periodistas. A veces el cuidador permite, al menos, avistar la casa desde lejos. Pero el día de la visita no hay suerte. El delegado municipal de Pardo, Lisandro Paggi, dice que «no hay nadie en la estancia» y que por lo tanto no puede pedir el permiso para entrar, pero da la impresión de que está siendo amable, de que ya sabe la negativa, o ya la tiene.

Hay fotos de la estancia: las paredes exteriores rosadas, dos pisos, balcón, rejas coloniales para las ventanas, una galería con estatuas. Y está el testimonio de los habitantes de Pardo y sobre todo de Las Flores –en los últimos años hubo un éxodo hacia la ciudad, aunque no catastrófico: en el pueblo siempre vivió poca gente– que recuerdan haber visitado la estancia varias veces, siempre los 21 de septiembre. ¿Por qué? Porque en Argentina se celebra en esa fecha el Día del Estudiante –y también el comienzo de la primavera– y muchas escuelas organizan excursiones, pícnicos, festejos para los alumnos. En Las Flores y Pardo, la fiesta era en la estancia Rincón Viejo. «Se hacían carreras de embolsados», recuerda Verónica Colarte, vecina de Las Flores, en su casa, mientras abre su propia carpeta de recortes, con notas sobre Bioy y sobre el pueblo. «La estancia es hermosa. Tiene una cancha de tenis. Y una enredadera sube todo por las paredes de la casa, hasta el techo.» La tradición de que los chicos festejen ahí la inició Juan Bautista Bioy, el «doctor Bioy», padre de «Adolfito». La escuela n.º 13 de Pardo se llama Juan Bautista Bioy; tiene más de cien años, es muy hermosa, blanca, con base de piedra gris y techo rojo. Ya no se sigue festejando el Día del Estudiante ahí, cuenta. ¿Por qué? No está segura: el heredero mandó que se dejara de hacer, en 2005.

¿Y Silvina? Lisandro, el delegado municipal, cuenta que una señora, una anciana que se fue de Pardo y vive con su hija en Olavarría, solía nombrarla.

–¿Y qué decía?

–Comentaba que una vez entraron a caballo al pueblo los dos, Bioy y Silvina, y que de caballo a caballo se dieron un beso en la boca. Un beso apasionado, decía. Y que lo comentaron todos, porque no era común. La viejita decía que Silvina tenía unos anteojos horribles, grandotes.

–No le gustó mucho lo del beso de caballo a caballo.

–Bueno, es una mujer grande.

–¿Y se puede hablar con ella?

–No, pobrecita, ya está muy mayor.

El que sí se acuerda de Silvina es César Lámaro, dueño del único almacén de Pardo, que todavía se hace llamar «de ramos generales», como hace un siglo. César dice que atiende el negocio desde hace sesenta y ocho

años —empezó muy niño— y que quiere retirarse, pero es imposible creerle. Está claro que le encanta su almacén, hablar con la gente, hacer tiempo detrás del mostrador en la calma inaudita del pueblo. Se acuerda, primero, de Borges. El almacén tenía el único teléfono de Pardo —ni siquiera la estancia tenía línea—, y había que esperar turno para usarlo. Con Borges, sin embargo, el trato era especial. Lo traía siempre Oscar Pardo, capataz de la estancia. Tenía que esperar como todos los demás, pero esperaba sentado en la cocina del almacén. «Era uno de esos teléfonos negros, que giran. Yo me sentaba a la mesa con Borges y hablábamos. Qué sé yo de qué, de pavadas. Yo era un chico y me impresionaba un poco.» De Adolfito se acuerda con fervor. «Tenía adoración por Pardo. Era lo más bueno que hay. Cualquier cosa que se le pedía para Pardo la daba. Le pedías una vaquillona para la escuelita y la daba sin pensar. Ay, cómo amaba su campo, pobre. Pero era mal administrador. Siempre fue muy amable. Me lo acuerdo una vez, lo encontramos en una inundación, parado en la ruta 3, frente a la estancia. La entrada a la estancia estaba llena de agua. Fue en 1980. Él vino a ver cómo estaba la estancia cuando se enteró de la inundación. Estaba tan preocupado, pobre.»

—En esa época ya no venía seguido.

—No venía casi nunca ya.

—¿Y Silvina?

—Silvina venía a comprar zapatillas. Siempre las mismas, quería. Zapatillas Indiana comunes, sin cordón, rosas o rojas. Calzaba treinta y nueve. Cada vez que venía pedía por sus zapatillas. Mi papá, siempre que se acercaba la fecha que los Bioy venían para la estancia, unos diez o quince días todos los veranos, se preocupaba por conseguir las Indiana porque sabía que Silvina se las iba a pedir.

—¿Decía algo más?

—No me acuerdo mucho más de ella. Era callada. Quedaba muy contenta con sus zapatillas. Lo que sí se le notaba es que era mayor que Adolfito. Él estaba muy bien conservado.

En Pardo no hay hoteles ni albergues: el pueblo es demasiado pequeño. Hay que regresar a Las Flores por la ruta 3, que no está en perfectas condiciones. Desde 2010, un ómnibus de larga distancia, que empieza su

recorrido en Buenos Aires y lo termina en la ciudad de Necochea, entra a Pardo dos veces por día. Para salir o llegar al pueblo fuera de estos horarios pautados hay que hacerlo en auto o en remis, los autos de alquiler que van y vienen desde Las Flores con relativa frecuencia.

En Las Flores ocurre más o menos lo mismo: muchos recuerdan a los Bioy –al padre y al hijo– y pocos a Silvina. La municipalidad –otro edificio extraordinario de la arquitectura de la pampa argentina de fines del siglo XIX– organiza todos los años el Concurso de Premio de Cuento y Poesía Adolfo Bioy Casares. Extraño: Silvina fue mucho más cuentista y poeta que Bioy, que se destacó mucho más como novelista. Marcelino, de setenta y nueve años, vecino de Las Flores y trabajador de los campos, que se mudó de Pardo hace pocos años, después de vender sus cuatro hectáreas, se acuerda de la estancia y de los Bioy. Trabajó ahí un año: 1955. «Adolfito y el doctor Bioy eran muy amables. El doctor Bioy hizo todas las gestiones para salvarme del servicio militar. Pero yo lo quería hacer, le dije que disculpara y lo hice en el sur. Me dijo: “Y bueno, si es el gusto suyo, bueno.” Después me fui porque me peleé con el capataz. Es un campo grande, 3.000 hectáreas más o menos. En esa época tenían 9.000 ovejas, 12.000 vacas, muchos animales de corral y mucho movimiento de gente, parquero, quintero, jardinero, montero. Era muy limpia: ahora está todo abandonado. Está cortado el monte en el casco y lo que tiene alrededor: antes había caminos cortados en el monte, ellos caminaban por ahí. Ahora hay plantas tiradas en medio de los caminos. Alquilan el campo para siembra. Crían toros de pedigrí nada más.»

–¿Cuándo venían los Bioy?

–En verano cuatro o cinco días, recorrían la estancia. El mayordomo los sacaba a andar a caballo por el campo. Mi hermana Juana Máxima era camarera de Silvina. Pero falleció, que en paz descanse.

–¿Le contaba cosas de ella?

–No, no me hablaba de la señora casi.

–¿Y se acuerda de Silvina?

–A ella le gustaba caminar. Yo me la encontraba caminando por la ruta, me asomaba y la veía. A veces desde el monte. Siempre por el costado de la ruta.

Poco se sabe de la vida de Silvina Ocampo en la estancia Rincón Viejo, donde vivió en pareja con Adolfo Bioy Casares desde 1934 y hasta poco después de su casamiento, en 1940, casi de forma permanente. Se sabe, sí, que el campo le encantaba. Le dijo a la periodista argentina María Moreno en una entrevista de los años setenta: «Lo más hermoso del mundo es el campo de la provincia de Buenos Aires, donde las nubes son las montañas; las flores moradas o el lino, el mar; los espejismos, la orilla de un lago. Hay muchos lugares más hermosos, pero este me cautiva, no sé por qué misterio.» Adolfo Bioy Casares, en sus *Memorias*, asegura que fue en Rincón Viejo donde Silvina se alejó del dibujo y de la pintura y se puso a escribir. Es posible que haya escrito en la estancia los cuentos de *Viaje olvidado*, su primer libro. También fue en la estancia donde ella convenció a Bioy de dedicarse por completo a ser escritor: para ella era la mejor profesión del mundo y le insistió a su marido para que abandonara Derecho, carrera que no le gustaba y lo tenía angustiado. También en la estancia se hizo firme e indisoluble la amistad con Borges: a mediados de los años treinta, en el comedor de Rincón Viejo, con la chimenea encendida y tomando cacao hecho con agua, Borges y Bioy redactaron juntos un folleto científico sobre los beneficios de la leche cuajada y el yogur para La Martona, la empresa lechera familiar de los Bioy. Fue su primer trabajo conjunto. Para Borges, el empleo significaba un ingreso de dinero que le venía bien; él no era riquísimo como sus amigos. Para Bioy era un favor familiar. La colaboración fue apenas la primera: no pararon más. Ni de visitarse, ni de leerse, ni de escribir o editar juntos.

Adolfo lo intentaba, pero no estaba hecho para el trabajo de campo. Escribe en sus *Memorias*: «Los gastos de Rincón Viejo eran muchos. Había que poblar el campo. Había que arreglar la casa. Había que comprar aperos y material de labranza. Había que arreglar molinos, tanques, bebederos y alambrados... Salí reprobado en todos los que exigían demasiada habilidad, como trazar las melgas con el arado, y en los que exigían demasiada fuerza, como alambrar o cavar hoyos para los postes (...). En el Rincón Viejo leí mucho, escribí todos los días. Silvina me acompañaba y me ayudaba a trabajar en la estancia. Las tardes de invierno, junto a la chimenea del comedor, leíamos y escribíamos. Fueron años muy felices.» Silvina también

decoró a su gusto Rincón Viejo: como le gustaban mucho las estatuas – incluso dejó de visitar a su hermana Victoria en San Isidro, la mansión que Victoria había heredado, cuando se enteró de que ella, «en un ataque de modernismo», había eliminado las dos mujeres de mármol que flanqueaban la escalera principal de la mansión–, se hizo traer desde Adrogué, un suburbio de Buenos Aires, una decena de estatuas que encontró en el jardín de una casa abandonada: las había visto durante un paseo con Borges. Llegaron a la estancia algo rotas por el traqueteo del viaje y ella las restauró todo lo que pudo. Decoran la galería de la estancia hasta hoy –al menos, ahí estaban todavía según las últimas fotografías de Rincón Viejo que se conocen.

Silvina escribió cartas desde Pardo, durante todos esos años. Entre las muy pocas que se han hecho públicas, hay varias a su hermana Angélica. Son sencillas y afectuosas y casi exclusivamente dedicadas a su perro, Lurón. El 31 de diciembre de 1937 escribe: «No dejaré pasar este día sin escribirte dos líneas aunque sea. Me extraña tu silencio. ¿Estás enojada? ¿No recibiste antes de esta mis dos cartas? Espero que no olvides (si no es a mí) desearle por lo menos a Lurón feliz año. Ya está pelado como un león de juguete chiquito y apolillado. Resolvimos pelarlo por causa del calor y los abrojos y las espinas. Me asusta de noche corriendo en el pasto como en una *jungle*, disparando de los otros perros. A pesar de ser tan miedoso ha adquirido un aire feroz y maligno con este corte de pelo imperfecto a lo león. Como verás no tengo otro tema.» En otra carta, apenas posterior: «Los días están frescos y como ha llovido el campo está verde. Empieza en este mes de marzo una especie de primavera más preciosa todavía que la verdadera primavera. Soy muy feliz en el campo: los días de calor porque hace calor, los días nublados porque existen más colores, los días de lluvia porque son sedantes, los días de frío etc., etc. Estos días después de las lluvias Lurón me llena de felicidad. Salgo a caminar con él. Por todas partes hay charcos de agua donde Lurón corre, corre embriagándose de barro y de agua y de velocidad. Surge del agua, negro como un carbón cubierto de rulos y con los ojos amarillos y traviosos. Pronto verás cómo ha progresado en rulos, inteligencia y salud. Es un prodigio.» Firma todas las cartas como «Sin», que en inglés quiere decir «pecado».

A Silvina le gustaban mucho los perros. Los que más amó fueron Lurón, Diana y Ajax. Ajax era un gran danés que fue enterrado en Rincón Viejo; Silvina decía que se había enamorado de Bioy gracias al perro, solamente al ver el amor que sentía por su dueño. Lo recuerda en «Nueve perros», un cuento de *Los días de la noche* (Sudamericana, 1970), que es una declaración de amor y una elegía a esos nueve compañeros: «Me enseñó que no solo el hecho de ser un perro, sino el de tener un perro, es trágico a veces. Me enseñó también a conocer, a apreciar la verdadera fidelidad. No era mío, pero eso no importaba, ya que en toda posesión hay remordimientos; fue mi predilecto, pero ¿qué digo? Fue mi predilecto porque lo asocio a la llegada de la felicidad: este es el mayor motivo de gratitud que tengo. En mi recuerdo, la dicha va siempre acompañada de aquel perro, como San Roque del suyo.»

Y, además de los perros, le gustaban las casas rodantes. Poco después del casamiento, quiso unir esas dos pasiones en un extraño viaje de recién casados, pero la aventura salió mal. Se la contó a Noemí Ulla en *Encuentros con Silvina Ocampo* (1982): «Cuando nos casamos, compramos una casa con ruedas. Yo estaba enamorada de todas las provincias, como si hubiera sido de otro país. Me parecía un país maravilloso la Argentina, el más maravilloso. Compramos una casa con ruedas para viajar por toda la república. Y una mañana salimos. Yo no dormía durante el tiempo en que se arregló la casa con ruedas: estantes, libros, cortinas..., yo no podía dormir. Y Bioy llevaría al danés, que no se separaría de él. Salimos una mañana nublada –me gustaba que fuera nublada– y salimos para Córdoba. Bioy había mandado hacer unas gomas especiales para que tuviera buen movimiento el viaje, pero la goma friccionaba, era demasiado gorda, con el guardabarro y ahí empezaron los desastres. Se sentía olor a quemado. Yo iba atrás con el enorme perro, probé la cama y me di cuenta de que, pasando los 30 km de velocidad, la cama se desplazaba. Yo golpeaba el coche, íbamos con dos amigos de Bioy, y el perro también resbalaba. La casa se balanceaba. Por fin pensamos pasar la noche en Rosario y en una estación de servicio yo me puse a cocinar pero se cayó la cocinita al suelo. Hubo casi un incendio. Nos aprestábamos para dormir y la gente creía que éramos una compañía de circo, nos golpeaban los vidrios. Con ese motivo tuvimos que

salir de la estación de servicio. El perro tuvo que bajar a hacer sus necesidades, empezó a llover y el perro llenó de barro la casa. Fuimos a Córdoba a Villa Allende pero el perro no podía subir la pendiente. Disgustados los unos con los otros, echándonos la culpa –vos no hiciste esto, vos no cocinaste– debimos renunciar al viaje, a la casa. Vendimos la casa con ruedas y volvimos a Buenos Aires. Fue una linda experiencia.»

En 1940 los Bioy –a partir del casamiento se los conocería así, en plural– se mudaron a Buenos Aires, a un edificio fabuloso de la calle Ecuador, donde empezó la segunda, apasionada, turbulenta y absolutamente funcional y compatible vida de casados. Pardo, de a poco, fue quedando atrás hasta no ser más que una semana durante los veranos, el recuerdo de la juventud, aquellos besos a caballo bajo el cielo de la pampa.

REINA, MADRINA, VICTORIA

El más común de los lugares comunes sobre Silvina Ocampo es considerar que quedó a la sombra, oscurecida, empequeñecida por su hermana Victoria, su marido el escritor Adolfo Bioy Casares y el mejor amigo de su marido, Jorge Luis Borges. Que la opacaron. Pero es posible que la posición de Silvina haya sido más compleja. Quienes la admiran fervorosamente decretan sin duda que fue ella quien eligió ese segundo plano. Dicen que desde allí podía controlar mejor aquello que deseaba controlar. Que nunca le interesó la vida pública sino, más bien, tener una vida privada libre y lo menos escrutada posible. Que, en definitiva, ella inventó su misterio para no tener que dar explicaciones.

En cualquier caso, una de esas sombras, probablemente la más importante por ser la primera, fue la de su hermana mayor, Victoria. Le llevaba trece años. Cuando Victoria cumplió veintidós, ya estaba casada y en Europa: en ese momento, Silvina tenía trece. Apenas vivieron en la misma casa.

Victoria Ocampo es una de las mujeres más importantes de la primera mitad del siglo XX en Argentina, solo opacada por la mujer que sería su espejo invertido, Eva Perón.

Era hermosa, inteligente, decidida, intelectual, moderna. Decoraba sus casas con muebles de la Bauhaus y contrataba como arquitecto a Le Corbusier. *Sur*, la revista literaria que fundó en 1931, fue una de las más importantes del mundo: hizo famoso a Borges, tenía colaboradores como Pablo Neruda, Gabriela Mistral, Waldo Frank, Federico García Lorca. La editorial del mismo nombre, que creó poco después, editó a Jung, a Virginia Woolf —que la llamaba amiga—, a Nabokov, a Sartre, a Camus. Gabriela Mistral le escribió: «Usted ha cambiado la dirección de lectura de varios países de Sudamérica.» Antifascista —la única persona argentina que asistió a los juicios de Núremberg—, antiperonista, fue detenida a los sesenta y tres años por el gobierno de Juan Domingo Perón, acusada de conspirar. Feminista, fue una de las primeras mujeres argentinas que manejó un automóvil; se separó de su marido en 1920 y vivió un romance apasionado durante casi quince años con el diplomático Julián Martínez. En su casa se hospedaron Ígor Stravinski, Indira Gandhi, Rabindranath Tagore. Graham Greene le dedicó su novela *El cónsul honorario*. Era escritora: sus *Testimonios* y *Autobiografía* recién empiezan a ser valoradas como las obras únicas, lúcidas y deliciosas que son. Era generosa y aguda. Su relación con Borges fue tortuosa. «Borges no se merece el talento que tiene», solía decir. O, cuando estaba enojada: «No hay pavada que Borges no haya dicho.» Victoria era enorme, dominante: reinaba desde Villa Ocampo, su casa de San Isidro, pero estaba en todas partes. Y Silvina no lograba llevarse bien con ella. Hay una versión que explica ese distanciamiento de forma casi cándida. Hay otra que tiene connotaciones de política literaria y traición. Y hay todavía otra, mucho más brutal, marcada por el deseo.

La versión cándida, según la relató Silvina en una entrevista, es así: un episodio de la niñez que marcó la relación para siempre. Victoria, cuando se casó, se llevó con ella a Europa a Fanni, la niñera de Silvina, la mujer que Silvina más quería en el mundo, la que la mimaba, la que la cuidaba. Todos sabían que la relación de Fanni y Silvina era de madre e hija, pero nadie se atrevió a negarle la criada a Victoria: ya a los veintidós años tenía un carácter poderoso que soportaba mal el rechazo de sus caprichos. Como sea, Victoria se llevó a Fanni y las dos vivieron juntas hasta la muerte, en una

relación intrincada y fascinante. Silvina no se lo perdonó nunca. Jorge Torres Zavaleta, el escritor amigo de Silvina, también recuerda este drama de la niñera. «Silvina me lo contaba con los ojos llenos de lágrimas. ¡Y ya tenía más de sesenta años! Para ella fue muy penoso cuando Victoria se llevó a Fanni. Nunca se lo perdonó. “Hay cosas que nunca dejan de suceder”, me decía. Estaba en carne viva por eso.»

Silvina solía decir que había descubierto a su madre «después de varias niñeras». Es posible que en ese momento –sus nueve años– el de Fanni fuese el único afecto maternal que había experimentado.

A Silvina Ocampo se la suele incluir en el «Grupo Sur» porque desde ahí, desde la revista de su hermana y luego desde la editorial Sur, dio a conocer su literatura. Pero *Sur* no era solo una revista que editaba literatura: era una tribuna de disputa cultural. Y en ese sentido el lugar dentro de la revista de Silvina, en relación con los debates estéticos y políticos que allí se jugaban, no era central sino más bien, y quizá intencionalmente, secundario. Periférico. Escribe la crítica Judith Podlubne en su libro *Escritores de Sur* (Beatriz Viterbo, 2011): «*Sur* fue un banco de pruebas, vehículo privilegiado y agente activo de la operación que Borges, Bioy, Silvina Ocampo y Pepe Bianco desplegaron para correr del centro de la escena una poética de la novela y una idea de la literatura que subordinaba la dimensión estética a los imperativos morales, representada por Eduardo Mallea y compartida, entre otros, por Victoria Ocampo... En *Sur* convivieron y polemizaron, de un modo casi siempre implícito y asordinado, dos morales literarias antagónicas, cuyos valores principales informaron, de manera particular en cada caso, las distintas poéticas narrativas y ensayísticas de sus escritores. Una moral humanista, defendida por Victoria Ocampo, Eduardo Mallea y Guillermo de Torre, en estrecha sintonía con el debate de ideas que atraviesa la revista desde mediados de los años 30 y una moral formalista con la que se identifican Borges, Bioy y su grupo de seguidores, sobre todo desde los 40.»

El posicionamiento dentro del campo literario lo ganó Borges. Y fue parte de una estrategia de posicionamiento más amplia, también en contra

de otros sectores del campo intelectual de quienes le interesaba diferenciarse. Pero aquí lo que importa es el rol de Silvina en esta lucha. Y, según Podlubne, el tironeo al que seguramente se vio sometida, explícita o implícitamente, dio lugar a su narrativa, anómala, inclasificable, imposible de ubicar en los bandos en lucha. Afirma en *Escritores de Sur*: «Silvina Ocampo abrió una alternativa suplementaria al antagonismo entre las morales literarias de *Sur*; su singularidad dejó en suspenso los criterios dominantes en la revista. La de Ocampo es una de las narrativas más excepcionales que se desencadenó en la revista. Impensada e inadvertidamente, la escritura de *Viaje olvidado* se resolvió no solo al margen del ideal de escribir bien que caracterizó al humanismo literario de *Sur*, sino también al imperativo de construir tramas perfectas, que definió el formalismo borgeano».

Es en este contexto de puja que Victoria reseña *Viaje olvidado*, el primer libro de su hermana, en el n.º 35 de *Sur*, agosto de 1937. Que Victoria reseñe el libro de su hermana es una especie de presente griego: no podía elogiarlo demasiado a riesgo de ser acusada de favoritismo y nepotismo; y para Silvina era un extraño favor, porque la reseña de una hermana, por más que sea Victoria Ocampo, siempre terminará resultando poco objetiva. La reseña, sin embargo, es inteligente aunque punzante. Su autora está perpleja. ¿Quién es esta hermana que escribe tan extraño y, sobre todo, que recuerda tan diferente? ¿Qué está haciendo Silvina con la memoria? ¿Qué es esta infancia perversa y pervertida que cuenta en estos cuentos cortos, extravagantes, tajantes? Escribe Victoria: «Todo está escrito en un lenguaje hablado, lleno de imágenes felices –que parecen entonces naturalesy lleno de imágenes no logradas –que parecen entonces atacadas de tortícolis–. ¿No serán posibles las unas sino gracias a las otras? Es ese un riesgo que a mi juicio debe afrontar... Estos recuerdos me lanzaban señales en el lenguaje cifrado de la infancia que es el del sueño y el de la poesía. Cada página aludía a casas, a seres conocidos, en medio de cosas y seres desconocidos como en nuestros sueños. Como en nuestros sueños, rostros sin nombre aparecían de pronto en un paisaje familiar, y voces extrañas resonaban en un cuarto cuya atmósfera era ya un tuteo. Conociendo el lado de la realidad e ignorando la deformación que esa realidad había sufrido al mirarse en

otros ojos que en los míos, y al apoyarse en esos sueños, me encontré por primera vez en presencia de un fenómeno singular y significativo: la aparición de una persona disfrazada de sí misma.»

Silvina no le vio el lado positivo a la reseña –la primera que recibía en su vida–, que la enojó. Hay otro disgusto anterior: Silvina, antes de su publicación, le había dado el manuscrito de *Viaje olvidado* a Victoria, para que lo leyera. Y Victoria lo perdió. Silvina le contó a Noemí Ulla, sin nombrar a su hermana: «Mi primera revelación, mi primer contacto con el crítico y la persona que juzga lo que se ha hecho, fue muy desdichado. La persona a quien lo entregué perdió el manuscrito. Pasaban los días y no me decía nada. Eso me parecía peor que si me hubieran dicho que tenía que escribir de otra manera. Finalmente me lo dijo. No le volví a dar otros cuentos. No advertió la angustia que había significado para mí.»

Tres años después, cuando Silvina se casó con Adolfo Bioy Casares, la distancia entre las hermanas se ensanchó todavía más.

Bioy no quería a Victoria. No era solo la batalla por el poder dentro de *Sur* en la que Bioy era aliado incondicional de su mejor amigo, Jorge Luis Borges. Bioy sencillamente no soportaba a su cuñada. La antipatía era mutua. Los testimonios que lo demuestran son muchos. Van de menor a mayor. Escribe Bioy Casares en sus *Memorias* (1994): «El afecto y aun la admiración que en mi casa sentían por las Ocampo, me preparó para mirar al grupo Sur y recibir como un hecho muy importante la aparición de la revista. Sin embargo, nunca me sentí del todo cómodo con ellos. Lo que más nos apartaba eran nuestras simpatías y diferencias literarias: algo en lo que yo no podía transigir. Allá se admiraba a Gide, a Valéry, a Virginia Woolf, a Huxley, a Sackville-West, a Ezra Pound, a Eliot, a Waldo Frank (que siempre me pareció ilegible), a Tagore. De ninguno de ellos podría yo decir que era uno de mis autores favoritos. De Virginia Woolf, admirada por mi madre y por Silvina, que se guiaban por sus gustos y no por las modas del momento, nunca tuve la suerte de leer un libro que me interesara; ni siquiera me gustó *Orlando*, del que Borges, a pesar de haberlo traducido, hablaba con elogio.» A continuación, en el mismo libro, Bioy describe el viaje a Nueva York que hizo con Silvina y con Angélica García Victoria, o «Genca», sobrina de Victoria y Silvina; es un retrato que pretende dejar mal

parada a Victoria —con leve humor la describe snob, caprichosa, autoritaria—, y no se da cuenta de que son ellos tres quienes aparecen como unos tontos algo crueles que no saben o no quieren apreciar el buen gusto de Victoria, que en 1949 los llevaba a escuchar jazz a Harlem y los invitaba a los mejores restaurantes de la ciudad. Escribe Bioy: «Después nos preguntó si queríamos salir a la noche con Louise Crane (nombre entonces totalmente desconocido para nosotros) o si preferíamos que Tucci (hubiera sido igual que nos propusiera a Cucci o a Mucci) nos llevara en su automóvil al Downtown, o si optábamos por visitar al otro día, con el conde Du Pernod, la playa de Long Island, que la soledad y la penumbra invernal volvían romántica... Victoria no entendía. Que nos instaláramos y descansáramos en vez de recorrer la ciudad desencadenó en ella un proceso de indignación fulminante. Vi cómo se incorporaba, obesa y enorme, mascullaba no sé qué en un tono insólito y en torbellino salía del cuarto, llorando.» En *Descanso de caminantes* (Sudamericana, 2001), fragmentos de su diario íntimo que él seleccionó poco antes de su muerte, primero es reflexivo y luego brutal: «Me pregunté por qué no fui nunca verdaderamente amigo de Victoria Ocampo... Sé que Victoria era una buena persona, sin duda partidaria del bien... Decir que era mandona, ególatra, vanidosa no es faltar a la verdad, pero sin duda uno sobrelleva mucha gente así. ¿Entonces? Creo que hoy encontré la respuesta. Victoria ofrecía amistad y protección a cambio de acatamiento. Naturalmente no esclavizaba a nadie. En su casa, los amigos tenían toda la libertad de pupilos de los últimos años de un colegio. La reina y sus acólitos o bufones.» Y después, en la entrada titulada «Muerte de Victoria Ocampo»: «Bastó que *La Nación* diera la nota, de frenética exageración, para que el país la acompañara. A mí nunca me llegaron tantos pésames. Personas que en vida la consideraban excéntrica, ridícula y hasta nefasta, después de leer las notas de los diarios sintieron la imperiosa necesidad de participar en el duelo. Recibí alguna carta en la que se ponderaba la inmensidad de la pérdida para la familia, el país, el mundo y el universo.» Unos días después, finalmente, lapidario, escribe: «El país entero rinde homenaje a Victoria Ocampo. *Errare humanum est.*» Ni una palabra sobre el dolor de Silvina ni sobre el de la familia.

En *Borges* (Destino, 2006), su elefantiásico diario de mil páginas que

recoge las entradas relacionadas con, justamente, Borges –Bioy tomó nota de los pormenores de la amistad durante más de cuarenta años, casi todos los días–, aparece, por un lado, su enfrentamiento con Victoria, y por otro, el afecto e incluso la defensa de Silvina cuando atacaban a su hermana. El ejemplo más impresionante está relatado el 25 de marzo de 1964, en Mar del Plata. Escribe Bioy: «Por la noche, creyendo que podía hacerlo, Borges censuró a Victoria ante Silvina (esta la había censurado, pero no acepta que otros lo hagan). Silvina lo acusó de ser cruel con la gente que no quiere ni estima; y de no respetar las relaciones humanas (el amor fraternal herido). Reconoció Borges que para él la gente que no contaba, no existía o existía como objetos incómodos, como baúles interpuestos en el camino. Admitió su error pero agregó que para él era un consuelo saber que no había tratado mejor a celebridades, primeros ministros o presidentes... Silvina, ruborizada por la ira, acometía. A modo de defensa, algo patéticamente, Borges dijo: “Yo creo que hay mucha gente que me quiere bien.” Silvina: “Eso no prueba nada.” Agregó algo en el sentido de que a uno no lo quieren porque sea bueno, o de que uno no quiere a una persona porque sea buena... Silvina estaba de color púrpura y de ánimo empedernido; todo porque Borges dijo no sé qué irrespetuoso sobre Victoria.»

Es más o menos claro: Borges y Bioy critican, juzgan y hasta se burlan de Victoria Ocampo. No le tienen afecto. Se contienen ante Silvina, porque Silvina sí quiere a su hermana. Tiene sus diferencias y sus rencores, pero la quiere, la respeta. Con sus amigos sí se ríe de Victoria. Un poco. Ernesto Schoo –escritor, crítico del diario *La Nación*– contaba –antes de fallecer, en 2013– que una vez, en una conferencia de Victoria, Silvina le susurró al oído: «Ay, ¿no te da miedo?» A Hugo Beccacece, el periodista que la entrevistó varias veces, le decía, risueña: «Esta película es muy seria. Es muy para Victoria.» Y a Edgardo Cozarinsky, escritor, cineasta y amigo, mostrándole con orgullo a su nieta: «¿No es hermosa? Pobrecita, le han puesto Victoria.»

La relación era de constante molestia, pero también de reclamo. Victoria y Silvina se irritaban y se demandaban al mismo tiempo. En una entrevista que ofrece junto a su archivo de fotos de los Bioy, Axel Díaz Maimone, agitador cultural de Necochea –una ciudad de la costa argentina cercana a

Mar del Plata—, amigo de Jovita Iglesias, histórica ama de llaves de Silvina, dice:

—Me contó Jovita que Victoria llamaba todos los días a la casa de los Bioy para hablar con su hermana. Y que en Mar del Plata, cuando Silvina le decía a Victoria que ese día salían, «hacía guardia desde la ventana de su dormitorio, hasta que veía entrar el coche de Adolfo en Villa Silvina. Cuando abríamos la puerta de la casa, empezaba a sonar el teléfono y Silvina ya sabía que era Victoria quien llamaba. Atendía. Victoria le preguntaba cómo habían viajado y le pedía que fuera a verla. Y Silvina le contestaba: “Victoria... Acabo de llegar y ya me estás pidiendo que vaya. Dejame que acomode las cosas y después voy.” Pero se ve que Victoria insistía, porque Silvina terminaba enojándose y le decía “Basta, Victoria. No te pongas pesada. Si seguís así, no voy”. Después terminaba yendo, y me pedía que la acompañara».

Edgardo Cozarinsky evoca en su libro *Blues* (Adriana Hidalgo, 2010) a las hermanas: «Un domingo en que Enrique Pezzoni me llevó a Villa Ocampo, Victoria tenía invitados extranjeros y necesitaba figuras de número “que hablaran idiomas”. Asistí en el jardín a la recepción de tres mensajes, como en las fábulas tradicionales, que Pepa acercó a la patrona: el primero “llama la señora Silvina y pregunta qué hay de comer”, respuesta cortante “díglele que no anunciamos el menú”. El segundo: “Llama la señora Silvina y pregunta quién va a estar”, la respuesta, no menos cortante: “No damos la lista de invitados.” El tercero y último: “Llama la señora Silvina y dice que se le descompuso el coche”; respuesta: “díglele que se tome un remise, que para eso tuvo la Guggenheim”. Silvina, desde luego, no fue esperada ni apareció. Así como a la hermana menor le divertía irritar a Victoria, cuyas opiniones tajantes percibía como agresiones indirectas, cuya vocación cultural le resultaba ajena, a la mayor le repugnaba la tacañería de Silvina, y juzgaba indecente que siendo rica se hubiese presentado a una beca y se la hubieran concedido. Silvina practicaba, ya instintivamente, con habilidad consumada, ese *never explain never apologize* que es signo distintivo de personalidades fuertes, aun cuando exhiban su parte de fragilidad.»

Francis Korn recuerda que Bioy siempre le contaba la misma anécdota:

«Fue –por encargo de Silvina– a visitarla en su hotel en París. El conserje le preguntó quién era y le anunció por teléfono a Victoria que su cuñado preguntaba por ella. Cuando colgó, lo miró de costado a Adolfo y le dijo, con la acostumbrada cortesía parisina: “La señora dice que no tiene ningún cuñado.”»

La profunda antipatía entre Bioy y Victoria Ocampo, sostienen muchos, en lo que es casi un mito de la literatura argentina, tiene un origen personal, apasionado, erótico. En 1949, Silvina y Bioy se llevaron de viaje a Europa y a Estados Unidos a Silvia Angélica, «Genca», sobrina de las hermanas Ocampo. Genca era amante de Bioy y, dicen el rumor y el mito, también de Silvina. El testimonio más claro sobre este trío se puede encontrar en un libro comercial, aparentemente inofensivo, llamado *Secretos de familia* (Sudamericana, 2010), de la periodista Magdalena Ruiz Guiñazú, que entrevista a Dolores Bengolea, sobrina nieta de las Ocampo. Dolores dice: «Ambas tuvieron una ruptura brutal después del casamiento de Silvina con Bioy. Silvina y Adolfo se casan y se van de luna de miel, un viaje largo, de varios meses. Parten a recorrer Europa. Pero se la llevan a Genca, que era la hija menor de Pancha, otra hermana Ocampo. En esa época Genca no tendría más de 16 años. Una sobrina bastante querida de Victoria. De hecho, Victoria le dedica *La laguna de los nenúfares*, una obra de teatro para niños muy bella. Se la dedica a Genca y le pone una dedicatoria muy linda, “A Genca, que tanto me enseñó”. Pero la cuestión es que cuando Adolfo y Silvina se casan, se la llevan de viaje y se provoca una situación que nunca tuvo cura en la familia. Bioy y Silvina comparten sexualmente a Genca y eso la destruye, la cambia, la transforma en otra persona. Vuelven y Victoria se entera y provoca un escándalo familiar tan grande que dejan de hablarse por un tiempo. Creo que nunca se lo perdonó a Silvina. Era una época de libertad sexual, una época incluso un tanto libertina. La época de Virginia Woolf donde la bisexualidad era muy común tanto en hombres como en mujeres. Y en la Argentina también pasaba entre cierta gente, en la clase alta. Había una distensión. Se había transformado en una moda. Pero Victoria no entra en ese juego. De hecho ella respeta absolutamente a quienes lo hacen, a quienes se desnudan y se aman en grupo o en parejas del mismo sexo, incluso llega a aceptar que haya gente a la que le guste mirar

eso y disfrutarlo. Pero le resulta un exceso con chicas de 16 años y mucho menos con su sobrina, con esa sobrina. Se sintió ultrajada. Ella la había visto crecer, Silvina también. Y entonces llega la gran ruptura entre las dos hermanas. Genca vuelve de ese viaje y pasa de ser campeona argentina de golf juvenil a encerrarse en el campo familiar y no salir nunca más. Vuelve a Buenos Aires después de la muerte de Pancha, su madre, para cuidar a su padre, que ya estaba paralítico y en cama. Se dedica a cuidarlo y cuando éste muere permanece en el departamento de la calle Posadas. Tiene una vida muy triste de absoluta devoción hacia la historia y hacia Silvina. La llamaba, hablaban por teléfono. Ella no se sintió abusada por esta situación en que la metieron porque obviamente una chica de 16 años no entra sola ahí. Creo sí que la desconcertó, a un punto tal que nunca supo encontrar un lugar en la sociedad después de esa experiencia aunque siempre siguió queriendo a Silvina.»

El testimonio tiene algunos problemas. En primer lugar, el viaje no fue exactamente una luna de miel: Bioy y Silvina llevaban diez años casados cuando visitaron Europa juntos por primera vez. Ni era la «época de Virginia Woolf», que se suicidó en 1941 (el viaje fue en 1949). Y Genca no era una adolescente: cuando se la llevaron de viaje, tenía casi treinta años, porque había nacido en 1919. Es cierto que fue amante de Bioy desde muy joven, quizá de adolescente, porque ella misma lo contaba. ¿Habría sido entonces amante de los dos? No puede comprobarse. Por otro lado, según el testimonio de Jovita Iglesias, el ama de llaves de los Bioy, Genca y Silvina nunca hablaban; Genca ni siquiera pisaba el departamento de su tía, aunque eran vecinas, aunque vivían en el mismo edificio. A ese viaje fue más gente, no solo ellos tres; y el romance de Bioy y Genca ya tenía más de diez años, ellos dos eran amantes desde aproximadamente 1937, cuando Bioy y Silvina ya vivían juntos. ¿Será entonces un mito? Muchos amigos, conocidos y biógrafos dicen que es solo un rumor dañino, que le causó a Silvina graves problemas familiares. Las cartas que podrían confirmar o negar el trío permanecen inéditas. Pero el rumor está allí, provocador, exceso decadente de los ricos bohemios, gran fantasía libertina.

Victoria Ocampo murió en 1979, a los ochenta y nueve años. Ese día, un 1 de marzo por la mañana, la escritora Noemí Ulla recibió un llamado de Silvina. Apenas se conocían: Noemí la había entrevistado alguna vez, pero eso era todo. «“Sabés que murió Victoria”, me dijo. Estaba tristísima. Con los años me di cuenta que ahí había empezado una amistad, que hablarme el día de la muerte de su hermana era un signo de gran confianza.» Ernesto Montequin cuenta que hay muchas cartas de Silvina a Victoria que van marcando la relación. «Había entre ellas cierta intensidad y alguna extrañeza. Creo que no llegaron a conocerse demasiado. Siempre hubo una relación puesta a prueba, como si ninguna de las dos le permitiera a la otra ser distinta. Hay cartas donde Silvina le hace reclamos emocionales. “Yo sé que no soy importante para vos”, le dice. Hay una carta muy linda de Silvina, escrita poco antes de la muerte de Victoria, no sé si Victoria la llegó a leer, cuando publica no sé qué de Camille Claudel. No sé si la mandó o no. Le dice: “Esa traducción prueba lo que yo te dije que vos eras, una poeta.” Y le escribió cartas después de su muerte, y no le mandó muchas donde, incluso, le pide consejos.»

También le escribió dos poemas. Los dos aparecieron después de la muerte de Victoria. El primero, en el número homenaje que le hizo a su fundadora la revista *Sur*, en enero-junio de 1980. Se llama «El ramo»:

Andará en busca de su integridad
en busca de esa tarde con nosotros,
pobres nosotros, sin nosotros mismos
en los actuales días, bajo el sol
bajo la luna, en la orilla del mar
con músicas que ya no puedo oír
sin dedicarte lágrimas, Victoria,
cada una con nombres diferentes
como las cuentas de un collar sin fin.

El otro apareció por primera vez en la revista *Diario de poesía* en 1996, tres años después de la muerte de Silvina, y fue recogido por Noemí Ulla cuando editó *Poesía inédita y dispersa de Silvina Ocampo* en 2001. Se

llama «Como siempre», y es mucho más doloroso, mucho más ambiguo, mucho más triste. Después de hablar de aquella niñera de la discordia, del bautismo, de Victoria como reina y madrina (jugando con *marraine* y *ma reine*, en francés), le escribe a la hermana muerta:

Tengo los cajones llenos de cartas
que nunca te mandé.
Pero ahora como un castigo
de no haberte mandado
las que podía mandarte
no encontré tu dirección...
No la encontré en ninguna parte.
Te digo la verdad.
Y me contestarías
—Como siempre...
Pero esta vez, Dios mío,
no me ofendería.
No tengo tu dirección ahora tampoco.

FLORECÍAN RULOS DE SANGRE

Victoria Ocampo fue severa en esa primera reseña de *Viaje olvidado*, pero también fue extrañamente certera. «Una persona disfrazada de sí misma», dice de Silvina, y tiene razón, porque los cuentos de *Viaje olvidado* son recuerdos reinventados. Escribe el crítico y editor Enrique Pezzoni en su texto de 1984 «Orden fantástico, orden social»: «Reinventar el recuerdo permite a Silvina Ocampo reinventar su propia identidad en cada una de sus creaciones literarias y esta autoimagen distorsionada de Silvina que Victoria encuentra en los cuentos de su hermana desconcierta y le hace decir que Silvina aparecía en ellos como un simulacro de sí misma.» En «Cielo de claraboyas», el cuento que abre el libro, una niña asiste al crimen de otra; lo ve a través de las claraboyas del techo de la casa de su tía; la asesina es una persona mayor, con botitas negras de institutriz. «Despacito fue dibujándose en el vidrio una cabeza partida en dos, una cabeza donde florecían rulos de

sangre atados con moños. La mancha se agrandaba. De una rotura del vidrio empezaron a caer anchas y espesas gotas petrificadas como soldaditos de lluvia sobre las baldosas del patio.» Ya aparece alguna de las constantes en la narrativa de Silvina Ocampo: la guerra entre adultos y niños, las casas – hay una verdadera obsesión por las casas en su obra, la casa como último refugio y también como el lugar que, cuando se vuelve enemigo, es el más peligroso de todos–; el gusto por el detalle y esa crueldad que solían señalarle con ensañada insistencia y que a ella le llamaba la atención, quizá porque no le parecía «crueldad», quizá porque le parecía juego, exageración.

Viaje olvidado tiene cuentos de un surrealismo leve; hay una influencia muy clara de la pintura hasta en los títulos, acertada observación de Noemí Ulla, que los encuentra «impresionistas» («Paisaje de trapecios»; «La siesta en el cedro»; «El corredor ancho del sol», «Nocturno», «Los pies desnudos»; es cierto, parecen títulos de cuadros). Y otros que son extremos, feroces, absolutamente enloquecidos; y lo son todavía más por su brevedad. En «El retrato mal hecho» hay un infanticidio: la mucama mata al hijo de su empleadora. Y Eponina, la patrona, la abraza con agradecimiento porque «detestaba a los chicos, había detestado a sus hijos uno por uno, a medida que iban naciendo». Casi todo el lenguaje del cuento es el parloteo banal y a la vez preciso de revistas de moda femeninas. Dura apenas una página y media. El otro latigazo es «La calle Sarandí», quizás el mejor cuento, y el más aterrador, de *Viaje olvidado*: relato de una violación en primera persona, la niña víctima cuenta, y su memoria está destrozada, borroneada: «El hombre estaba detrás de mí, la sombra que proyectaba se agrandaba sobre el piso, subía hasta el techo, y terminaba en una cabeza chiquita envuelta en telarañas. No quise ver más nada y me encerré en el cuartito oscuro de mis dos manos.» La memoria también es el tema del cuento del título, sobre una niña que quiere, inútilmente, recordar su nacimiento, su parto.

Viaje olvidado tuvo otras reseñas, además de la de Victoria. Una muy importante fue la de Macedonio Fernández, que le dedicó un texto extenso en el último número de *Destiempo*, en diciembre de 1937. Para Macedonio, el libro, por su ductilidad y originalidad, representa un arte que duda, que

no es sentencioso, que es, por lo tanto «bueno y genuino». Al mismo tiempo, en la revista *Nosotros*, el crítico Oscar Bietti le exige «una mayor limpieza en la expresión»; está molesto, como Victoria, por esas «frases con tortícolis». Es que Silvina, que aprendió el inglés y el francés mucho antes que el castellano, usó en este libro una gramática extraña, como de principiante, pero que rodea a estos cuentos de una extrañeza que los mejora.

Todavía, claro, está buscando su voz. Y también la busca en otro terreno, el de la poesía. Pero lo que ocurre con sus poemas es rarísimo. Su poesía es tan diferente –salvo excepciones– a sus cuentos que parece dictada por otra personalidad, proveniente de una mujer que es más ordenada, menos despeinada, extraña pero correcta. Son muy sobrios y rígidos, por ejemplo, los poemas de *Enumeración de la patria* (1942), libro que incluye un poema fundacional que una vez le recitó a Bioy Casares cuando ambos estaban paseando en auto; él, asombrado, adivinó que eran de ella y le dijo que era «una gran poeta». Dice «Enumeración de la patria»:

Oh, desmedido territorio nuestro,
violentísimo y párvulo...
Patria vacía y grande, indefinida
como un país lejano, interrumpida
por la llegada lenta de los trenes,
con jubilosa espera en los andenes.

A Borges le encantaba este libro. Escribió en su reseña en *Sur*: «Ningún otro texto de nuestra literatura ya secular trasciende con igual plenitud la inmediata, infinita presencia de la República.» *Espacios métricos*, su siguiente libro de poemas, que apareció en 1945 –ella, años más tarde, abominaría del título–, está dedicado a Bioy y obtuvo el Premio Municipal de Poesía. Es un libro extraño, de poemas eruditos que citan a Burton, John Donne, Garcilaso, Cicerón, Valéry, la Biblia, el mundo griego, Milton, Voltaire; está, claramente, influenciado por Borges.

Silvina Ocampo escribió poesía toda la vida, y siempre fue una poeta controlada. Fue muchísimo menos arriesgada como poeta que como

narradora. En 1949, con *Poemas de amor desesperado*, inauguró una poesía amorosa que, por ejemplo en «Sonetos de amor desesperado», configura una ética del amor que es imposible no considerar autobiográfica:

Quiero amarte y no amarte como te amo;
ser tan impersonal como las rosas;

como el árbol con ramas luminosas
no exigir nunca dichas que hoy reclamo;
alejarme, perderme, abandonarte,
con mi infidelidad recuperarte.

Y luego escribe infinidad de poemas para los árboles, para el mar, para la naturaleza, con títulos elocuentes: «La cascada», «El aguaribay», «La llanura», «El lebrele», «El río» y «Las rosas»; o en *Los nombres*, el poemario de 1953, «Imprecación al mar», «Las hojas», «Elogios y lamentos del verano». En *Los nombres* también le dedica misteriosos poemas a GGV (¿Genca García Victorica?) y al escritor, y uno de sus mejores amigos, J. R. Wilcock; bellos y poco reveladores. El mejor poema de *Los nombres* está dedicado a Adolfo Bioy Casares, y es una declaración de principios.

Se llama «Sonetos a la imaginación»:

En sus efímeras y abiertas manos
le entregaré, le entrego, el corazón,
que es de cristal y de adivinación.
La seguiré hasta el fin de los veranos,
la seguiré por las largas galerías,
con la belleza y el horror por guías.

LO ODIÉ POR CAUSA DE UN PERRO

Jorge Luis Borges acompañó la vida de Silvina Ocampo casi diariamente, desde mediados de los años treinta. Cuando no estaban de viaje –Borges en sus giras, los Bioy en sus extensas vacaciones– se veían

todos los días, seguro todas las noches. Era una amistad que, sin embargo, se parecía más a una relación de familia: no había intimidad entre ellos, no había complicidad juguetona, no había coincidencias de esas que entusiasman. Pero la amistad era firme, afectuosa.

El verdadero amigo de Borges era, claro, Adolfo Bioy Casares. Eran, además, colaboradores literarios: no solo escribían juntos, sino que chismorreaban juntos, se leían, leían a otros autores, se reían hasta la madrugada de sus chistes ingeniosos, incluso conspiraban. Porque, en el plan de Borges de ocupar el espacio central de la literatura argentina, entonces ocupado por corrientes, estilos y tendencias que, por distintos motivos, no le gustaban, Bioy y Silvina eran importantísimos.

No es que la amistad fuera solo instrumental. El afecto sincero, la dependencia incluso, son absolutamente evidentes en ese monstruo de tres cabezas que constituían Borges, Silvina y Bioy. La primera ficción borgeana, «Pierre Menard, autor del Quijote», aparece en 1939 en el n.º 56 de la revista *Sur*. Es un cuento que desordena para siempre la literatura argentina, la deja patas arriba. Y está dedicado a Silvina Ocampo.

Silvina dio varias versiones acerca de cómo o cuándo conoció a Borges. Una primera versión de ese encuentro es típicamente vaga: «Me parece que lo conozco desde siempre, como ocurre con lo que se ama. Tenía bigotes y grandes ojos sorprendidos. Hace mucho que lo conozco, pero mucho más que lo quiero. Cenar con Borges es una de las costumbres más agradables de mi vida. Me permite creer que yo lo conozco más que mis otros amigos porque la hora de la cena es más que nada la hora de la conversación.» A Noemí Ulla le dio otra, más precisa: «No estamos de acuerdo sobre cómo nos conocimos. Él recuerda una cosa y yo otra. Es que uno no conoce a las personas la primera vez que las ve, a veces no les presta atención. Cuando uno se fija en una persona, recién ahí la conoce. Me fijé en Borges en lo de Alfonso Reyes, cuando me pidieron que hiciera un retrato de él para un cuadernillo, un dibujo. Él ya era conocido pero no daba conferencias, no hablaba en público, se moría de vergüenza. Creo que yo no había publicado

todavía. Él era muy tímido e inspiraba más timidez aún. Inmediatamente sentimos mucha simpatía.»

Es de esas cenas de lo que queda registro, porque solía haber testigos. Borges, Bioy y Silvina comieron juntos la mayoría de las noches de sus vidas. Las comidas eran en Rincón Viejo, en Villa Silvina –la casa de veraneo de los Bioy en la ciudad de Mar del Plata–, o en el piso de la calle Posadas, pero siempre iguales: una charla que se extendía y que eventualmente se convertía en un diálogo entre Borges y Bioy, del que Silvina se retiraba, o que continuaba en otra parte de la casa, entre ellos dos solos. Silvina, cuentan, los oía reír, divertirse, y decía a quien se hubiese quedado con ella: «De qué se reirán estos idiotas.» Algunos creen que se quedaba afuera y eso le disgustaba; otros, que quedarse afuera era un alivio, porque no compartía el humor de su esposo y su amigo.

Hubo muchos invitados a esas comidas, algunos habituales, otros circunstanciales. El poeta y escritor Juan José Hernández, que murió en 2007, no tenía recuerdos muy agradables de esas mesas. Cuenta en el documental *Las dependencias*: «Ella parecía asentir en las conversaciones de sobremesa, donde se hablaba de literatura. Borges era muy burlón, muy arbitrario. Una vez dijo que Saint-John Perse era un bobo, y ella, ante mi estupor, porque nunca hablaba, dijo: “Qué disparate, yo creo que era un gran poeta.”» El traductor y ensayista Eduardo Paz Leston también era un invitado habitual. Escribió en un artículo de 2007 para el diario *La Gaceta*: «En casa de los Bioy se comía tarde cuando empecé a frecuentarlos, a eso de las diez o diez y media de la noche. La mesa era chica y no cabían cómodamente más de cuatro personas. Una vez que empezaban a comer, los dueños de casa hablaban muy poco. Bioy se limitaba a hacer una pregunta a Borges; Silvina Ocampo guardaba silencio, un poco por higiene (para que no le entrara aire en la boca, decía) y otro poco por comodidad. Borges hablaba sin parar. Supongo que no le gustaba la comida, casi siempre la misma. Podía ser muy divertido contando con fingido asombro anécdotas sobre amigas suyas de las que había estado enamorado. Quizá lo hiciera por despecho –era rencoroso–, pero también porque lo fascinaba la tontería infinita de ciertas mujeres. Algunas de ellas eran escritoras cuya obra escasa

no justificaba sus pretensiones. También influía la misoginia de Borges, que no admiraba sin reservas a ninguna escritora. Ni Virginia Woolf se salvaba.»

Bioy Casares, el más cercano, el menos objetivo y al mismo tiempo el más autorizado, tiene su propia opinión sobre a qué se refería Silvina cuando decía «De qué se reirán estos idiotas». Explica en *Las dependencias*: «Siempre pasaba y salía con eso de “idiotas, de qué se están riendo”. Pero no era agresivo, era una especie de comentario risueño. Yo no creo que hubiera nada de celos. Estábamos comiendo y se discutía un argumento y ella intervenía, ella colaboraba, no estaba apartada. Yo creo que Borges la quería muchísimo y que la admiraba realmente a Silvina». Y si bien Silvina no hablaba mucho en las comidas, ni participaba de los duelos de ingenio de su esposo y Borges, cuando opinaba en general lo hacía para defender a los escritores que le gustaban. Bioy lo consigna en sus diarios de forma bastante seca. El 2 de noviembre de 1963, él y Borges hablan mal de Proust. Silvina «se enoja muchísimo». 27 de julio, 1963: «Borges dice que oyó en el fonógrafo poemas de Verlaine con música de Debussy y cantados por una mujer en voz alta y que la experiencia resulta activamente desagradable. Silvina se enoja y le reprocha ser un mono, repetir lo que yo digo... Silvina niega la calidad de poeta mayor a Stevenson, a Chesterton. Borges: “¿Quién es un poeta mayor?” Silvina: “Wordsworth.”» 29 de septiembre de 1975: «Borges: “¿La fama de Baudelaire? La cursilería gusta. Qué triste llenar la literatura de almohadones y muebles y mostrar la maldad como meritoria. Baudelaire es la piedra de toque para saber si una persona entiende algo de poesía, para saber si una persona es un imbécil. Si admira a Baudelaire, es un imbécil.” Silvina protesta.» 31 de julio, 1971. «Borges: “Tal vez Proust tuviera mala memoria. A lo mejor tenía que asesorarse con parientes que recordaban las cosas mejor que él. Su capacidad literaria le permitió hacer creer que todo lo que estaba contando eran recuerdos; dio a su tema el encanto de la memoria.” Bioy: “Decís que en Proust la memoria es un género literario, como las aventuras en otros.” Silvina se enojó mucho.» El *Borges* de Bioy registra de manera lateral la relación con Silvina y las charlas trasnochadas. Pero también registra la vida cotidiana, las menudencias y las generosidades de la amistad, la compañía, las ayudas, las discusiones, las opiniones

fuertes; incluso, la intimidad. La enfermedad de los ojos de Borges, que lo dejaría ciego, aparece en este diario. Y Silvina, en el proceso de deterioro, en las operaciones, es una protagonista activa, una amiga preocupada que se interesa, está al tanto y quiere ayudar. Entrada de 26 de enero de 1953: «Silvina me comunica que los análisis de Borges revelan que las úlceras están mal y hay que operar cuanto antes. Me dice también que la madre de Borges me llamó hace un rato, desesperada.» El romance fallido de Borges con la escritora María Esther Vázquez ocupa varias entradas del verano de 1964, que la pareja pasó en Villa Silvina, en Mar del Plata. Silvina aparece como saludablemente celestina, curiosa, con ganas de ser confidente y también critica, maliciosa, irritada. Entrada del 20 de febrero: «Silvina me dice: “Tenemos casamiento seguro. Tenemos casamiento pronto. Tenemos casamiento en mayo.”» Sus temores: «Él está demasiado enamorado, demasiado pendiente. Y no se baña. Antes tenía alguna coquetería. Ahora está tan seguro de la gloria que sale con el pantalón de baño abierto y todo afuera. Con el cierre hubo una situación penosa. Tenés todo abierto, le dije. Ah caramba, contestó sin mosquear. No podía cerrarlo. Hubo que prestar ayuda: yo, María Esther. A él no le importaba nada. Está un poco vanidoso, un poco soberbio... Aunque dure quince días, el casamiento le conviene: le traerá mucha publicidad. Una mujer 30 años más joven y que puede pasar por linda. Hablarán todos los diarios. Ella hace planes: vivir en la Biblioteca, un viaje a Perú, ir a España con nosotros. Yo la animé todo lo que pude: que lo ayudará a hacer una gran obra, que tendrán una vida maravillosa. Y el viaje a España, con nosotros. Me daba lástima, pobre mujer. Parece una dama de compañía. Y, ¿viste?, tiene la cursilería en los hombros. ¿Viste cómo los lleva delicadamente encogidos? Para ella es un marriage de raison.» Hay, también, pequeños fragmentos de intimidad insoportable. La entrada del 21 de febrero de 1964, por ejemplo, en Mar del Plata. «Cuando vuelvo del mar a la carpa, Silvina y Borges están conversando; Silvina, detrás de la lona, en el compartimentito para vestirse; Borges en el centro de la carpa, a la vista de toda la playa, con una camisa rabona (de las llamadas remeras) y sin pantalones ni calzoncillos. “Estás en bolas”, le digo, arreándolo detrás de la lona. “Ah caramba”, comenta con ecuanimidad. “Como no ve”, comenta después Silvina, “está como con una

careta.”» Pero no solo esta intimidad explícita: también las abrumadoras soledades de una vida juntos, esas pequeñeces que convierten al otro en una rutina indispensable. Las navidades y la noche de Año Nuevo, por ejemplo. Entrada del 31 diciembre de 1962: «Comemos con un calor espantoso, cuatro personas, el grupo que va quedando (el grupo de cada persona va disminuyendo y cambiando a lo largo de la vida): Silvina, Borges y yo. Después Borges y yo esperamos el Año junto a la ventana.» Los regalos de cumpleaños: Borges le regala a Silvina un delantal o una biografía de Henry James; ella le regala estuches de plástico, gemelos de oro para la corbata. Y, por supuesto, las diferencias y discusiones, que se van acentuando con los años. 12 de diciembre de 1959: «Silvina está enojada porque su libro no gustó a Borges, que no dijo una palabra al respecto. Menos mal que existe el precedente de mi libro: tampoco le gustó y tampoco dijo nada.» 21 de noviembre de 1977: «Hoy Silvina nos da una comida espantosa. Borges discute con ella, algo malhumorado por la comida.» Y la entrada del 9 de enero de 1982, que confirma el alejamiento paulatino de Borges y Silvina – y su eventual recomposición de relaciones cuando él decide ayudarla con la traducción de sus cuentos y de poemas de Emily Dickinson: «Come en casa Borges, que ahora viene casi todas las noches. Silvina siempre encontraba razones para no dejarlo venir. Yo lo lamentaba porque pasamos buenos momentos con él, porque suele estar muy solo y porque siempre hay algún trabajo a medio hacer, como la traducción de *Macbeth*. Silvina me decía: “Hoy no, porque estoy muy cansada. Hoy no, porque me duele el estómago. Hoy no, porque no consigo a nadie para acompañarlo desde el automóvil hasta el sexto piso de su casa. Hoy no porque es viernes o es sábado y hay mucho tráfico. Hoy no porque no sé si mañana viene alguien a trabajar y no quiero acumular cubiertos y platos sucios en la piletta.” Yo me avenía y así pasaron meses, años; realmente nos apartó, como si hubiera una pelea entre nosotros. Ahora Borges se ofreció a corregir la traducción de sus cuentos al inglés y todos los días come en casa.»

Cuando eran jóvenes, Silvina y Borges compartían caminatas por los barrios de Buenos Aires. Él le decía: «Esta noche tenemos que perdernos.»

Llegaban hasta el puente de Constitución, al sur; en ese barrio Silvina ubicó uno de sus mejores cuentos, «La casa de azúcar». Contaba Silvina: «Durante años nos hemos paseado por uno de los lugares más sucios y lóbregos de Buenos Aires: el puente Alsina. Caminábamos por las calles llenas de barro y de piedras. Allí llevábamos a escritores amigos. No había nada en el mundo como ese puente. A veces por el camino, una vez cruzado el puente, como en una especie de sueño, encontrábamos caballos, vacas perdidas, como en el campo más lejano. “Aquí tienen el puente Alsina”, decía Borges cuando nos acercábamos a los escombros, la basura y la pestilencia del agua.» ¿Por qué recordaría Silvina particularmente estos paseos por barrios casi suburbanos entonces, lejanos, tristes? A lo mejor porque era el momento en el que compartían esa sensibilidad límite, cuando hubo un atisbo de complicidad. Cuando lo sintió más cerca.

El 12 de mayo de 1986, según consigna Bioy en su diario, Silvina tuvo su última conversación con Borges, por teléfono: «A eso de las nueve cuando íbamos a tomar el desayuno, llamó el teléfono. Silvina atendió. Pronto comprendí que hablaba con María Kodama. Silvina le preguntó cuándo volvían; María no contestó a esa pregunta. Silvina habló también con Borges y volvió a preguntar cuándo vuelven. Me dio el teléfono y hablé con María. Le comuniqué noticias de poca importancia sobre derechos de autor (una cortesía para no hablar de temas patéticos). Me dijo que Borges no estaba muy bien, que oía mal y que le hablara en voz alta. Apareció la voz de Borges y le pregunté cómo estaba. “Regular, nomás”, respondió. “Estoy deseando verte”, le dije. Con una voz extraña, me contestó: “No voy a volver nunca más.” La comunicación se cortó. Silvina me dijo: “Estaba llorando.” Creo que sí. Creo que llamó para despedirse.»

Silvina le escribió dos poemas a Borges. El primero, de 1973, apareció en *La Nación*. Se llama «Homenaje a Jorge Luis Borges». El segundo lo publicó en una edición dedicada a Borges, editada por el Banco de Boston en 1987, un año después de la muerte del escritor. Es un poema mucho más sencillo, sin tigres, ni De Quincey, ni charlas, ni citas ni idiomas ni rosas. Es un poema tierno y compasivo. Se llama «Hablo con Borges»:

Te haré un collar de lágrimas alegres

y en cada piedra la fidelidad.
¿Por qué alegres? Hubieras preguntando
y yo, siguiendo tus palabras, digo
para ser cursi, con una sonrisa.

... No morirá el adiós que me dijiste,
ni tampoco «Silvina no me olvides»
ni morirá mi «nunca olvidaré».

Una noche de 1956, cuando Silvina le pidió a Bioy que le trajera su tapado, porque saldría, Borges la saludó diciendo *Au reservoir*, una tontería, un chiste sobre una variación de *Au revoir*. Después la usarían como saludo-contraseña, e incluso sería el código para que Borges comprendiera que ella le pedía que se fuera, porque estaba cansada. Pero esa noche del tapado, espontáneamente, cuenta Bioy que Borges miró a Silvina y dijo: «Es una de las mejores personas que existen.»

«Yo sospecho que para Silvina Ocampo, Silvina Ocampo es una de tantas personas con las que tiene que alternar durante su residencia en la tierra», escribió Borges sobre Silvina.

LA IMAGINACIÓN RAZONADA

Silvina Ocampo tenía cuarenta y cinco años cuando publicó su segundo libro de cuentos, *Autobiografía de Irene*, en 1948. Si el libro debut, *Viaje olvidado*, tenía casi treinta cuentos, este sorprende por su brevedad: son apenas cinco, y uno de ellos, «El impostor», se puede considerar una *nouvelle*. Pero lo más sorprendente es la diferencia formal con aquellos cuentos libres, algo insanos. Aunque *Autobiografía de Irene* tiene, inconfundiblemente, las marcas de sus obsesiones —el tema del doble, la crueldad, la premonición—, se trata de cuentos acabados, cerebrales. Escribe Noemí Ulla en su libro *Invenciones a dos voces*: «En *Autobiografía de Irene*, la sintaxis de la narración, el léxico culto, la erudición de las citas y referencias, la frecuencia de las series enumerativas, la incertidumbre de ser un sueño o una historia lo que sucede al personaje, la búsqueda poética del

artificio, la exigencia de colaboración del lector al ponerlo a elegir entre varios finales posibles, vertebran la remodelización del modelo narrativo borgeano. Se aparta, sin embargo, configurando un universo donde lo femenino parece imponerse.» Es cierto: este libro está lleno de mujeres. La esposa infiel de Claudio Emilio, ciudadano de la antigua Roma, encerrada y dada por muerta, de «Epitafio romano», un cuento de ecos obviamente borgeanos. La mujer china de «La red» que, en la playa, clava una mariposa en un alfiler; una mariposa que volverá para clavársele en los ojos; Irene, la chica que experimenta los acontecimientos por anticipado, que hace algo más que conocer el futuro, lo vive: «Para los que recuerdan, el tiempo no es demasiado largo. Para los que esperan es inexorable»; el final del cuento, circular, es de una perfección formal que Borges hubiera admirado. La pieza central, «El impostor», uno de sus relatos más exitosos –se llevó al cine en 1997, con dirección de Alejandro Maci–, es, sin embargo, un mundo de hombres. Y es un relato claustrofóbico, ensoñado: Sebastián Heredia es un joven de la alta burguesía que se aísla por propia voluntad en la estancia pampeana ruinoso de su familia; su padre le manda un espía, Juan Medina, para que le informe sobre los movimientos del heredero, que está desequilibrado emocionalmente, quizá suicida. Hay una mujer entre ellos, una mujer fantasmal, María Gismondi. Todo el cuento es espectral, un relato sobre fantasmas, sobre la locura. Es, por escenario y por tema –el doble–, un cuento borgeano, pero solo superficialmente: Borges no se permitía esta extrañeza, estos juegos de espejos rotos, ni la descripción de tan vastas soledades.

Pero *Autobiografía de Irene* es, sin duda, un libro influenciado no solo por Borges, sino por los debates sobre literatura que se daban en el seno de la revista *Sur* y a los que Silvina Ocampo no era ajena aunque, como con casi todo en su vida, prefería mantenerse en la sombra. Detrás de una cortina pero alerta, escuchando, absorbiendo todo. Consultada sobre la diferencia tan importante de estilo, de tono, de temas, entre *Viaje olvidado* y este segundo libro, la crítica Judith Podlubne dice: «Silvina no participa explícitamente de los debates estéticos de la revista. Sin embargo, no diría por esto que su lugar en el mundo de *Sur* fuese una posición “pasiva”. Para nada. En ese sentido, *Autobiografía de Irene*, su segundo libro de relatos, es

un testimonio evidente de la atención que le requiere a Silvina lo que está pasando a su alrededor, en *Sur*. Creo que los relatos de este libro son una respuesta a las demandas del momento, a las que ella recibe desde *Sur*. Una respuesta que desvía y debilita la fuerza que impulsa su literatura en el comienzo. Victoria la desafía a “escribir bien” –es el valor, muy debatido, que rige la escritura literaria para *Sur*– y ella se aviene a esa demanda. Responde con una lengua literaria convencional y trabajada, adiestrada en los libros de poemas que escribe en el ínterin de una década, una lengua en la que reemplaza las anomalías sintácticas, tan extraordinarias, de *Viaje olvidado*. Son relatos que exhiben el denodado y (en estos términos) exitoso esfuerzo que Ocampo realiza por responder a los mandatos lingüísticos y literarios instituidos en *Sur*; que no son, por supuesto, solo los mandatos que su hermana le impone sino los que Victoria misma comparte con una amplia mayoría de los miembros de la revista, entre ellos algunos de los más cercanos a Silvina como son Bianco y el propio Bioy. *Autobiografía de Irene* responde tanto al imperativo de “escribir bien” como al de “construir bien.”»

La búsqueda narrativa de Ocampo se identifica en este punto con la idea bioycasareana de que la literatura es un objeto artificial, un sistema de convenciones que el buen escritor debe manejar con eficacia, y adhiere transitoriamente a la lógica compositiva que distingue a las «obras de imaginación razonada» para Bioy. Haría falta otra década para que Silvina Ocampo encontrara esos cuentos que estaba buscando, cuentos capaces de mezclar la elegancia y el exceso, el distanciamiento y la intensidad, esa crueldad inocente.

VE COSAS QUE NI EL DIABLO VE

Otra faceta del mito Silvina es su condición de bruja, vidente, maga. Desde chica adivinaba, predecía, *sabía*. Una vez vio una mancha de sangre en las vías, cerca de su casa de San Isidro, y se lo dijo a su niñera y a las empleadas de la mansión. Ellas, asustadas, comentaron: «Ve cosas que ni el diablo ve.» Silvina tomó nota y siempre recordó esta frase. Como estaban

pintando una casa de rojo podía ser, en efecto, una mancha de pintura, y eso la tranquilizó. Pero después hubo allí un accidente real: un chico quedó con una de las piernas atrapadas bajo el tranvía. Y Silvina se convenció de sus habilidades. O, al menos, las sumó a la construcción de su personaje. Cuenta Jovita Iglesias en *Los Bioy* (Tusquets, 2002): «Otro día, regresando de Mar del Plata y camino a Pardo en dos autos, como siempre, ellos adelante en el Ford Fairlane de Bioy y nosotros atrás en el Falcon de Silvina, paramos a almorzar. Muy pronto Silvina dijo que se venía un tornado. Ante nuestra incredulidad insistió: “Es cierto, ya verán, ya verán.” Terminamos de comer y emprendimos viaje otra vez. A poco de andar oímos gritos de vacas y el cielo se vino abajo.» Hay que aclarar que viajaban en dos autos, pero Silvina nunca manejó. Nunca aprendió, nunca quiso aprender. Ese Falcon era suyo, pero siempre lo manejaba un chofer.

Las premoniciones solían acometerla en Mar del Plata. Una vez, tomando sol sobre la arena, escuchó a alguien pedir socorro en el mar. Se sentó y le pareció ver gente arremolinada en la playa, cerca de la orilla. Inquieta, fue a buscar a los bañeros. Pero ellos no habían recibido ninguna alarma. Silvina, no muy convencida, volvió a su manta y al sol. Otra vez escuchó los gritos, otra vez se dirigió a los bañeros, que volvieron a asegurarle que todo estaba bien, un poco burlones. Unas horas después, los bañeros recibieron, finalmente, esa alarma. Pero del mar solo sacaron el cuerpo de un ahogado. Si gritó antes de morir, Silvina lo escuchó, pero no con sus oídos.

Durante un tiempo puso en práctica su don de adivinación y tiró las cartas –no el Tarot, sino la baraja española–, pero ninguno de sus amigos vivos recuerda haber sido consultante de la práctica y tampoco la recuerdan con el mazo en la mano. Se sabe que este periodo existió, sin embargo: Bioy lo consignó brevemente, y sin demasiadas explicaciones, en su diario *Descanso de caminantes*, en la entrada febrero 1983: «Fernando llama a Silvina y le dice que desearía que hoy le tire las cartas. Cuando Silvina le responde que no puede, que tendrían que dejarlo para mañana, Fernando se muestra sinceramente contrariado.» ¿Quién sería ese Fernando? El rastro de la identidad tras el nombre está perdido. Y la propia Silvina le habló de su arte a Hugo Beccacece en una entrevista: «En una época me había dado por

tirar las cartas. Había aprendido todo lo que dicen los libros; yo estaba convencida de que tenía dotes. Y las tenía. A una amiga que estaba en bancarrota le dije que cuando volviera a su casa encontraría una carta en la que le ofrecían trabajar en Europa y que allí hallaría al gran amor de su vida. Todo sucedió como yo se lo dije. Ella vivió por unos años en Europa con un hombre al que quiso mucho. Al cabo de un tiempo, vino a verme y me dijo: “Silvina, me parece que la suerte se me acabó. Tirame de nuevo las cartas.” Se las tiré y la suerte se le había terminado. Para sobrellevar el periodo que le esperaba le di un as de corazón que era la primera carta que ella había sacado cuando le pronostiqué tanta felicidad. Nunca más supe de ella. No perdí las dotes pero me cansé. En los viajes en barco a Europa me la pasaba tirando las cartas y leyendo las manos. Cuando entraba en el comedor del barco, se me abalanzaba un montón de mujeres que me decían: “Señora, dígame qué es esta raya, me dijeron que anuncia algo terrible.” Y a veces era cierto. Cuando me iba del salón dejaba de un lado un tendal de víctimas; del otro, los elegidos de la felicidad. Parecía una nave de condenados. Mi etapa de adivina fue otra decepción: me terminé aburriendo. Siempre lo mismo: amantes que dejaban a sus amantes; fortunas que se derrumbaban; otras que se heredaban; muertes, nacimientos, traiciones. Al final, ya tenía tanta práctica que me apartaba de lo que decían los libros y decía lo que se me ocurría. Confiaba en mis poderes.»

Ciertamente, tenía un aura de profetisa. Sus amigos lo sentían, lo ponían por escrito. J. R. Wilcock, con quien escribió una pieza teatral, *Los traidores*, en 1956, anotó: «Borges representaba el genio total, ocioso y perezoso, Bioy Casares la inteligencia activa, Silvina Ocampo era entre ellos dos la sibila, la maga que les recordaba en cada movimiento y en cada palabra (suyas) la singularidad y el misterio del universo.» El propio Borges certifica su don de videncia: «Nos ve como si estuviéramos en un cristal. Probar el engaño es inútil... Posee Silvina Ocampo una virtud que se atribuye comúnmente a los Antiguos de los pueblos orientales y no a nuestros contemporáneos. Esta es la clarividencia: más de una vez y no sin una débil aprehensión, yo la he sentido en ella.»

NADIE SABE CUÁNTO ME ESFORCÉ POR IMAGINARLA PRECIOSA

No le gustaba que la fotografiasen, y sin embargo hay muchas fotos tuyas. Muy joven, sentada en una silla de mimbre, con un collar de perlas, el pelo –la raya al costado que conservaría hasta el final–, los ojos muy claros: hermosísima. Tan hermosa como en una foto de 1925, en el jardín de Villa Ocampo: tiene poco más de veinte años, está tumbada sobre el pasto y se tapa la nariz y la boca con el pelo, que lleva muy largo. En fotos posteriores se ve mejor su cuerpo: las piernas, legendarias, de estrella de cine mudo; las curvas marcadas por sweaters ajustados y por trajes de baño. Y alrededor de los años cuarenta, ya los anteojos, de marco blanco como los de su hermana Victoria, que le van dando cada vez más el aspecto icónico de la Silvina Ocampo que retratarían Sara Facio y Pepe Fernández y también Bioy, ante quien posaba con reticencia. Silvina icono: con ropa de hombre, las camisas de su marido, las alpargatas y los pantalones marineros, pocas joyas, algunas pulseras enroscadas en su muñeca, una gargantilla que, dicen, no se sacaba nunca, ni para bañarse.

Los que la recuerdan ya no recuerdan a una mujer hermosa, pero lo era. Lo había sido.

Ernesto Schoo no olvidaba una foto de Silvina joven, en casa de su amigo común, J. R. Wilcock: «Era fabulosa. Todos dicen que la bella era Victoria, y Victoria era imponente, pero Silvina había tenido lo suyo, también.»

Silvina se creía fea, dice Hugo Beccacece. Y escribe en 2011, para el suplemento «ADN Cultura», de *La Nación*: «Se quejaba de su boca que, con los años, según creía, se había vuelto obscena. Sus amigos José Bianco y Enrique Pezzoni, cuando hablaban en privado de la “fealdad” de Silvina, decían que, por el contrario, era muy atractiva. Y lo decían porque ellos habían caído en distintas oportunidades bajo su influjo. Era cierto que Silvina podía ser atractiva de un modo irresistible, pero había tenido la mala suerte de nacer en una familia donde había mujeres de una hermosura más convencional, casi clásica, como la de su hermana Victoria. Sin embargo, apenas uno la veía moverse y, sobre todo, cuando desplegaba sus juegos de seducción, en los que se mezclaban la gracia, el don de la réplica, el lirismo,

las asociaciones delirantes y la atención aplicada con que escuchaba a su futura presa como si no hubiera nada más importante en el mundo que la persona que la enfrentaba, uno comprendía que debía de ser difícil escapar de esas redes si ella decidía echarlas al agua. Además era de una delicadeza extrema. Esa mujer debía de acariciar con una suavidad y una precisión inolvidables.»

Con todos hacía ese juego seductor, y todos caían. ¿Cómo sería el aire alrededor de Silvina, como sería su hechizo? Cuenta Edgardo Cozarinsky: «Cuando la conocí ella tenía cincuenta y ocho años, yo veintidós. Aún hoy me resulta difícil describir el impacto que recibí: nunca había conocido a una mujer que se le pareciera, ni siquiera lejanamente. No me refiero solamente a su carácter inasible. Su rostro –solía decirse con timidez o reserva– “no era convencionalmente bonito”, pero sus piernas eran espectaculares y sabía lucirlas, doblándolas con frecuencia en el sillón donde se sentaba. Su elocución temblorosa, vacilante, muy rápido se imponía como el único instrumento posible para articular las paradojas que regalaba sin énfasis, con un humor vacilante entre lo *faux naïf* y lo juguetonamente perverso. Solía poner un jazmín en el primer ojal desprendido de su blusa o su vestido; esa flor anunciaba el perfume que usaba.»

Elena Ivulich, su secretaria durante cincuenta años, decía en *Las dependencias* que tenía piernas «como Marlene Dietrich». Repetía el comentario de todos: Jovita recuerda que no le gustaban las fotos donde tenía cara de buena, «esa cara es de bobas», le decía. «Ella no iba a ninguna reunión, a ninguna fiesta», dice Jovita en *Las dependencias*. «Lo invitaban a Adolfo y decía “como voy a ir con él, él es tan guapo y yo voy a ir a afearlo”. Yo le decía “usted es hermosa”. Ella decía “vos me querés ver hermosa, pero soy horrible”. Pero yo siempre la vi hermosa y era hermosa. Pero ese complejo no se lo pude sacar.»

María Moreno recuerda que se sentaba en forma de esvástica, usaba impermeable dentro de la casa y salía a la calle sin cartera. Jorge Torres Zavaleta se ríe todavía de sus zoquetes a rayas plateadas y negras que usaba con total descaro. Al principio, cuando aparecieron sus primeras canas, se

teñía de un rubio opaco. Después se lo dejó gris, y luego blanco. Y largo. Pocas mujeres se atreven a esa naturalidad –o esa falta de coquetería.

Hay dos fotos legendarias y en las dos se tapa la cara. La primera la tomó Sara Facio –la fotógrafa argentina que tomó fotos icónicas de muchos escritores, entre otras la célebre imagen de Julio Cortázar con el cigarrillo en la boca en su estudio. Silvina no se dejaba retratar: tuvo que perseguirla hasta debajo de los muebles. Su vestido negro corto deja ver las fantásticas piernas. En esa foto extiende la mano hacia la cámara y tapa por completo su cara. Está descalza y se cubre el vientre con un brazo. No es un gesto de rechazo, ni siquiera de protección: sencillamente, la mano tapa la cara, como si detuviera la cámara. Sara Facio recuerda esa sesión: «Se opuso terminantemente a ser retratada. Ella era fotoaficionada, de modo que no se molestó cuando vio que disparaba casi sin enfocar, sabía que las tomas no saldrían en esas condiciones: luz limitada y falta de precisión. No contaba con mi pericia en el uso de la Leica. Las fotos están. No son fotos especialmente recordables y de hecho nunca las utilicé, pero dan idea de su naturalidad y simpatía cuando no posaba.»

La otra foto legendaria se la tomó Pepe Fernández, su amigo, y es más violenta: Silvina usa las dos manos para taparse la cara y la cámara está mucho más cerca, un plano más cerrado, no se ve su cuerpo, se adivinan los anteojos blancos, que asoman puntiagudos. En esta foto sí parece estar diciendo basta, basta.

En 1972, en su libro *Amarillo celeste* (Losada), escribió, en el poema «La cara apócrifa», acerca de su rostro:

Nadie sabe cuánto me esforcé por imaginarla preciosa
(...). La corregí en vano, minuciosamente
juntándole las cejas
agregándole lágrimas
adornándola con levísima sonrisa
tirándole la lengua para volverla graciosa
mordiéndole los labios para volverla cruel
alejándola inclinada para volverla misteriosa.
Entonces, solo entonces,

creía encontrar la más conveniente
la cara de Bindo Altoviti
(qué importaba que fuera un varón si parecía un ángel!)
(...).

No quiero más fotografías de esa cara
que no es la misma cara que estaba dentro de una cuchara
ni en el vidrio, ni en el cuchillo, ni en el aljibe,
ni siquiera en el espejo.

Adolfo Bioy Casares decía que esa cara era «inconfundiblemente Ocampo»: «Tenía ojos celestes, no era muy cuidadosa para vestirse. Y yo creo que tenía mucho encanto.»

COMO PARA NO ESTAR MUERTA CON ESTE DÍA

En 1959, publicó *La furia*, reconocido como el más «ocampiano» de sus libros de cuentos, el libro donde encontró esa voz única, donde delineó más claramente su universo. La doctora en Letras e investigadora Adriana Mancini define (parte) de ese universo en su libro *Escalas de pasión* (2003): «Todo parece precario y endeble y arbitrario en el universo diseñado por Silvina Ocampo. Los espacios definidos por sobresaturación de objetos *kitsch* son multiplicados por espejos que, en muchos casos, comunican con el interior sin límites de los personajes. Predominan las voces femeninas, institutrices, peluqueras, modistas, sombrereras, criadas; en general, mujeres que hacen trabajos con sus manos y cuyo lenguaje, infestado de estereotipos y clisés, retumba en ambientes adornados con voladitos de plástico, colchas rosadas e imágenes religiosas. Casitas azucaradas, muñecas sobre almohadones brillantes, cajitas con moños, mesas de cumpleaños con tortas almibaradas, crean la atmósfera adecuada para lograr la tematización de los espacios textuales.»

La furia abre con el elegantísimo y autobiográfico «La liebre dorada», casi una fábula, una escena de gobelino en una mansión de campo. Pero enseguida cambia de tono drástica, brutalmente. «La continuación» es un cuento narrado por una escritora, una especie de carta a su marido; el tono

es de velada rabia, de despecho, y pronto se convierte en otra cosa, en un laberinto metatextual donde la escritora termina viviendo como propio el argumento del cuento que está escribiendo (en el cuento, es un hombre). Es la primera vez que juega con el género, trocándolo, desdibujándolo, hombre, mujer, no se sabe; también la primera vez que aparece un triángulo amoroso y la irrupción de los celos como tema, como uno de sus grandes temas: «Mi amor adquirió los síntomas de una locura. ¿Me afligí con razón porque realmente me engañaste? Esas cosas se saben demasiado tarde, cuando uno deja de ser uno mismo. Te amaba como si me pertenecieras, sin recordar que nadie pertenece a nadie, que poseer algo, cualquier cosa, es un vano padecimiento.» La mujer que podría ser la amante se llama Elena, como la verdadera amante de Bioy por esos años, Elena Garro; cuento de amor y locura y desprecio, el juego de identidades y de metatexto recuerda a Cortázar, sobre todo por la carga muy tensa, realista, de esa pareja que ama odiarse.

Hay más cuentos fundamentales en *La furia*; «La casa de azúcar» era uno de los favoritos de Julio Cortázar, y es uno de los clásicos de Silvina Ocampo. Otro cuento de parejas y de vidas alternativas es la transformación de la protagonista, Cristina, mujer supersticiosa que vive resguardada por el amor de su marido y la calidez de la casita *kitsch* donde viven, en Violeta, una antigua habitante de la misma casa, mujer misteriosa que muere loca. La metamorfosis de Cristina es lenta («estoy embrujada», dice) pero inevitable. Y es la metamorfosis, además, otro de los temas favoritos de Silvina. En *La furia* están, también, algunos de los cuentos más crueles: «La casa de los relojes», sobre un jorobado al que le planchan la joroba, en una tintorería y después de una fiesta, un grupo de hombres borrachos; «El sótano», sobre una mujer, posiblemente una prostituta, que vive con ratones en una casa a punto de demolerse. Pero, sobre todo, «Mimoso» y «Las fotografías». Ambos, además, son cuentos de oído absoluto. Es que Silvina Ocampo, a diferencia de Borges y Bioy, y cerca de Cortázar y Manuel Puig, incorporaba a sus cuentos el habla coloquial rioplatense. Cuenta Noemí Ulla, consultada por este gesto pionero de incorporar la forma de hablar en la literatura: «Con Cortázar, son los dos que iniciaron y aceptaron una lengua más sensible en lo coloquial. Pasa que a Cortázar lo conocían más,

entonces la actualización del idioma, la oralidad, se la atribuyeron a él. No se reparaba demasiado en Silvina porque no se la leía tanto.»

¿Adónde se metía esta mujer, con quiénes hablaba, para manejar con tanta ironía y con tanta precisión los lugares comunes, la charla irreflexiva, el habla de una clase que no era la suya y con la que apenas se rozaba en la vida cotidiana? Son esas voces las que provocan una mueca de risa en el por lo demás terrible cuento «Las fotografías». Hay una fiesta en el patio de una casa de clase media baja. Es el día de cumpleaños de Adriana, una adolescente que quedó parálitica después de un accidente y que recién sale del hospital. «Nos hemos desvivido por salvarla», dicen. «Esta niña se ha debatido entre los brazos de la muerte.» De tanto festejar, de tanto exceso, de tanto hacerla posar y de tanto desvivirse por ella, la matan. Las descripciones son insensibles, de crueldad inocente, perversa:

«En la tercera fotografía, Adriana blandía un cuchillo, para cortar la torta, que llevaba escrito con merengue rosado su nombre, la fecha de cumpleaños y la palabra FELICIDAD, salpicada en grageas.

—Tendría que ponerse de pie —dijeron los invitados.

La tía objetó:

—Y si los pies salen mal.

—No se aflija —respondió amable Spirito—, si quedan mal, después se los corto.»

Y ese final, inolvidable. Alguien advierte que la niña ha muerto, exhausta. «Está muerta», dice. Y le contestan: «Como para no estar muerta con este día.»

«Mimoso» es otro cuento extremo, de los más extremos de la literatura argentina. Borges lo odiaba: siempre le pedía a Silvina que no lo incluyera en sus recopilaciones. Mimoso es un perro que su dueña ama con locura y que, cuando muere, manda embalsamar. Hay algo perverso, malsano, en ese afecto por la mascota («Le acarició la cabeza con la punta de los dedos y cuando creyó que el marido no la miraba, le dio un beso furtivo»). Tan obvio se hace el amor bestial por el perro de la mujer que la pareja recibe un anónimo: el marido, entonces, destroza al perro. Ella grita: «No impedirás que sueñe con él.» El erotismo negro, el crimen, el humor: todo llega al límite en «Mimoso».

La relación entre clases es el tema de «El vestido de terciopelo», con una mujer rica que muere ahogada por su vestido cuando su modista lo trae para que se lo pruebe, mientras una niña, que viene con la costurera, repite y repite: «¡Qué risa!» «La sibila» y «Magush» son cuentos sobre adivinos y premoniciones; la niñez maligna aparece en «La furia» (la protagonista incendió a su amiga de la infancia), en «La boda» (una niña mete una araña dentro del rodete de su vecina, que se va a casar; el veneno la mata); en «Voz en el teléfono» es un chico que prende fuego a su madre y sus amigas cuando ellas están en plena charla sobre corpiños y ropa interior; en «La oración», una mujer acoge en su casa a un niño asesino, que acaba de ahogar a un compañero de juegos en un charco. Se precipitan más y más cuentos sobre seres medio humanos medio animales («Azabache»), amores obsesivos («La paciente y el médico») y sobre todo el exagerado cuento lésbico «Carta perdida en un cajón» («¿Cuánto tiempo hace que no pienso en otra cosa que en ti, imbécil, que te intercalas entre las líneas del libro que leo, dentro de la música que oigo, en el interior de los objetos que miro?»).

Hay cierta acumulación en *La furia* que, a partir de ahora, será un rasgo fundamental de la narrativa de Silvina Ocampo. Apunta la crítica y escritora Sylvia Molloy en su artículo «Para estar en el mundo: Los cuentos de Silvina Ocampo»: «He oído decir que cuando levantaron la casa de la calle Posadas, la de las paredes descascaradas y grandes manchas de humedad, encontraron baúles llenos de ropa y de objetos traídos de vuelta de Europa, baúles que nunca habían sido abiertos, boletos de viajes transatlánticos que nunca habían sido revisados... Los títulos de los cuentos son como piezas de un extraño inventario o de un desván donde se acumulan cosas sin ton ni son: las fotografías, la propiedad, la boda, la piedra, los objetos, el asco, los grifos, la muñeca, la red. Los inventarios de Silvina Ocampo inquietan porque mezclan sin jerarquizar lo alto y lo bajo, lo catastrófico y lo trivial, lo prestigioso y lo vulgar, en un plano si se quiere democrático. Se habla a menudo de su crueldad. Yo quisiera señalar en cambio su simpatía, su complicidad. Pocos como ella han cultivado el detalle trivial con tanto éxito, deteniéndose en las pequeñas manías, los mequinos males, las cursilerías del mundo.»

«A veces tengo la impresión de haber vivido un poco distraído a su lado», escribía Bioy sobre Silvina.

En 1943, los Bioy se mudaron al edificio de la avenida Santa Fe 2606, en el barrio de la Recoleta. Todo el edificio, de diez pisos, era propiedad de la familia Ocampo. En el primer piso había una pileta de natación, donde Silvina tomaba clases con un profesor particular, y también estaba su atelier. Bioy iba todos los días a jugar al tenis al Buenos Aires Lawn Tennis Club. La pareja ocupaba cinco pisos del edificio, del sexto al décimo, donde estaba la terraza de pasto inglés, árboles enanos y hamacas. Jovita Iglesias, que compartiría la vida de los Bioy hasta el final, fue contratada como ama de llaves mientras vivían en esa casa. Recuerda en su libro de memorias sobre la pareja, *Los Bioy*, escrito en colaboración con Silvia Renée Arias: «Había tanta gente... Muchos sirvientes, mayordomos, chofer, una secretaria y una mucama para cada uno de ellos, otras para atender toda la casa y un cocinero polaco sobreviviente de la guerra que no dejaba entrar a nadie en la cocina. Silvina escribía y pintaba en el atelier, donde recibía modelos que posaban para ella. No hace mucho me enteré de que Bioy comentó haber estado muy enamorado de una de las jovencitas que posaban para ella. Dijo también no haberse atrevido a declararle su amor. Le creo en cuanto a haberse sentido atraído. La señora elegía a personas muy especiales. Todavía no he olvidado la belleza de una negra a la que pintó con un niño en brazos.»

En el mismo edificio vivía Silvia Angélica García Victorica, Genca, aquella prima de Silvina, amante de Bioy desde antes del casamiento. Genca tenía veinticuatro años. Adolfo Bioy Casares recuerda en sus *Memorias*: «Una noche, después de una reunión en casa, mi amigo Mastronardi exclamó: “Genca está poderosísima.” Gracias a este comentario advertí la belleza de Silvia Angélica, la sobrina de Silvina. Poco después fuimos amantes y empezó para mí un largo periodo de querer mucho, de ser muy querido, de vida atareada, con tenis a la mañana, amores por la tarde, lectura y escritura no me preguntan cuándo pero puntualmente cotidianas.» No especifica cuándo fue esta revelación, ni a qué casa se

refiere. Según Jovita Iglesias, Genca aseguraba que su romance con Bioy era anterior al matrimonio con Silvina. Cuenta Jovita en *Los Bioy*: «Él venía a mi casa —me contó entonces Genca—, pero no tengo ningún remordimiento de conciencia porque antes que Silvina era yo. La madre de él quería que yo me casara con Adolfito, pero Silvina me lo sacó. Fueron amantes de antes del casamiento y siguieron siéndolo hasta que Silvina y Adolfito abandonaron la propiedad de Santa Fe y Ecuador.»

¿Por esto lloraron los padres de Bioy? ¿Porque querían a la hermosa y joven Genca como esposa del magnífico Adolfito? En cualquier caso, él jamás pareció tener dudas. En una entrevista de 1999, dijo: «La primera vez que hicimos el amor, Genca me prometió que esa relación no volvería desdichada a Silvina. Fue difícil: llegó a saber que nos queríamos.» Desde el principio, entonces, Bioy quiso preservar a su esposa; no pensaba, según esta confesión, en Genca más que como en una amante.

En 1949, Genca los acompañaría en aquel viaje a Europa, al que también fue Drago Mitre, el amigo de Bioy desde la infancia, y es en ese viaje donde surge el rumor de que los Bioy habrían compartido sexualmente a Genca. Si así fue, Bioy no tenía toda su libido puesta en el triángulo. Fue en este viaje cuando conoció a otra de sus amantes amadas, otra de las mujeres de las que se enamoró larga y apasionadamente: la escritora mexicana Elena Garro. Bioy y Elena —que todavía no había publicado ningún libro— se conocieron en el Hotel Georges V, en París. Ella tenía entonces veintinueve años y estaba casada con Octavio Paz desde los diecisiete. Bioy tenía treinta y cinco y acababa de escribir una de sus mejores novelas, *El sueño de los héroes*. Durante su romance tuvieron apenas tres grandes encuentros —el de 1949, en 1951 y en 1956, en Nueva York—, pero siempre mantuvieron las llamadas telefónicas y, sobre todo, las cartas. La correspondencia fue sostenida, intensa y apasionada durante dos décadas, y hacia 1969 el romance había terminado. Hace pocos años, la Universidad de Princeton abrió al público el archivo de Elena Garro, cinco cajas de documentos, entre manuscritos originales, papeles varios y correspondencia. Las cartas de Bioy son 91, además de trece telegramas y tres tarjetas postales. Bioy se las enviaba a cualquier parte del mundo: hay cartas recibidas en Japón, Suiza, Austria, Francia, por supuesto México. Y

hay periodos de gran intensidad: entre agosto y octubre de 1951 le envió más de veinte. Escribe el 12 de septiembre: (Bioy escribía el nombre de su amante con H., como si se tratara de una divinidad clásica): «Helena adorada: No te asustes de que te quiera tanto... Me gustaría ser más inteligente o más certero, escribirte cartas maravillosas. Debo resignarme a conjugar el verbo amar, a repetir por milésima vez que nunca quise a nadie como te quiero a ti, que te admiro, que te respeto, que me gustas, que me diviertes, que me emocionas, que te adoro. Que el mundo sin ti, que ahora me toca, me deprime y que sería muy desdichado de no encontrarnos en el futuro. Te beso, mi amor, te pido perdón por mis necesidades.» Y el 2 de agosto de 1952: «A mí antes me gustaban todas las mujeres (antes=antes de conocerte). Ahora las veo como si un velo se hubiera caído de mis ojos: son tontas, son feas (al cosmos le cuesta producir a una mujer linda) y son otras. Esto de que sean otras, de que ni siquiera se parezcan a ti, es su más grosera e imperdonable imperfección. Además, la idea de hacer el amor con ellas me repele: qué feo, que antiestético e incómoda la postura; qué asco, qué aburrido. He descubierto la virginidad y su casi suficiente encanto.»

Elena Garro escribió su propia versión del romance, y especialmente de su inicio, en su novela autobiográfica *Te s - timonio sobre Mariana* (1981). El retrato que hace de Silvina en la novela es espeluznante. El personaje, que se llama Sabina (el nombre, apenas velado), tiene algo mórbido, siniestro. Se pasea por las calles de París como una furia cuando él desaparece; preside reuniones con sonrisa sarcástica, engañada pero poderosa. El retrato es cruel: «Me llamaron la atención sus pantalones arrugados de color canela, sus calcetines blancos y sus zapatos negros de tacón alto. Llevaba los cabellos desordenados... Nos interrumpió un joven rubio de aspecto atlético y sonrisa infantil... No pude aceptar que aquel joven fuera el marido de Sabina. En Sudamérica los gigolós son frecuentes y Vicente poseía un poder venenoso de seducción.» Vicente es, claro, Bioy. Genca también aparece en la novela: se llama Tana: «Apareció una mujer joven, de tez oscura y modales recatados como los de una sirvienta de confianza, que ocupó el lugar junto al marido de Sabina y los vi sostener una conversación en voz muy baja y enseguida retirarse. Tuve la seguridad de que eran amantes... “Es Tana mi sobrina”, explicó la mujer de Vicente

con una sonrisa. Era evidente que Tana era una protegida de Sabina, que ocultaba sus tendencias lesbianas bajo un disfraz de modestia. Tana es la hija de una hermana de Sabina y es inmensamente rica.»

Si Silvina Ocampo leyó esta novela, publicada cuando ella ya era una anciana pero estaba todavía lúcida, no hay registros.

De vuelta de un viaje a Europa, en 1954, los Bioy se mudaron al departamento en el que vivieron hasta la muerte, durante cuarenta y cinco años, en la calle Posadas 1650, también en Recoleta, pero en un rincón mucho más tranquilo, mucho más elegante. Todas las descripciones del enorme departamento de Posadas son hiperbólicas: todos los que lo visitaron, y fueron muchos, recuerdan lo extraordinario que era, aun hacia el final, cuando estaba descuidado, lleno de manchas de humedad y cucarachas, con habitaciones clausuradas. Una vez más, el edificio entero le pertenecía a la familia Ocampo. Fue construido en 1932 por el famoso arquitecto Alejandro Bustillo, a pedido de Manuel Ocampo, que quería un piso para cada hija. El primer piso, con un patio que, en desnivel, llega hasta la planta baja, era de Victoria, el segundo de Angélica, el tercero de Rosa, el cuarto de Francisca y el quinto y sexto de Silvina, que de alguna manera había heredado el que le habría correspondido a Clara, su hermana muerta. Entre baños, cuartos y salas, el departamento de Silvina y Bioy tenía veintidós habitaciones, un gran jardín, cincuenta metros de terraza y, en el sexto piso, el atelier. Silvina y Bioy tenían cada uno su propio cuarto – nunca durmieron juntos y su propio estudio. Ella pasaba horas en el sillón del living, hablando por teléfono: le encantaba hablar por teléfono, sobre todo después de comer. Y, cuando se mudaron, ya no estaban solos.

En 1954, durante ese viaje, habían adoptado a Marta, la única hija de los Bioy. No fue una adopción común. Silvina no podía tener hijos. No está claro si los deseaba, pero aparentemente Bioy quería ser padre. Por entonces, una de sus amantes, llamada María Teresa, aceptó ser la mamá de su hija y entregarla en adopción. La niña nació en Estados Unidos, pero los trámites de adopción se hicieron en Francia. Allí fueron a buscarla los Bioy: la bebé de tres meses y su madre estaban en Pau, sur de Francia,

capital de los Pirineos Atlánticos, Aquitania. Escribe la novelista Alicia Dujovne Ortiz, recreando los recuerdos de un amigo en común con los Bioy, Pepe Fernández, en un artículo para *La Nación*: «Se rió durante años del día en que enfrentó a la beba por primera vez. Estaba colorada hasta las orejas y, de puro nerviosa, dijo la primera zoncera que se le ocurrió: “Qué naricita más chica tiene, ¿no será homosexual?” “No –le contestó Adolfo, muy serio, como si la pregunta le pareciera de lo más atinada–; es que es ñatita.”» En septiembre de 1954 Silvina le escribe a su hermana Angélica, desde Francia: «No encontramos niñera... Hace un siglo que no lavo mi ropa y muchos días que no me baño porque no hay tiempo –y hay un solo baño. Estoy horrible y temo que mi organismo se haya acostumbrado. Tengo el pelo color ratón y áspero, la cara medio colorada, las manos paspadas, todo perfeccionado por mi fealdad habitual. El apuro en que vivo me enloquece. No tengo ni un minuto para dedicarme a la contemplación de nada ni de nadie. Es horrible.»

Jovita Iglesias cuenta, en *Los Bioy*, que junto con la pareja y el bebé llegó de Francia la madre biológica, María Teresa. «Al día siguiente de la llegada, Bioy tomó unas cuantas mamaderas y se llevó a la niña en el moisés. Silvina se quedó en la casa. Yo no entendía demasiado lo que estaba pasando, pero supuse que la beba tenía que alimentarse con leche de su propia madre. Era como un misterio, pero muy a la vista. Y el señor comenzó a hacer lo mismo todos los días... Un día, cuando Marta tenía una edad en la que apenas empezaba a hablar, Silvina me dijo que una amiga suya le había ponderado los pantalones que le había confeccionado y que le había pedido que le hiciera unos a ella... Fui hasta la casa de esta amiga y me abrió la puerta una señora que no era una gran belleza pero sí muy alta y elegante. Iba muy bien vestida, pero no fue su elegancia lo que me llamó la atención, por supuesto, sino el hecho de que había en el ambiente un perfume que yo conocía muy bien. Todo respiraba a Bioy como si él anduviera por ahí. Y había muchos juguetes en el suelo. Eso me hizo sospechar. La señora me atendió muy amablemente y al rato de charlar me dijo que esperara un momento porque tenía una sorpresa para mí. Y se apareció con Marta de la mano. Al verme la niña se escondió avergonzada, detrás de su madre... Fue una situación bastante chocante, pero fue de esa

manera como supe quién era su verdadera madre. Cuando volví a casa encontré a la señora Silvina muy ansiosa. Inmediatamente me preguntó qué me había parecido su amiga. Le dije que era muy agradable, simpática, espléndida. Sugestivamente, del pantalón no hablamos ni una sola palabra.»

La madre biológica de Marta estuvo presente siempre en la vida de la niña. Incluso mantuvo la relación con Marta cuando se fue a vivir a Colombia, casada con un empresario de apellido De Narváez. Marta supo que era su madre a los once años: hasta entonces, la llamó madrina.

Silvina fue una madre sobreprotectora. «Marta había sido muy mimada y tratada como una princesa», cuenta Jovita. «No cortaba la carne porque era muy delicada y ni siquiera tenía fuerzas porque no las ejercitaba para nada.» Una vez, para ayudarla en el colegio, Silvina le escribió una composición a Marta; pero no le fue muy bien, la chica se sacó apenas un cinco y Silvina incluyó el cuento en su libro *Y así sucesivamente*: se llama «Cabeza de piedra». Silvina le festejaba los cumpleaños a Marta en San Isidro, en la casa de su hermana Angélica, y participaba de las fiestas bailando y cantando como un chico más. Marta se moría de vergüenza. Jorge Torres Zavaleta, el joven amigo de Silvina que fue vecino de la familia Bioy en Posadas, le presentó a Marta a quien sería su primer marido, Eduardo Basavilbaso, «un atorrante absoluto, medio pariente mío, muy buen tipo pero bastante desastre». Y Torres Zavaleta también recuerda a esa chica solitaria y silenciosa: «Marta era muy buena gente, muy tímida, y no era bonita. Ella siempre estaba aparte, nadie la iba a ver. Era feo para una chica joven que nadie le prestara atención. Silvina la sobreprotegió mucho, como madre tenía su parte loca, miedosa. Y la dejó menos libre de lo que hubiera debido ser. Después Marta se tomó su revancha, pero habría tenido una vida más plena si Silvina la hubiera dejado más tranquila.»

La revancha fue quedar embarazada, a los diecinueve años, de Eduardo Basavilbaso, con quien tuvo dos hijos, Florencio (que nació en Francia en 1973) y Victoria (que nació en Buenos Aires en 1975). Cuando Marta quedó embarazada, Silvina no supo qué hacer. Estaba tan desconcertada que solo atinó a viajar a Europa junto a la chica, que les había ocultado el embarazo a sus padres hasta que tuvo que rendirse a la evidencia. Junto a Silvina y Bioy, en Europa, Marta llevó a término su embarazo: un día antes del

nacimiento del bebé se casó con Eduardo, que también había viajado. Volvieron todos juntos, y todos juntos vivieron en el enorme departamento de la calle Posadas.

El matrimonio con Eduardo no duró mucho. Marta se volvió a casar con Alberto Frank, y el matrimonio tampoco duró mucho, pero tuvieron una hija, Lucila, que nació en 1980. Marta siguió viviendo junto a sus padres en Posadas hasta que, en los años ochenta, se hizo cargo de la estancia Rincón Viejo. Pero no pasaba todo el tiempo en el campo: siempre volvía a Recoleta, con sus hijos. Todos coinciden, especialmente su padre, en que fue una excelente administradora de la estancia.

A Silvina le encantaba ser abuela. Se divertía con los nietos, jugaba con ellos en el suelo, se reía a gritos. Cuando empezó a criar a su hija, también comenzó a escribir cuentos para chicos. Publicó varios en revistas en los cincuenta, y en 1958 se puso en escena, en el teatro Liceo de Buenos Aires, *No solo el perro es mágico*, su única comedia para niños y también la única de sus piezas teatrales que llegó a ser representada. En los setenta, cuando nacieron sus primeros nietos, editó varios relatos para chicos (el libro *La naranja maravillosa*, por ejemplo) y un libro de poemas, *Canto escolar*. La última de sus obras para niños fue la novela corta *La torre sin fin*, editada en Madrid en 1986; no se publicó ni distribuyó en Argentina hasta treinta años después, en una edición a cargo de Ernesto Montequin, que dice: «En la única antología integral que hizo de su obra (*Páginas de Silvina Ocampo seleccionadas por la autora*, de 1984), Silvina incluyó tres de sus cuentos para niños. No incluyó ninguna indicación para que se los distinguiera del resto de los textos seleccionados. Ella no establecía una jerarquía entre ficciones mayores y menores». De hecho, varios cuentos de *La naranja maravillosa* («Los dos ángeles», «Icera», «La liebre dorada») habían sido publicados antes en sus libros de cuentos «normales»; no les tocó una coma para ofrecerlos al público infantil.

La literatura infantil, sin embargo, le interesaba desde antes. Una de las grandes influencias de la literatura de Silvina Ocampo –marcada por la repetición de tópicos como la metamorfosis, los monstruos, la crueldad– son los cuentos de hadas, y en 1950, mientras Borges y Bioy dirigían la mítica colección de policiales El Séptimo Círculo, Silvina planeaba una

colección de libros infantiles. Eran relatos de distintas épocas y literaturas, reunidos en antologías temáticas –de la nieve, de Navidad, de animales, de hadas–, que serían ilustrados por chicos. La idea, por algún motivo, no prosperó.

A principios de los setenta, Elena Garro llamó a Bioy para avisarle que se iba a Francia y que, desde México, le mandaba a sus gatos para que los cuidara. Bioy no pudo decirle que no. Llegaron, entonces, los gatos de angora. Eran cuatro, uno se llamaba Lafayette y se había enamorado de Silvina, que odiaba los gatos: ella era una mujer de perros. Recibir a los animales fue complejo y fue un acontecimiento: Bioy y un escribano tuvieron que ir a buscarlos al aeropuerto internacional de Ezeiza. No duraron mucho en la casa. Silvina, harta y seguramente enojada, los mandó a una guardería. Nunca más se supo de ellos. A Elena le mintieron. Recuerda Jovita en *Los Bioy*: «Bioy le había dicho a Elena que los había llevado al campo, que allí estaban muy bien, para que se quedara tranquila. Pero ella, cuando lo supo, se volvió loca.»

Había muchas otras amantes, presentes en la casa de Posadas, que incluso trataban de hacerse amigas de Silvina. O que insistían para quedarse a dormir y con frecuencia lo conseguían. ¿Tenían los Bioy un pacto explícito de pareja abierta? Cuando Silvina murió, Bioy publicó detalles de sus aventuras en sus diarios, pero nunca habló de un pacto previo. En rigor, no habla demasiado de Silvina en sus diarios, como si ese fuera el pacto, preservar el misterio sobre su mujer. En *Descanso de caminantes*, por ejemplo, escribe: «Una situación que se repite. Llega siempre el día en que la amante pide que me separe de Silvina y que me case con ella; si todavía se limitara a decir “Vivamos juntos” a lo mejor examinaría la petición..., pero jamás me metería en los trámites de una separación legal; no sé si alguna mujer merece tanto engorro.»

Para amigos como Eduardo Paz Leston, «Silvina algo sufría, pero no era para tanto. Él siempre volvía con ella. Siempre estaba de vuelta para cenar, siempre dormía en la casa». Jovita, en una entrevista, contó: «Se aguantaban el uno al otro. Eran muy cómplices. Una vez Adolfo estaba en

su escritorio con una mujer, Silvina abre la puerta y los encuentra besándose. Entonces Silvina le dice: “Adolfito, por favor, no tanto.”» Para otros, como Juanjo Hernández, la publicación de estas confesiones es absolutamente desagradable. Le dijo en una entrevista a la periodista argentina Leila Guerriero: «Lo que aparece ahí es mera vanidad. Mencionar así su relación con Elena Garro, con Beatriz Guido. Por ahí estaba medio gagá, pero Victoria hizo quemar la correspondencia con Mallea, por ejemplo. Tenés que tener conciencia que hay cosas que no vale la pena contar. En ese libro Silvina aparece como un ama de casa. Dice: “Hoy Silvina quiso arreglarme con unas arvejas.” ¡Justamente ella, que en lo doméstico era un desastre! Vos ibas a la casa y encontrabas en la cocina cinco heladeras, y andaba una sola. No les importaba el mundo exterior. Yo le decía “Silvina, qué divina mancha de humedad tenés ahí, por qué no le ponés un marquito, parece un cuadro de Klee.” “No seas malo”, me decía. “No seas malo.” No sé si él respetaba el trabajo de su mujer. Cuando murió Silvina, y le dieron ese premio..., ese premio... El Cervantes... compartido, ¿no?... No sé..., bueno..., no importa, le preguntaron por Silvina. Y él suspiraba. Como si no pudiera soportar el dolor. Pero nunca tuvo una palabra de elogio, nunca dijo: “Mi mujer es una excelente cuentista, una buena poeta.”» Paz Leston coincide en algo: «Silvina nunca hubiera publicado algo así. Ella hubiera sido más leal. Más discreta.»

Es Jovita la que, en su libro, sostiene con más fuerza la imagen de Silvina sufriente. Cuenta en *Los Bioy*: «A pesar de conocer las aventuras de Adolfito, en una época no se lamentaba demasiado de su suerte. Lo que temía era, cuando se sentía mal o discutían por alguna tontería, que él pudiese dejarla. Porque con sus miedos lo ponía mal. “Ay Adolfito, va a pasar algo”, le decía. Y él replicaba: “Pero no digas tonterías, Silvina, siempre estás con esas cosas.” Para ella, que él la retara era gravísimo, creía incluso que era un motivo suficiente para que se fuera. Con los años sufriría también por otro motivo: el nacimiento de Fabián, otro hijo de Adolfito. Me lo contó ella misma y temía que el señor la fuera a dejar por alguna de esas hermosas mujeres con las que salía.»

El pico de la angustia de Silvina está simbolizado por el sillón que puso junto a la puerta de la casa de Posadas: ahí se sentaba a esperar el regreso de

Bioy, todos los días. Edgardo Cozarinsky, cineasta y escritor, lo recuerda: «Muchas veces me recibía sentada ahí, y cuando escuchaba el ascensor, salía corriendo.» Jovita también: «“Qué hace aquí en la oscuridad”, le pregunté la primera vez. Me contestó algo parecido a “soy la guardiana de la puerta”. Ahí se quedaba y de allí nadie la movía. Cuando él regresaba y se aprestaba a tomar el ascensor en la planta baja, ella ya sabía que era él. Entonces se levantaba de un salto y ahí no ha pasado nada. “No vayas a decirle que lo espero ahí sentada”, me pedía, “porque si no me mata.”»

Silvina escribió un poema sobre esas noches de inquietud, «Espera»:

Cruel es la noche y dura cuando aguardo tu vuelta
al acecho de un paso, el ruido de la puerta
que se abre, de la llave que agitas en la mano
cuando espero que llegues y que tardas tanto.
Cruelos son en las calles los rumores de los coches
que me dan sueño cuando estoy junto a tus ojos

...

Cruel es que todo sea precioso hasta el retorno
de la espera, y el lento padecer del amor.

...

Y es cruel aún después tener que ser humana
no convertirme, al verte, en perro, de alegría.

Para Ernesto Montequin, es injusto considerar a Silvina la víctima en la relación con Bioy. «Eso la pone en un lugar de minusválida. La relación con Bioy fue muy compleja; ella tuvo una vida amorosa bastante plena. Ponerla en el lugar sufriente es una condescendencia hacia ella que no merece. El libro de Jovita es una pincelada dentro de un gran retrato, pero es desde una perspectiva muy naíf. Interpreta cosas desde su punto de vista y por eso la cree una mujer que sufre. Pero toda esa complejidad Silvina la transformó en literatura; la espera es uno de sus temas, los celos también. La relación con Bioy podía hacerla sufrir, pero también la inspiraba.»

El soneto «Amor», del libro *Amarillo celeste*, dice:

(...) Huir de la ansiedad que está en mis quejas,
poder a veces ser lo que soy, nada,

no tener nunca miedo de perderte
con variación y honda infidelidad
jamás llegar por nada a concederte

la tediosa y vulgar fidelidad
de los abandonados que prefieren
morir por no sufrir, y que no mueren.

En sus *Memorias*, Bioy escribe: «A veces me he preguntado, a lo largo de la vida, si no he sido muchas veces cruel con Silvina, porque por ella no me privé de otros amores. Un día en que le dije que la quería mucho, exclamó: “Lo sé. Has tenido una infinidad de mujeres pero has vuelto siempre a mí. Creo que es una prueba de amor.”»

Bioy y Silvina viajaron a Europa cinco veces juntos: en 1949, en 1951, en 1954, en 1970 y en 1973. Todos los viajes fueron en barco: Silvina Ocampo nunca viajó en avión. En los setenta les escribía desde el barco a Jovita y Pepe: «Todas las mañanas me baño en la pileta y almorzamos en la cubierta. Todo resulta tan caro que no puedo sacar una fotografía. Tengo que lavar mi ropa y la de Adolfo. Por lavar y planchar una camisa nos cobran más de un dólar. Creo que voy a comprarme, a pesar de los precios tan elevados, ropa interior de nylon, camisones, combinaciones y algunas blusas. Nunca he tenido una sirvienta peor. Si se le ofrece algún día le recomiendo no tomarla, se llama Silvina Ocampo.»

Nunca hacían fiestas ni reuniones importantes. Bioy les tenía miedo; a él tampoco le gustaba trasnochar. Las cenas de Navidad y Año Nuevo solo se diferenciaban por alguna botella de champán, y los regalos y el arbolito para Marta. Jorge Torres Zavaleta cree que estaban muy aislados: «Silvina vivía encerrada y Bioy también, a su manera. Yo creo que la isla de *La invención de Morel* también representa los miedos. Se dedicaron mucho a su oficio, pero me parece que también eligieron aislarse. Viajaban muy poco

y, en los últimos años, al campo y a Mar del Plata no fueron más. Es una opción, pero también descuidaron muchas cosas. La casa de Mar del Plata se cayó. Rincón Viejo tenía un tanque australiano tan sucio que parecía, no sé, vivo.»

Francis Korn recuerda devociones: «Ella se quedaba a dormir cuando a él lo operaron, el cuarto no tenía un divancito, entonces Silvina se quedó en un sillón sentada. Y roncaba. Adolfo me decía: “Por favor llevátela de acá, sacámela.”» Entre el 2 y el 26 de junio de 1978 Bioy Casares fue sometido a dos cirugías: de tiroides y de un adenoma de próstata. Silvina pasó todos esos días ahí. «No la podíamos sacar, no tenía ni dónde bañarse», sigue Francis Korn. «Yo le llevaba en un termo sopa de zapallitos.» Silvina nunca cuidaba enfermos; ni siquiera visitó a sus hermanas cuando estuvieron cerca de la muerte. Les tenía miedo a los hospitales y a las enfermedades, pero por Bioy hacía la excepción, y la llevaba hasta límites obsesivos.

Jovita Iglesias, en su libro, retoma el hilo de la triste vida de Genca. Cuando los Bioy vivían en Posadas, Genca ocupaba el cuarto piso. No subía nunca a ver a Silvina; no tenían relación —eso, al menos, recuerda Jovita—. Pero cuando en los setenta los Bioy se fueron a Europa con Marta embarazada, y tuvieron que dejar a Diana, la perra que estaba enferma de moquillo, Silvina dejó encargado que consultaran a Genca, porque conocía a un buen veterinario. Ella se hizo cargo del tratamiento de la perra; también de Jovita y Pepe, que hacía meses no recibían su sueldo porque Silvina, trastornada por el embarazo de Marta, olvidaba pagarles («Silvina no entendía lo que era la plata», cuenta Francis Korn, «no entendía que hacía falta, tenía miedo de que se terminara, tenía la relación más estrafalaria posible con el dinero»). Genca pasó los nueve meses del viaje visitando el quinto piso de Posadas todos los días. Estaba deprimida, a veces subía en camión; era alcohólica. «Silvina no quería que visitara la casa, y por otro lado Genca estaba muy ocupada atendiendo a su padre, a quien apodaban el Mono. Estuvo muchísimos años enfermo en silla de ruedas. Tenían un montón de enfermeras, pero él no dejaba que nadie más que su esposa Francisca lo atendiera en determinadas situaciones. Era algo muy triste, desde el quinto piso oíamos a veces sus gritos y se nos erizaba la piel, no sabíamos si gritaba por dolor, desesperación o qué. La señora

Silvina cerraba las ventanas para no oírlo. Qué es eso, preguntaba yo. Es mi cuñado, que está muy mal, me respondía.» Cuando el padre murió, Genca quedó sola, con su mucamo Ismael, a quien cuidó tanto como a su padre. Marta Bioy la eligió como madrina de su hija Victoria. Genca murió el 24 de septiembre de 1986, a los sesenta y siete años. Bioy ya no era su amante, pero la seguía viendo. A principios de los setenta la fotografió. Ella lleva un sencillo saco negro, cerrado, la mirada baja y melancólica, la boca sensual, lobuna. Tiene cincuenta años y es una belleza.

Oscar Giménez fue el lustrabotas de Bioy. Todavía es el lustrabotas de La Biela, el mítico bar frente al cementerio de la Recoleta; ahí se lo puede encontrar todos los días. En La Biela, la mesa de la entrada recuerda a Borges y a Bioy con dos estatuas sentadas, tomando un café y charlando: no son estatuas muy lindas y tienen algo desagradable. Una vez más, nada recuerda a Silvina, la otra vecina ilustre. Oscar conoció a Bioy en 1980: al principio le lustraba en La Biela, pero pronto accedió a lustrarle en su casa de la calle Posadas. «Él me daba todos los pares de zapatos y se sentaba al lado mío, como un compañero. Charlaba conmigo de todo. Yo le preguntaba por qué se enamoraba tanto, él decía que se enamoraba de todas, tenía siete u ocho novias al mismo tiempo, él las quería y las amaba, las atendía, les llevaba flores, les llevaba bombones.»

—¿Cuando usted lo conoció, ya grande, también tenía tantas novias?

—No tantas, pero algo tenía. Yo lo conocí en su ocaso. Su furor habrá sido a los cuarenta años. Era muy bonito, tenía unos ojos celestes espectaculares, educadísimo, unas manos llenas de venas, jamás una mala palabra o un levantar de voz. Un hombre bueno, te pagaba bien, no era mezquino en absoluto, miserable para nada, pagaba lo que uno le pedía y pagaba más incluso.

—¿Hablaban de Silvina?

—De Silvina no hablaba casi nunca, no la metía en las conversaciones, creo que por respeto. Él no quería contar que Silvina estaba postrada, o que sufría, por la intimidad de ella. La cuidaba. Era un ángel. Le gustaba estar en su casa, era muy casero, porque estaba muy pendiente de Silvina. Cada

desayuno, cada merienda y almuerzo, ella escribía. Eso me contaba. Yo la vi postrada en la cama. Ella escribía en las servilletas que venían con la comida que se hacía traer de La Biela, y Bioy las agarraba y me decía quiero hacer un libro con todo lo que ella está escribiendo, recopilar todo esto. Estaba en eso, no sé si lo hizo. Ella estaba perdida, pero igual escribía. Él sufrió mucho cuando ella murió, quedó muy triste, muy solo. Con Silvina tenía una compañía.

–Su muerte lo dejó destrozado.

–Pero todavía seguía adelante. Él se desbarrancó cuando murió Marta. Me cuentan, incluso, que se quedó mudo.

En los diarios publicados de Bioy Casares (las más de mil páginas de *Borges*, el también larguísimo *Descanso de caminantes*, las *Memorias* de 1994 y la crónica de viaje *Unos días en Brasil* (reeditada en 2010) casi no hay alusiones cariñosas o románticas a Silvina. Hay referencias simpáticas, de compañerismo, de afecto. Pero no hay una sola línea de un hombre enamorado. Una carta desde Francia, de 1967, para Silvina y Marta, termina diciendo: «Las quiero, las extraño. Ustedes son mi mundo.» Alicia Dujovne Ortiz escribe en un artículo para el diario *La Nación* lo que Pepe Fernández le contó: que cuando Silvina enfermó de meningitis a fines de los años cincuenta, Bioy «llora como un chico repitiendo: “Pero yo qué voy a hacer si Silvina se va, qué voy a hacer sin Silvina.”»

Ernesto Montequin asegura que, entre los papeles inéditos que él tiene a su cuidado, guardados en una oficina del centro de Buenos Aires –otra parte del archivo está en Villa Ocampo, la casa familiar de San Isidro que hoy es un centro cultural–, hay un tesoro: el epistolario entre Silvina y Bioy. Hay planes de editar su correspondencia, dice, pero no sabe cuándo. Tampoco, lamenta, puede dar detalles específicos sobre el contenido de las cartas, ni permitir que sean citadas. Pero ¿puede describirlas un poco?

¿Hay rastros del amor de Bioy ahí? Claro, asegura. Se escribían todos los días. «Hay 180 cartas de Silvina y 100 de Bioy en un periodo de dos años. Son muy largas, no tienen fecha. Y son, digamos, muy exaltadas.» ¿Muy? «Apasionadísimas.»

SI PENSARAN, SE SUICIDARÍAN

María Esther Vázquez conoció a Jorge Luis Borges en 1957, cuando ella ingresó a trabajar en la Biblioteca Nacional. Borges se enamoró de ella, pero María Esther nunca se enamoró de Borges. Fueron amigos antes y después del romance fallido; escribieron en colaboración libros como *Introducción a la literatura inglesa* (1964) y *Literaturas germánicas medievales* (1966). Fue Borges quien le presentó a Victoria Ocampo, al grupo Sur, a Bioy, a Silvina. María Esther publicó una biografía de Victoria en 1993 y otra de Borges (*Borges. Esplendor y derrota*) en 1996.

En el pasillo de entrada a su espléndido departamento, María Esther Vázquez tiene cuadros de Victoria Ocampo, de Borges, de ella con Borges. Ese día su marido, el poeta Horacio Armani, está enfermo pero saluda desde la escalera (morirá poco después, en mayo de 2013). María Esther pasó vacaciones en Mar de Plata, como huésped de la casa de veraneo de los Bioy, Villa Silvina, junto a Borges. Era muy joven entonces, tenía poco más de veinte años. Era muy hermosa, también. Lo sigue siendo. Habla bajo y es alternativamente tierna y severa en su recuerdo de Silvina. Y algo distante: parece que toda su admiración fuera para Victoria; como si juzgara a Silvina un talento raro, una flor extraña pero irrelevante.

—Era una de las mujeres más inteligentes que he conocido. Era muy detallista. Un día estábamos en el jardín de Villa Silvina, en esa época los jardines estaban unidos, no había calle. Se pasaba de un parque a otro, cuando Victoria invitaba a comer. En lo de Victoria se comía maravillosamente bien. En lo de Bioy se comía todos los días lo mismo. No voy a decir que mal, pero un pedazo de bife, un choclo, una papa, el dulce de leche de La Martona. Adolfo tenía muchos problemas, alergias. Con Silvina estábamos una vez en el jardín de ella, seguimos un largo camino de hormigas, diez o veinte metros hasta que encontramos el hormiguero. Ella veía a las que entraban con la carga y a las que salían. Y me dijo: «Si pensarán, se suicidarían.» Tenía esas cosas. Otra vez me dijo: «Qué raro, en los chicos, que todo es lindo, lo único feo es el codo.»

—¿Era bonita?

—No tuvo suerte en ese sentido. Fue además una criatura tímida, porque entre ella y Pancha, su hermana más inmediata, hubo una niña, Clara, que murió, y quedó muy aislada. Era chica para compartir algo con sus hermanas, que eran una pandilla divertida y que se querían mucho, y donde el caudillo era Victoria. A ella la arruinaban tres cosas: una, los anteojos pesados que le fueron deformando la nariz. Otra, que hizo un mal negocio al casarse con un donjuán porque Bioy la hizo sufrir muchísimo y ella se las aguantó todas. Sufrió mucho sin quejarse. Nunca se quejaba: una vez se tropezó y se cortó y decía: «Me lastimé un poquito», pero no era un poquito, era una herida importante. Después, pobrecita, era gordita y muy golosa, comía chocolate todo el tiempo. Perdió la figura y parecía más baja.

—En sus fotos de juventud parece muy linda, sin embargo...

—La pasó bien en su juventud. Con Victoria los padres fueron rígidos, pero con Silvina... El padre muere en 1931 y la madre en 1935, así que fue libre pronto; se fue a París, primero vivió con parientes, después hizo su vida. Sobre la vida de Silvina en París me contó el pintor Horacio Butler, con quien se veía en Francia. Me dijo que el temperamento de Silvina era muy reservado y él, en cambio, era muy apasionado. No sé si llegaron a tener una relación íntima. A Butler le hubiera interesado, a ella no sé.

—¿Le preguntó a Silvina si tuvo una relación con Butler?

—Sí, y me dijo que tuvieron una amistad. Si hubo más, no lo sé. La cuestión es que Silvina vuelve, lo conoce a Bioy; él le dijo: «Si usted quiere la alcanzo con mi auto hasta su casa», y en el ascensor se besaron apasionadamente y así empezó la relación entre ellos.

—¿Cree que se sentía excluida de la relación entre Borges y Bioy, que la dejaban afuera?

—Ellos tenían una amistad inglesa, exenta de confidencias. Tenían esas cosas secretas que tienen los matrimonios o los hermanos. Tenían complicidades, y Silvina quedaba afuera. Oíamos las risas de ellos dos, y Borges se reía con una risa bastante desagradable, porque eran como gritos, y ella decía: «De qué se reirán esos dos idiotas.» No la incluían.

—Parece creer que Silvina no tuvo una vida muy feliz...

—Fue una mujer evidentemente muy desdichada. No al principio. De los

cincuenta para arriba. Tuvo la mala suerte de no tener hijos propios, que hubiera deseado. Su única hija, Marta, no era hija de ella. La adoptaron de una señora que se prestó a tener un hijo. Con eso Silvina me mintió, me dijo que habían adoptado a la nena en París, en un orfanato. Decía que una nena le había tendido los brazos. Ella debió haber querido que fuera así. Marta era la hija de una señora que yo conocí, que se acostó con Bioy encantada y que tuvo esa hija. No era una sirvienta ni una mujer sin educación, era una señora bien. Pero Silvina quiso a esa chica como a su hija. Toda la casa se movía a su alrededor. Uno iba a la playa cuando Marta se despertaba. Todo dependía de Martita, y ella era un encanto de criatura. Eso sí, era seseosa.

María Esther Vázquez sale al balcón, a admirar sus magníficas azaleas. Es un día fresco y límpido de invierno. Se acuerda de que Silvina «era un ama de casa rarísima».

—Llevaba bien la casa, trataba a la gente de servicio con gran respeto, era todo por favor. Cuando por ejemplo habían hecho una burrada grande, daba miles de vueltas. No podía decir «ponga todo esto como estaba antes». Decía, por ejemplo: «Por favor vuelve a deshacer todo esto, porque el señor está acostumbrado a que las cosas estén dispuestas así y hacerlo de otra manera puede ser un problema, el señor se puede equivocar, y si se cae...» La primera vez que la vi comportarse así con el personal de servicio me quedé admirada. Era muy considerada. Tenía baños con detalles de bronce, y a los huéspedes les pedía que limpiaran las gotas de agua que caían sobre el bronce, porque se ponía verde y limpiarlo era mucho trabajo para el personal de servicio.

—Dicen que era un poco avara...

—Tenía fama de ser muy poco generosa. En la galería de Villa Silvina había unos sillones de mimbre forrados. Con el uso, una de las cretonas había quedado con hilos rotos. Sentate porque hay que tapar eso, me decía. Usaba alpargatas: cuando se rompía la punta del dedo le ponía una curita para tapar el agujero, no se compraba otro par. En los años ochenta, cuando se empezaron a usar las hombreras otra vez, me dijo: «Mirá qué injusticia, yo hace una semana tiré una caja de hombreras. Se habían usado tanto en los cuarenta, la mayoría estaban apolilladas, pero muchas servían.»

—Y que era miedosa.

—Tenía terror a los resfríos. Hay que pensar que ella pasó toda su infancia y juventud sin antibióticos, que recién aparecieron después de la Segunda Guerra Mundial, con la penicilina. Nunca se le fue ese miedo. En Villa Silvina tenía toda una mesa llena de remedios y ella no sufría de nada; salvo de una hernia inguinal, que nunca se quiso operar, y tenía una pelota, fea, pobre, y se descomponía a veces. Una vez vinieron a comer y ella se descompuso, y Bioy estaba tan avergonzado..., fue bastante horrible. Él se comportó de manera desagradable. Aunque nunca escuché una discusión entre ellos.

—¿Borges la respetaba como escritora?

—Siempre dijo que era una gran escritora, si lo pensaba de verdad, no lo sé. Pero era muy amigo de ella, la quería mucho. La amistad no tenía, sin embargo, nada que ver con la entrega que uno tiene con los amigos.

—Y con Victoria se llevaba mal.

—Victoria estaba muy ofendida con ella y con Bioy y con razón. Estaba dolida.

—¿Qué pasó para que se distanciaran?

—Fue un acontecimiento familiar, de esas cosas que no se pueden contar. Estaba enojada. Yo encontré en Villa Ocampo, tirada a la basura, una postal donde Silvina le pide perdón a Victoria. Bah, en la basura no, en un cajón donde había pura basura.

Si María Esther Vázquez tiene esa postal, si la guardó, no la ofrece.

—¿Y no me va a preguntar lo que todos quieren saber? ¿Si era lesbiana?

—¿Era?

—Yo creo que no. Creo que es un invento. Su vida era Bioy.

LAS COSAS MÁS MARAVILLOSAS Y LAS COSAS MÁS TERRIBLES DEL MUNDO

Tres años, nada más.

Ese tiempo se tomó Silvina Ocampo para publicar otro libro de cuentos después de *La furia*, de 1959: *Las invitadas* se editó en 1961 en Losada. La escritora está en la cima de sus poderes y convoca sus habituales visiones, pero de alguna manera las amplía, las mejora, las extiende. En «La hija del

toro» hay una niña bruja que se ofende mortalmente con el gaucho Pata de Perro cuando él le muestra la bestial cópula de un toro y una vaca; y la ofensa mortal trae consigo un sortilegio vudú que la pequeña maga viene haciendo hace mucho. Hay más niños viejos en *Las invitadas*: la de «Anillo de humo», que a los once años se enamora de un chico miserable y violento, de padre asesino, «con su traje de mecánico azul y ese prestigio que le daba la pobreza». Los niños que liberan a los animales del zoológico en «Fuera de las jaulas» o «Isis», la niña rara que se transforma en el animal enjaulado con el que está obsesionada. O «Icera», la niña que por querer vestir ropa de muñecas no crece, que de tanto ir a la juguetería queda enana, la infancia eterna como lo monstruoso. O el niño Clorindo de «El árbol grabado», que asesina a su abuelo a cuchillazos cuando es castigado por error, porque la que ha metido un hormiguero dentro de la torta es una «niña vestida de diablo». O las siete niñas que llegan al cumpleaños de Lucio, siete pecados capitales que, cuando se van de la fiesta, «Lucio ya era un hombrecito». O la bestial Porfiria, vidente y fría, de «El diario de Porfiria Bernal», velado álter ego de Silvina, que odia tanto a su institutriz que quiere transformarla en gato y llamarla «Mish Fielding»: «Ser pobre, andar descalza, comer fruta verde, vivir en una choza con la mitad del techo roto, tener miedo, deben de ser las mayores felicidades del mundo. Pero nunca podré ambicionar esa suerte. Siempre estaré bien peinada y con estos horribles zapatos y estas medias cortas. La riqueza es como una coraza que Miss Fielding admira y yo detesto.» Y la propia Silvina, la Muñeca de «El pecado mortal», que conoce el sexo antes de la primera comunión.

Hay varias otras monstruosidades en *Las invitadas*. La de Blanquita Simara, en «La gallina de membrillo», que no se sabe si es macho o hembra, animal o persona, y se alimenta de sobras. La de la mujer de «La cara en la palma» que tiene, claro, una cara en la palma de la mano y que piensa cosas así: «A la hora en que todo el mundo duerme suceden las cosas más maravillosas y las cosas más terribles del mundo. Uno es capaz de matar a alguien; uno es capaz de revelar cualquier secreto.» Hay cuentos de fantasmas y extrañas evocaciones como «Visiones», sobre el ensoñado velatorio de Eva Perón. Hay un médico que explica la belleza de ciertas enfermedades: «Me explicó un día que esas maravillosas hojas, creo que

son de begonia, rayadas de rojo o de amarillo o de violeta, que las dueñas de casa eligen para adornar sus hogares, son hermosas porque están enfermas.»

Y hay un puñado de cuentos de celos y amor que son estremecedores, que muestran la vertiginosa –posiblemente agobiante– pasión de Silvina Ocampo. Primero, el exceso *kitsch* de «Los amantes», una de sus más atiborradas descripciones de comida, y hay muchas en su literatura, que habla de un apetito insaciable: «Compraron ocho tajadas de tortas diferentes. Una parecía el monumento de los españoles, con penachos de crema abigarrados y frutas brillantadas, formando flores; otra parecía un encaje, era misteriosa y muy negra, con adornos lustrosos de chocolate y de merengue amarillo, salpicado de grageas; otra parecía un pedestal de mármol roto, era menos hermosa pero más grande, con café, crema pastelera y nueces machacadas; otra parecía parte de un cofre, con joyas incrustadas en los lados y nieve en la parte superior». Luego, la furia de la mujer de «Rhadamantos», que envidia profundamente a una mujer suicida porque todos los que la rodean la consideran «tan pura»; entonces, en una noche escribe veinte cartas de amor –toda una vida de infidelidad– y las deposita, para que sea fácil encontrarlas, en el armario de la muerta. Y, por último, la pareja en crucero de «Amor», cruzando el mar como varias veces lo hicieron ella y Bioy. La protagonista del cuento está consumida de celos: «Soy vengativa, desde mi infancia lo fui; en cuanto lo veía conversar con alguna mujer que no fuera demasiado vieja, yo buscaba algún hombre a quien dar conversación, para que mi marido supiera lo que era el sentimiento que yo detestaba: los celos... Para vengarme de las infidelidades, tal vez inexistentes, de mi marido, yo me sentía capaz de cualquier cosa.» Una mujer que, cuando el crucero naufraga, odia a quien la salvó porque la privó de morir abrazada a su marido.

LAS HORMIGAS SE HAN COMIDO TODO EL AZÚCAR

Ernesto Schoo vivía en un departamento de Palermo tan sobrecargado de libros que resultaba difícil entender por dónde caminaba, no solo él, sino

su perrito, que permanecía encerrado en la cocina, por molesto. Novelista, crítico teatral del diario *La Nación*, el primer periodista que entrevistó a Gabriel García Márquez en la Argentina, Schoo –que, como se dijo, murió en julio de 2013, poco después de esta entrevista– era amigo de Juan Rodolfo Wilcock, escritor genial y uno de los mejores amigos de Silvina en los años cincuenta, si no el mejor. Wilcock se exilió en 1957, en Italia, y nunca volvió a la Argentina.

–Wilcock vivía en el barrio porteño de Barracas, en un lugar muy curioso: había sido un chalet con un jardín delante, y ahí habían construido una casa. Al fondo estaba el chalet. En fin, era un lugar estrambótico. Recuerdo que la primera vez que lo visité me recibió bien a su manera, que no era muy cordial por cierto, por lo menos al principio. Ese primer día tocan el timbre, él abre y era el chofer de los Bioy que le traía la comida, porque Wilcock estaba engripado y no salía. Apareció el chofer uniformado con la vianda, una cacerolita encima de otra.

–Le pareció raro.

–Rarísimo. Pero se decía que los Bioy eran peculiares. Otro día, en una de esas visitas, llamó Silvina. Ella le había hecho un retrato a Wilcock, que él exhibía; estaba representado como un adolescente, no se le parecía, porque Wilcock estaba muy gastado aunque era un hombre joven. Silvina me quería conocer, pero Wilcock no me quería presentar. Era un juego entre ellos, tenían esos juegos por cualquier cosa, un libro, lo que fuere, siempre había un tironeo entre ellos dos, una competencia. Un buen día aparecí en casa de los Bioy, porque Silvina me había invitado, y ahí empezó nuestra relación. Nunca fue una amistad íntima como la que tenía con Wilcock o Borges, pero fue siempre cordial.

–Era de los pocos que la había leído en aquellos años.

–La admiraba profundamente. Había leído sus cuentos y poemas y me parecía un fenómeno incomparable con cualquier otra literatura. Era un ser rarísimo y con una literatura que no se parece a nadie. Muchos dicen: «Es Borges con falda.» Para mí es más interesante que Borges porque tiene pasión, tiene amor. Borges es muy cerebral. Y Silvina nunca deja de ser argentina, qué lindo es eso. Puede inventar el mundo más fantástico y siempre es argentina. Y la oreja que tenía para el lenguaje común es

extraordinaria. Hay cuentos que son una maravilla de observación. Con Manuel Puig eran muy amigos y creo que Silvina fue una influencia para él: tenían un oído muy parecido.

—¿De qué hablaban con Puig?

—Él le hacía muchas confidencias sobre sus complicadísimos amores. No creo que Silvina lo tomara muy en serio, pero se divertía con locura.

—Con Wilcock, Silvina escribió una obra de teatro, *Los traidores*, que se publicó en 1956.

—Una obra maravillosa. Bueno, una vez a Silvina se le ocurrió grabarla. Nos juntábamos una vez por semana con Enrique Pezzoni, Santángelo, que era un actor de teatro, la escritora española Rosa Chacel, la hermana de Enrique Pezzoni y yo y grabábamos en un aparato viejo que era como un alambre, una cosa extraña. Yo era Alejandro, el general romano. Se morían de risa porque en un momento decían «Alejandro, tus rizos en el viento» y yo era pelado. El niño terrible era Wilcock. Se especializaba en hacer bromas, a veces un poquito pesadas. Desparramaba los libretos y había que volver a armarlos. Estábamos todos en cuatro patas, Silvina también, buscando debajo de los muebles y los sofás, y Wilcock daba falsas alarmas, decía «¡tengo la página 100!», entonces Silvina decía «bien, yo tengo la 99», y entonces Wilcock decía «ah, no, yo tengo la 110». Eran así: vivían haciendo bromas tontas. Eran un poco infantiles. Pero esas grabaciones eran realmente extraordinarias. Hugo Marín, el director, que era muy loco, se había propuesto dirigir *Los traidores*; no lo logró. Él iba también a las grabaciones, le daban ataques de histeria y se iba. Se enojaba con nosotros porque no dábamos con el tono. Silvina se divertía muchísimo con todo eso. Sabe Dios dónde estarán estas cintas.

—¿Silvina escuchaba música?

—Me acuerdo de que le encantaba Brahms, se conocía todo: tocaban una nota y ella ya reconocía si era Brahms. Pero era muy ecléctica. En los sesenta le gustaba Bessie Smith. En los ochenta, me contaron, le gustaba Tina Turner, seguramente por influencia de su hija. También le gustaban Gardel y Piazzola. Schumann también le gustaba mucho, Chopin... En eso era muy diferente a Bioy y Borges, que eran unos negados para la música, no tenían ni idea, tampoco les interesaba.

—¿Cómo era Silvina en su casa?

—Una vez me contó que tenían invitados a almorzar y tenían puchero. Silvina siempre tuvo problemas con el servicio doméstico, generalmente no había. Parece que había cocinado ella, lo que era un peligro. Se le cayó la fuente mientras iba de la cocina al comedor con todo el puchero. «Y qué hiciste», le pregunté. «Y qué querías que hiciera: agarré otra fuente, lo puse ahí y volví a servir.» Enfrente de la casa de Posadas había una delegación de la embajada rusa y había siempre dos policías en la puerta. Cuando Silvina paseaba a su perra les llevaba a los soldados bizcochitos y medialunas. Era un personaje desconcertante y encantador.

—Y muy intuitiva, dicen.

—Tenía una intuición tan extraordinaria. Si yo llamaba y me atendía ella, me decía: «Vos no llamás para hablar conmigo, llamás para hablar con Adolfo.» Y era verdad. También decía cosas insólitas, tremendas. Pepe Fernández, su amigo fotógrafo, se acordaba de cuando se embarcaron a Europa, una vez que viajaron juntos. Y de pronto se topa con una familia argentina conocida, qué tenía como seis o siete chicos. «Silvina, cómo te va, que suerte que viajamos juntos.» Y ella: «¿Ustedes viajan todos juntos con estos chicos? ¡Qué horror!» Y se fue.

—Y muy seductora.

—Era muy compradora y le gustaba ejercer su seducción. Supongo que quería ser querida. Vaya a saber cómo habrá sido su infancia, con Victoria tan dominante que era como el varón de la familia. Silvina era una mujer que lo hacía sentir bien a uno. Y coqueteaba. Una vez en la casa estaban Virgilio Piñera y otro cubano que se llamaba Rodríguez Feo, muy buen mozo, muy rico, que financiaba una revista literaria cubana. Me lo presentó diciendo: «Este es Rodríguez Feo, que de feo no tiene nada.» Ella sufrió las infidelidades de Adolfo, pero también tenía sus cosas.

—...

—Es gente que ya ha muerto. Incluso Jovita Díaz en su libro silencia muchas cosas con respecto al matrimonio, no ha querido hablar. Hace bien. Es por respeto.

—¿Cómo fue la última vez que la vio?

—Fue en 1986. Vino a Buenos Aires un periodista italiano joven, de un

diario de Lecce, venía a entrevistar a Borges, Bioy y Silvina. Se alojaba en mi casa. Me pidió conocerla a Silvina. Era un 9 de julio. La llamé y nos invitó a tomar el té. La mesa, como siempre en casa de los Bioy, era muy parca, dos o tres bizcochitos, alguna medialuna. Había tres televisores. Le pregunté para qué. Es que cuando mis nietos comen acá cada uno quiere ver un programa diferente, entonces les hemos puesto un televisor a cada uno, me explicó. Ella miraba mucha televisión. Le gustaban *Los tres chiflados*, *Benny Hill* y *Laurel y Hardy*. La hacían reír a gritos. Con sus nietos veía a *Los Muppets*. Bueno. Ella enseguida quedó encantada con el italianito. Él me dice por lo bajo «no hay azúcar». Le digo «tenés azúcar». Silvina, con ese modo muy particular, dice «ay, voy a ver». Se levanta, se va, y al rato vuelve, se apoya en la puerta que daba al comedor como se apoyaban las divas del cine mudo. Nos mira y nos dice: «Las hormigas se comieron todo el azúcar.» Eso la define perfectamente. Creaba una especie de misterio que no tenía que ver con ninguna lógica.

UNA CONDENA Y UN PLACER

Cuando se habla de Silvina Ocampo, de sus amores, de sus secretos, la referencia es casi automática: era lesbiana. O era lesbiana y estaba enamorada de Bioy. O era bisexual. Cuando empiezan las preguntas, el reclamo por precisiones, empiezan las vaguedades o las reticencias.

Edgardo Cozarinsky, sentado en su bar favorito –fue amigo de Silvina a fines de los años sesenta: la conoció cuando trabajaba para la editorial Losada, donde ella publicó varios de sus libros–, dice: «Era muy normal el lesbianismo entre las mujeres de la aristocracia, creo que incluso estaba relacionado con el machismo de sus hombres, que eran todos donjuanes; se satisfacían entre ellas.» ¿Y Silvina? Sigue Edgardo: «Se decía que había tenido romances de joven, pero eso nadie lo sabe. Yo no sé si llegaba a físico, su seducción. Te hablaba tomando una mano, te daba un beso liviano, pero nada más. Ella quedaba como en un lugar etéreo. Creo que era una perversa polimorfa. Había una idea de que Silvina era “ambidextra”, así se decía en los sesenta. Pero yo no sé con quién.»

La única relación que parece sensato mantener en pie es la de Silvina con la poeta Alejandra Pizarnik, mucho más joven que ella. Se conocieron poco después de que Alejandra, que además de poeta era una crítica literaria muy aguda, aunque esporádica, escribiera en *Sur* el artículo «Dominios ilícitos», un notable texto sobre *El pecado mortal*, una recopilación de cuentos de Silvina publicada en 1966 por Eudeba. Después de ese primer contacto llegó el primer encuentro, y luego vendría la amistad. Las cartas de Alejandra a Silvina, casi todas muy apasionadas, se publicaron años después de la muerte de ambas. Hay varias, pero la última es la más impactante. El 31 de enero de 72, meses antes de su suicidio, Alejandra Pizarnik escribió:

Ma très chère,

... Oh, Sylvette, si estuvieras. Claro es que te besaría una mano y lloraría, pero sos mi paraíso perdido. Vuelto a encontrar y perdido. Al carajo los grecorromanos. Yo adoro tu cara. Y tus piernas y surtout (bis 10) tus manos que llevan a la casa del recuerdo-sueños, urdida en un más allá del pasado verdadero.

Silvine, mi vida (en el sentido literal), le escribí a Adolfo para que nuestra amistad no se duerma. Me atreví a rogarle que te bese (poco: 5 o 6 veces) de mi parte y creo que se dio cuenta de que te amo SIN FONDO. A él lo amo pero es distinto, vos sabés, ¿no? Además lo admiro y es tan dulce y aristocrático y simple. Pero no es vos, mon cher amour. Te dejo: me muero de fiebre y tengo frío. Quisiera que estuvieras desnuda, a mi lado, leyendo tus poemas en voz viva. Sylvette, mon amour, pronto te escribiré. Sylv., yo sé lo que es esta carta. Pero te tengo confianza mística. Además la muerte tan cercana a mí (tan lozana) me oprime. (...) Sylvette, no es una calentura, es un reconocimiento infinito de que sos maravillosa, genial y adorable. Haceme un lugarcito en vos, no te molestaré. Pero te quiero, oh no imaginás cómo me estremezco al recordar tus manos que jamás volveré a tocar si no te complace puesto que ya lo ves que lo sexual es un «tercero» por añadidura. En fin, no sigo. Les mando los 2 librecitos de poemínculos meos –cosa seria. Te beso como yo sé i a la rusa (con variantes francesas y de Córcega).

O no te beso sino que te saludo, según tus gustos, como quieras.

Me someto. Siempre dije no para un día decir mejor sí. Sylvette, tu es la seule, l'unique. Mais ça il faut le dire: Jamais tu ne rencontreras quelqu'un comme moi –et tu le sais (tout)

(Et maintenant je pleure. Silvina, curame, ayudame, no es posible ser tamaña supliciada, Silvina) curame, no hagas que tenga que morir ya.

A pesar del erotismo de esta carta, muy pocos de quienes las conocieron creen que haya habido una relación amorosa entre ambas. Creen que Alejandra estaba enamorada, y que eso era todo. Francis Korn, que frecuentaba a Silvina por la época del supuesto romance –y que, casualmente, fue al colegio con Alejandra Pizarnik, aunque no eran

amigas—, ni siquiera recuerda que hayan sido íntimas: «Silvina no la mencionaba ni tenía fotos de ella», afirma. Paz Leston dice que sí eran amigas, y que él tiene las cartas para comprobarlo, aunque no sabe si fueron amantes o no. Ernesto Montequin, en su trabajo de albacea investigador, encontró un rastro impresionante: un cuaderno de anotaciones de Silvina, titulado y publicado —de forma póstuma— como *Ejércitos de la oscuridad*, dedicado a Alejandra. El cuaderno, además, habría sido un regalo de Alejandra, que tenía un gusto refinado para los artículos de librería. ¿Entonces? No, para Montequin tampoco hubo romance: «Había una relación amistosa. Yo no encontré ningún testimonio de parte de Silvina que señalara que esa relación fuera especial, no ya amorosa, ni siquiera intensa. Me parece que era un romance unilateral. Hay dos sobres llenos de cartas de Alejandra, collages, cartas muy lindas, con dibujos, en papeles especiales. Hay borradores de Silvina a Alejandra: son amistosos. Es una conjetura mía pero creo que Alejandra no le gustaría físicamente a Silvina y además era muy demandante y tenía un grado de obsecuencia y de ansiedad de reconocimiento... Quería ser reconocida o impulsada. Sé que inició todo Pizarnik, que medio persiguió a Silvina. Gran parte de la relación fue por teléfono y por carta. También leí cartas de Pizarnik a terceros donde se quejaba de la distancia de Silvina.»

—Pero cercanas debían ser. Bioy visitó a Alejandra cuando ella estuvo internada en el pabellón psiquiátrico del hospital Pirovano...

—Sí, pero curiosamente eso no demuestra ni que Bioy fuera muy amigo de ella ni que Silvina fuera distante. Es una cuestión de personalidad. Silvina hubiera sido incapaz de esa visita. Bioy era impecable en su amabilidad, mantenía una conducta, y si un conocido estaba internado, sencillamente lo visitaba y punto. Silvina no iba a visitar ni a sus hermanas cuando estaban enfermas. Le daba terror. Con su hermana Angélica lo padeció mucho. Cuando Angélica enfermó y murió, Silvina se fue al campo. El archivo está lleno de cartas de Silvina pidiendo disculpas por no ir cuando parientes y amigos están enfermos. Tenía temor al contacto con hospitales y con la muerte. Tampoco iba a velorios.

En *Los Bioy*, Jovita Díaz sostiene que, para ella, los romances de Silvina con mujeres «eran habladurías», y que ella nunca vio nada. Pero Jovita le

dijo a Silvia Renée Arias, la coautora de *Los Bioy*, que «hay cosas de las que nunca hablaría». Y Silvia Renée, consultada hoy, dice: «Yo siempre respeté los silencios de Jovita. No sé si tuvo una relación con Pizarnik. Creo que no.» Escribe Jovita en *Los Bioy*: «Una mañana, cuando Silvina y Adolfo estaban a punto de partir nuevamente de viaje a Europa, Alejandra llamó por teléfono. La atendí yo y me pidió si podía pasarle con la señora. Silvina estaba cambiándose. Ese día Silvina estaba muy nerviosa, como siempre; el señor era muy puntual para todo y la apuraba: “Vámonos, Silvina, terminá de una vez”, y ella corriendo de aquí para allá. El hecho es que esa mañana había querido que le probara una pollera de terciopelo para usar en el barco cuando cruzaran la línea del Ecuador –se hacía una fiesta– y esa pollera necesitaba unos ajustes. Estábamos en eso cuando vino el señor a apurarla y ella inmediatamente se sacó la pollera y se quedó sin nada debajo... Fue en ese barullo de preparativos que llamó Pizarnik.

»–Decile que no estoy –me dijo Silvina.

»Se lo comuniqué a Alejandra pero no me creyó.

»–¿Cómo no va a estar si sé muy bien que todavía no se ha ido? Dígale que me atienda por favor, que va a ser la última vez que la molesto.

»Le dije que esperara un momento, que tal vez había regresado y yo no lo sabía, pero la respuesta de Silvina fue que por favor dejara de molestarla y no la atendió. Era el 26 de septiembre de 1972. Algunas horas después supimos que Alejandra se había suicidado. Silvina, que más tarde se lamentaría mucho de no haberla atendido, estaba ya rumbo a Europa.»

El recuerdo de Jovita tiene un problema de veinticuatro horas: Alejandra se suicidó el 25 de septiembre. ¿Distracción en la edición, mala memoria?

Uno de los mejores amigos de Alejandra, el poeta Fernando Noy, sostiene ante quien quiera escucharlo que el romance fue real y que el ocultamiento es una falta de respeto a ese gran, mítico, amor. «Es una vergüenza lo que han hecho», dice, enojado. «Alejandra no se suicidó porque estaba aburrida, se mató por amor. Lo dejó escrito. Pero no sé por qué insisten en cuidar a Silvina, cuando ella nunca pidió cuidado.» Noy está casi solo en su fe inamovible.

¿Silvina tuvo otros romances? Sí. Faltan los nombres. Hugo Beccacece cuenta la relación fugaz con Enrique Pezzoni, una relación que debió ser

compleja, porque Pezzoni era gay, como muchos de los mejores amigos de Silvina: el escritor Manuel Mujica Láinez (que hasta le mostraba fotos de sus amantes, desnudos), el ambiguo J. R. Wilcock, Pepe Fernández, Manuel Puig, Juanjo Hernández y muchos más que no pertenecían al mundo de las letras. El que realmente «confirmó» los amores de Silvina fue el propio Bioy en 1994, un año después de la muerte de su esposa. Dijo en una entrevista a *La Nación*: «Silvina tenía otras relaciones, pero yo sabía defenderme de los celos y por otra parte sus historias no eran tan frecuentes. Siempre nos unió un gran cariño que iba más allá de la atracción física. Por eso no podía prescindir de Silvina.»

La escritora y periodista María Moreno lo intentó, en los setenta. La entrevistó y se enamoró fugazmente de Silvina. No hubo suerte. Dice María: «No daba entrevistas. Pero se permitía coquetear por teléfono si escuchaba una voz joven. No se negaba de entrada. Imponía condiciones, con la seguridad de que no serían cumplidas. Me enamoré de ella. Y como juzgué que ese era un sentimiento reservado, dejé la cama matrimonial y me mudé a la habitación de mi hijo, que me miraba asombrado a través de los barrotes de la cuna. La entrevista duró cinco meses. Ella no cesaba de corregirla; yo, de ir a su casa con cualquier pretexto. Me le declaré. Me preguntó qué quería decir exactamente o, mejor dicho, exactamente qué quería hacer. Yo no tenía idea. Ella sonrió y dijo: “Sufro del corazón.” “Yo soy más linda que Alejandra Pizarnik”, le contesté, y me fui dando un portazo.»

Todos los que estuvieran cerca de Silvina dicen lo mismo. Que era fascinante. Que seducía a hombres y a mujeres. Y que ella lo sabía. Le dijo a Hugo Beccacece: «La seducción viene con la práctica. La gente me dice que soy seductora. Pero yo no confío. Uno no puede confiar demasiado en nada ni en nadie. A mí siempre me interesaron el amor y el sexo. Cuando tenía veinte años me decía: ay, cuándo tendré cuarenta o cincuenta para no enamorarme más, para no desear más a nadie, para vivir tranquila, sin preocupaciones, sin celos, sin angustias, sin ansiedad. Llegué a los cuarenta, a los cincuenta y seguía enamorándome y deseando a gente hermosa. Es terrible. Y ahora el sexo me resulta tan interesante como cuando era chica y

acababa de descubrir lo que era. A mí me importó siempre, ahora también.
¿Cómo puede dejar de importar? Es una condena y un placer.»

Un poema publicado por primera vez en 2001 —en *Poesía inédita y dispersa* (Emecé), edición de Noemí Ullacuenta un encuentro en Palermo que puede (o no) ser el recuerdo de paseos con una chica audaz, deseada, con un amor pasajero. Se llama «En un museo»:

(...) Ella no me quería.
Yo la quería.
Era tan mala que siempre se despedía de mí
diciendo en lugar de «hasta pronto», «hasta nunca».
No era muy bonita
pero no necesitaba serlo.
Celestes eran sus ojos
pero no del todo
porque se parecían al color que la rodeaba.
En nuestro tiempo
había frondosos arbustos
bordeando el lago cerca de la pérgola
con glicinas.
Era la maldita primavera,
quedaban flores de lonicera fragantísimas.
Tan tupido era el bosque de arbustos
debajo de la arboleda
que adquiriría el día color de la noche
y la noche color del día.
Yo la deseaba.
Ella no me deseaba,
se le ocurrió un atardecer
desvestirse totalmente
en el lugar más sombrío de la arboleda:
«Te apuesto que me desnudo.»
¿Qué dirá el guardián?
Dirá que soy una estatua

junto a unos azahares florecidos
como si no le importara
cuando la miré estaba desnuda
la ropa de sus pies,
parecía un pedestal de piedra.

UNO ESTABA CON ELLA Y SE OLVIDABA QUE ERA FEA

A Eduardo Paz Leston los amigos le dicen Teddy. Vive en el elegante Barrio Norte de Buenos Aires, pero prefiere no hacer la entrevista en su departamento. Demora mucho en bajar, y cuando llega a la puerta está agitado pero espléndido, vestido de blanco, sonriente. Invita un café y avisa que se acostó tarde pero que está despiertísimo. Traductor, encargado de varias ediciones de cartas de Victoria Ocampo, fue colaborador de *Sur* y conoció a Silvina cuando tenía diecisiete años. Era fan de ella, fan confeso. La había leído, había escuchado que era la hermana terrible, quería conocerla. La llamó por teléfono en 1954. Silvina aceptó recibirlo sin mayores ceremonias. «Me deslumbraron sus ojos, eran muy grandes, muy celestes. Silvina me trataba como si la conociera de toda la vida. Me decía de vos –Victoria me decía de usted–. Nos hicimos amigos. Estábamos en el mismo círculo, yo era amigo de los sobrinos de Borges y de Norah, su hermana.»

–¿Dónde se encontraban?

–A Silvina le gustaban las rutinas: entre 1965 y 1968, cuando venía el buen tiempo, yo iba a los bosques de Palermo a caminar o a leer. Siempre estaba Silvina, de mañana y de tarde. Ella caminaba sola. Tenía tapado de invierno y de verano. Había tenido una especie de otitis muy peligrosa años antes, escribe sobre eso en «Poema para una muerte efímera», es un poema sobre cuando estuvo internada. Bueno, por eso se levantaba el cuello del tapado y caminaba por la sombra. Ella se saludaba con gente que conocía de ahí. Había un hombre que se paseaba con una carterita, buen mozo, me decía: «Mirá, ese es el onanista.» Arrancaba las moras del árbol, y también jazmines y magnolias. Se peleaba con el guarda, a veces. Hacía tanto que

iba a los bosques que muchos creían que era inspectora y la trataban con cierto respeto.

—¿Qué hacía en esas recorridas, caminaba nomás?

—No, también escribía. Silvina escribía todo el tiempo. Hay poemas que tienen como dieciocho versiones. Escribía sentada con un cuaderno sobre las rodillas plegadas. En Palermo a veces no me atrevía a acercarme porque me daba cuenta que estaba haciendo versiones orales de los poemas. Daba vueltas por ahí como un fantasma, recorría siempre los mismos lugares. Volvía y volvía.

—Silvina tenía muchos amigos gays: Pezzoni, Mujica Láinez, Manuel Puig, Pepe Bianco...

—Es que los gays admirábamos a Silvina como si fuera célebre. A Victoria le daba rabia. Había un coctel para Hans Magnus Enzensberger y todos los jóvenes estaban rodeando a Silvina, no al alemán. Los gays somos más sensibles, más libres, menos estructurados; muchos encontrábamos en ella una persona que no juzgaba, que escuchaba, especialmente a los jóvenes. Yo le contaba todo. Hablaba con ella como si fuera una hermana mayor.

—¿Y ella también contaba sobre sus amores?

—Silvina era sumamente discreta. Discretísima. Una vez en los sesenta, un cumpleaños de la señora Borges, Leonor, se festejó en lo de Norah Borges, en la calle Suipacha y Juncal, un departamento del primer piso. Silvina me pidió que la acompañara hasta su casa, que quedaba cerca, y nos fuimos caminando. Yo tenía un vaso en la mano y ella me dijo no importa, vos dejalo ahí, y lo dejé en un mojón de la avenida Alvear. Bajamos por Posadas y Silvina me dijo: «No te digo de subir a casa porque me está esperando una persona.» Silvina nunca decía si era hombre o mujer. Una persona. Ella tenía sus amores, yo no voy a contar con quién porque soy leal a ellos, porque ellos han guardado mis cartas como yo las de ellos. Pero quiero decir que Silvina no era una víctima. Era muy dominante. En la pareja no dominaba Bioy, dominaba ella. Dominaba con la sonrisa y ese modo de bailarina. Ella elegía quién venía a la casa, a quién se invitaba y a quién no. Se comportaba como si fuera divina. Uno estaba con ella y se olvidaba que era fea.

—¿Es verdad que Victoria se enojó con Silvina porque habría tenido un trío con Bioy y Genca?

—Tanto no sé. A Victoria a lo mejor le molestó el amorío de Bioy con Genca, pero Genca no era ninguna inocente, tenía sus amantes varones y mujeres, era una mujer tremenda. Presentarla como una niñita no es justo.

—¿No hablaba de Alejandra Pizarnik?

—Claro que sí. No sé si se acostaron o no, pero Silvina se preocupaba por ella. Yo tengo las cartas para probarlo. En varias me pregunta cómo estaba Alejandra. A lo mejor se distanció un poco de ella para cuidarse. Alejandra era terrible, llamaba a las tres de la mañana, hacía cocteles de drogas. Silvina a veces se divertía con ella y a veces no, pero la quería mucho.

—¿Era consciente de su estatus, de su condición social?

—Silvina era una persona a la que no le importaba nada la cuestión de las clases sociales, mezclaba a los Alvear con la hija del carnicero, literalmente. Cuando pintaron la casa, Silvina se fue a vivir a lo de Jovita, su ama de llaves, en Villa Urquiza. Muchos dicen que era avara, pero lo que pasaba era que tenía miedo de que Adolfo se gastara todo, porque él derrochaba terriblemente. Adolfo era igual que ella, no le importaba nada la cuestión aristocrática. Cuando estuvieron de vacaciones en Pau tuvieron que elegir entre ir a ver a unos parientes millonarios, los Domecq, o a otro que era cocinero, y por supuesto se hicieron amigos del cocinero. Tanto Silvina como Victoria podían ser odiosas con gente que no les gustaba, pero no por cuestiones de clase, sino por cuestiones de caerle bien o mal. Victoria detestaba a los amateurs, los escritores que no se tomaban en serio el oficio. Y si eran de la oligarquía, peor. Eso sí, Silvina nunca entró en la cuestión política. Siempre fue antifascista y antiperonista, claro. Pero cuando eso iba a su obra era un desastre. El poema antiperonista «Testimonio para Marta» es pésimo.

—¿Cómo era con Marta, su hija?

—Era medio severa con Marta. Qué sé yo, no la dejaba comer helados en la plaza porque tenía que comer el almuerzo. La protegía demasiado. Especialmente en los setenta. Recuerdo una fiesta: Silvina le cantaba y apartaba de Marta a un muchacho que a la nena le gustaba. La gente decía:

«Silvina está en las últimas, quiere seducir a los amigos de Marta.» Pero ese chico estaba entonces, o ingresó después, no lo sé, en Montoneros, y está desaparecido. Silvina lo presintió.

—Tenía videncia, entonces.

—Claro, todos lo sabíamos. Una vez había unas gitanas sentadas que le ofrecieron la suerte, y ella les dijo: «¿No querés que te la diga yo?» Se lo dijo en serio. A veces hablábamos por teléfono, yo decía: «Hola» y ella decía «Qué te pasa.» Y tenía razón: yo tenía un problema, estaba mal. Con un «hola» le alcanzaba para darse cuenta.

—¿Borges la admiraba como escritora?

—A Borges le gustaban los poemas. Ciertos cuentos lo escandalizaban. La libertad de Silvina como escritora le era insoportable. Pero al mismo tiempo los elogios eran desmedidos. En la reseña sobre *Enumeración de la patria* es tan exagerado que es sospechoso. Borges admiraba a escritores en la medida en que los veía como discípulos y Silvina no era su discípula. *Viaje olvidado* no le gustaba, pero sí *Autobiografía de Irene*, porque tiene tramas cerradas, a la manera de Borges. Pero ya después, con los cuentos de *La furia* y *Las invitadas*, Silvina escritora, creo yo, no le gustaba para nada.

LO PERVERSO SE LE NOTABA

Hugo Beccacece prefiere hacer la entrevista en un bar, cerca de su departamento, en la avenida Santa Fe. Es profesor de filosofía, menudo y curioso; es caballero de las artes y de las letras de Francia pero, por sobre todo, es periodista cultural y escritor y fue uno de los nombres más emblemáticos del diario *La Nación*. Y, sin embargo, la primera nota que le hizo a Silvina Ocampo, en 1983, no fue para *La Nación* sino para *Claudia*, una revista para mujeres modernas. La entrevista, que Beccacece no tenía en papel, hace poco fue rescatada por Ernesto Montequin de entre los papeles de Silvina y será publicada en un volumen de textos inéditos. «Fue una entrevista conjunta, con ella y Bioy, en Posadas. Me dijeron: “Vení a comer, la entrevista la hacés mientras comemos.” Incomodísimo. Trampa mortal. Los condicionamientos eran todos de Silvina. No vas a grabar y no

vas a tomar nota. Bueno, fui. No me acuerdo mucho de qué dijeron pero me acuerdo de la comida. Y de la casa. Era de unas dimensiones que se podía jugar al golf ahí adentro, pero no estaba pintada y la pintura estaba en jirones. Y en muchas paredes había grandes manchas de humedad y de moho. Silvina aceptó posar. Y en una de las fotos estaba frente al espejo y el espejo reflejaba las manchas de moho de la pared. Cuando vieron las fotos en la revista los editores dijeron “qué fantástica esta casa, mirá los cuadros informalistas que tienen”. Y era una mancha de moho. Había algo de dejadez, de desidia, muchos decían que era la manera de Silvina de vengarse de lo que pasaba en esa casa, de vengarse de lo que hacía Bioy. Esa casa era de ella, no era de él.»

—La cena, entonces.

—Llegué a la noche y yo no había comido nada ese día desde el desayuno, estaba muerto de hambre. No había alguien que sirviera la mesa, lo hacía Silvina. Me recibieron en el comedor diario, sin vajilla de plata, nada, que había pero no lo eligieron, fue muy íntimo. Te hacían seguir el mismo régimen de comida que hacían ellos, que era de hospital. Ella trae algo que parecía una corona de arroz blanco y en el medio una cosa verde que supongo que debía ser una crema de espinacas o de acelga. Silvina me dice «querés más», y yo, que estaba muerto de hambre, dije «sí», y ella dijo «¡ah!», con cara de espanto. Sirvió una pechuga hervida y por último unos crepes que eran un espanto. Me mira y me dice «ay, parecen neumáticos». Parecían. Y después ella dijo «querés café» y trajo café, pero no trajo azúcar. De lejos me dijo «querés azúcar». Bioy le dijo: «¿Cómo le vas a decir querés azúcar? ¡Traé la azucarera!» Ella dijo que ya le había puesto azúcar al café. Yo lo tomo y era el café más amargo y quemado imaginable. Y Silvina me dijo: «¿Está bien de azúcar?» Con una sonrisa. Tenía una cosa de maldad. Al día siguiente la llamo para agradecer la comida y me dice: «Te tengo que confesar algo, mirá, Hugo, el café no tenía azúcar.» Esas travesuras, esas cosas de perversidad que están en los cuentos, estaban en la vida de ella.

—¿Cómo eran esos juegos?

—Era un juego continuo. Un juego en el que ella se manejaba con mucha seguridad, pero había una inseguridad de otro tipo sobre lo que ella misma

pensaba. Todas las Ocampo tenían un problema con la voz; la de Silvina, particularmente, era una voz que vacilaba. Siempre me pareció algo de orden espiritual, más allá de que fuera orgánico. Silvina decía algo pero pensaba lo contrario de lo que te estaba diciendo; todo el tiempo oscilaba, era un pensamiento muy paradójico y contradictorio. Iba transformando sus opiniones lentamente hasta llegar a lo opuesto en una especie de metamorfosis que se iba operando rápidamente en el pensamiento. Y uno iba pasando por sus modulaciones de pensamiento de una manera muy fluida. Cuando llegabas al final, todo lo que había dicho parecía lo más normal, esos dos opuestos que ella había logrado conciliar. Silvina no creía en la fijeza de las cosas y de la identidad. De la propia desde ya; y supongo que de las ajenas tampoco. Ella no era loca: era su manera espontánea de sentir, pensar y ver el mundo.

—¿Por qué se llevaba mal con su hermana?

—Eran muy distintas, aunque tenían cosas en común. Lo que no le podía gustar a Victoria era la vida privada de Silvina. No porque Victoria fuera una mujer prejuiciosa: estaba rodeada de homosexuales, hombres y mujeres, aunque a ella le gustaban mucho los hombres, era una mujer claramente heterosexual. Silvina fue mucho más allá de todo eso, además de ser bisexual. Lo más fuerte es la historia de la sobrina que convirtieron Bioy y ella, Genca. Se llevaron a la sobrina de Silvina de viaje a Europa, era la amante de Bioy y había sido la amante de ella. Eso es menos frecuente incluso entre gente sin prejuicios, porque entra dentro del tabú del incesto.

—¿Eso se sabía en el círculo de Silvina y Bioy en aquellos años?

—En ese círculo sí. Se hablaba de eso en los sesenta, aunque ocurrió antes. Uno se quedaba estupefacto. También, claro, se decía que Marta Casares, la madre de Bioy, le «legó» Adolfo a Silvina. Porque, supuestamente, la dejaba a Silvina por otra mujer. Otros dicen que no, que no se la entregó, que le dio mucha rabia que se casaran. Nada de todo eso le podía resultar simpático a Victoria. Casarse con Bioy, que era un hombre más joven, tan atractivo, que siguió teniendo mujeres, todo eso era exactamente lo que a Victoria no le gustaba.

—¿Fue amante de Alejandra Pizarnik?

—Me parece que debe haber sido unilateral. Alejandra estaba enamorada

de Silvina, pero a Silvina no le pasaba lo mismo, creo. Silvina tuvo cosas con hombres y mujeres, pero el centro de su vida era Bioy. Los otros eran invitados que entraban y salían. Por ejemplo en el caso de Enrique Pezzoni. Me lo contó él personalmente. Enrique era buenmocísimo, tenía gracia, era divertido socialmente, brillante, inteligente. Silvina una vez le dijo: «Me gustaría hacerte un retrato.» Esa era la trampa. Llevó a Enrique a su estudio, en la casa de Posadas. Lo empieza a retratar. Dice: «Ay, tenés muy buena boca pero muy difícil de dibujar no sé por qué.» Fue y le toca la boca, para sacarla, para el dibujo. Le empieza a recorrer los labios con el pulgar y cuando termina ya tenía la lengua de Silvina en la glotis. Y tuvieron un periodo de amantes muy breve.

—¿Bioy lo supo?

—Se dio cuenta y no le causó mucha simpatía; lo que ocurría era que Enrique era más buen mozo y más joven que él. Silvina le regaló a Enrique un reloj espléndido. Después se lo pidió de vuelta. Pero acá tengo dos versiones distintas, que me contó Enrique en distintos años. No sé cuál es la verdadera. Una era que ese reloj era de Bioy, y él lo reclamaba. Otra, que el reloj, muy suntuoso, no podía habérselo comprado Enrique, se notaba que era un regalo, y a Silvina le pareció obsceno; se lo pidió porque era como un escándalo, como una confesión.

—¿Cómo eran los Bioy en público?

—Él era de una cortesía exquisita, te hacía sentir que lo conocías de toda la vida, pero también tenía la manera de la gente bien de hacerte notar que es gente bien. Te trata como a un igual pero al mismo tiempo te hace notar que no estás a su nivel, pero con amabilidad. Ella era mucho más espontánea. Y ella te escuchaba de verdad. Él no sé. Ella hablaba mucho menos que él pero cuando decía algo era desopilante o era una cosa feroz, precisa, que te había calado hasta los tuétanos, porque te había escuchado a la perfección. Él era un hombre inteligente, cortés, pero previsible. Ella era totalmente imprevisible. Era muy fascinante, lo perverso se le notaba.

—¿Cómo?

—Ella se atrevía a mirar de frente, pero no solamente por coraje sino porque lo horrible la fascinaba. Por ejemplo: una vez volvían de la casa de Victoria en San Isidro, de una fiesta, Enrique, Pepe y Manuel Mujica

Láinez, Manucho, los tres amigos íntimos de Silvina. Tienen un accidente y Manucho, que estaba sentado delante, se va contra el vidrio, se lastima, sangra mucho y lo tienen que llevar al hospital. Le dan unos puntos. Pepe se impresionó tanto que se desmayó. Pasa el tiempo, se los tienen que sacar, y Manucho le cuenta todo a Silvina, y le dice: «No sé quién me va a acompañar porque Pepe se desmayó cuando vio sangre.» Silvina le dijo: «Yo te acompaño, a mí no me va a pasar, yo cuido enfermos.» Y lo acompañó. Manucho contaba que estaba tendido en la camilla y que le empezaron a sacar los puntos. Y de pronto se quedó estupefacto porque, por encima del hombro del médico, vio la cabeza de Silvina, fascinada y deleitada por lo que le estaba viendo. La atraía, tenía la valentía y el placer de lo horrible, no podía dejar de mirarlo.

QUE NO RENAZCA EL SOL, QUE NO BRILLE LA LUNA

El 16 de septiembre de 1955, la llamada Revolución Libertadora depuso, mediante un golpe de Estado, al presidente democrático Juan Domingo Perón. Tres meses antes, treinta y cuatro aviones de la marina de guerra habían intentado iniciar una rebelión con un bombardeo a la Plaza de Mayo: arrojaron más de 9.000 kg de bombas y asesinaron a 308 personas, civiles que caminaban por la ciudad. El ataque fue el bautismo de fuego de la Aviación Naval argentina. Ese mismo año, la revista *Sur* editó un número especial, el 237, llamado «Reconstrucción nacional». Es un número celebratorio del golpe de Estado a Perón. Ninguno de los integrantes de *Sur* dejó por escrito un testimonio de compasión por las víctimas del bombardeo del mes de junio. En cambio, celebraron la Revolución Libertadora como lo que creían que era: el fin del fascismo en la Argentina. En este número, es especialmente virulento y exagerado el poema celebratorio de Silvina Ocampo «Testimonio para Marta», un ejemplo de antiperonismo teatral y desagradable, que su amigo Eduardo Paz Leston calificaba de «pésimo»:

Se lee en «Testimonio para Marta»:

No queremos gobiernos, Marta, totalitarios,
no queremos volver a ser los adversarios,

de personajes crasos, de anticuados tiranos,
menos originales que los peores romanos.
Que haya existido Hitler abrumba todavía,
tenemos que abolir la aviesa tiranía
abolir las torturas, volver a ser dichosos
que me escuchen los dioses más misericordiosos:
que no renazca el sol, que no brille la luna
si un tirano como este siembra nueva infortuna
engañando a la patria. Es tiempo ya que muera
esa raza maldita, esa estirpe rastrera,
que solo en los museos estén los dictadores
como remotos saurios y no como señores.

El poema causó cierto revuelo en el ambiente cultural argentino. La revista *Contorno*, fundada en 1953 por Ismael Viñas, e integrada por jóvenes críticos como Juan José Sebreli, Carlos Correas, Oscar Masotta y David Viñas, que interpelaban a la literatura de escritores ricos, respetables y cultos, se burló de la «hemorragia de espiritualidad» de *Sur*, y especialmente de «Testimonio para Marta»: «Por más conmovido que tuviéramos el ánimo, por más levantado que estuviese nuestro pundonor moral, nos cortaríamos las manos antes que suscribir, por ejemplo, la poesía de Silvina Ocampo.» Y hay que decir que *Contorno* estaba bien lejos de ser una publicación peronista.

Silvina Ocampo, a pesar de su insistencia en la fascinación por los pobres y trabajadores, jamás trató de entender qué significaba el peronismo para los millones de marginados y explotados. Como toda su clase, decidió que era una forma local de fascismo que debía ser combatida. «Testimonio para Marta» es su poema antiperonista más conocido, pero antes había publicado otro, en el número de noviembre de 1945 de la revista *Antinazi*. Se llama «Esta primavera de 1945, en Buenos Aires»:

Yo vi una turba histérica, incivil,
que a la Casa Rosada se acercaba
mientras que en la memoria se mezclaba

como un recuerdo, ya, el presente hostil

...

En los jardines siento esta tristeza
es la voz de mi patria que se queja.

Lo que está describiendo es el 17 de octubre de 1945, cuando el coronel Juan Domingo Perón fue desplazado de la Secretaría de Trabajo y Previsión Social, y detenido por el propio gobierno militar al que pertenecía. Entonces, los obreros de Buenos Aires y sus alrededores se organizaron para pedir su liberación. Desde su puesto en el ministerio, Perón había lanzado reformas inéditas que mejoraban la condición de la clase obrera hasta puntos inimaginables. Estas reformas le ganaron la antipatía del gobierno, que veía en él a un futuro líder, e intentaron desplazarlo. Los trabajadores decidieron impedirlo y colmaron la Plaza de Mayo, en el centro de la ciudad. Fue quizá la mayor movilización de masas de la historia argentina, y para muchos porteños que jamás habían visto a los obreros suburbanos fue un escándalo. Horrorizados, los veían sin camisa, comiendo en las esquinas, bebiendo y lavándose en las fuentes del centro. Silvina comparte este horror de clase: la gente en las calles es la «turba incivil» de su poema. Silvina Ocampo no presintió que gran parte de la patria –la mayoría– no estaba quejándose, exactamente.

Silvina Ocampo nunca fue, sin embargo, una activa antiperonista, como sí lo fue su hermana Victoria, que incluso fue detenida el 8 de mayo de 1953, arrestada en su mansión de Mar del Plata y trasladada a la Casa del Buen Pastor –una especie de cárcel de mujeres de Buenos Aires que se usaba, sobre todo, para prostitutas–, acusada de haber prestado su domicilio para que militares opositores a Perón organizaran un atentado durante un acto en Plaza de Mayo, hasta que la liberaron el 2 de junio del mismo año, casi un mes más tarde. O como lo fue Borges, que no perdía ocasión para pronunciarse en contra del gobierno de Perón y que, durante toda su vida, condenó el peronismo. En la obra de Silvina –que, por lo demás, jamás volvería a hacer una referencia política coyuntural– incluso hay un texto

extraño que casi desmiente su poesía antiperonista. Es el cuento «Visiones» de *Las invitadas*. La narradora está en un sanatorio, convaleciente después de una operación. Desde un estado que se parece al sueño escucha, vagamente, lo que ocurre afuera: «Es el aniversario de una suerte de reina. Es de noche. Oigo los tambores que lo celebran. La gente congregada en la plaza improvisa altares y modula, a través de instrumentos de viento, la célebre sinfonía. ¡Qué extraño que yo nunca la haya oído! La banda de música, cada vez más exaltada, modula una melodía sublime. Yo no usaría la palabra sublime para ninguna música. Pero ¿con qué otra palabra podría designar a esta? En la nota más aguda, que entra en los oídos como a través de un largo alfiler, la gente se turba de tal modo que el sonido trémolo vibra, se prolonga indefinidamente... Cómo no oí antes esta música tan conocida.» Se trata de los funerales de Eva Perón, y la melodía sublime tiene que ser la «Marcha peronista».

¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué esta súbita simpatía?

Borges escribiría «El simulacro», un cuento que parodia los funerales de Eva Perón, y con Bioy, «La fiesta del monstruo», un cuento que no deja mucho lugar a la ambigüedad y que refleja casi de manera literal cómo se sentían los escritores con respecto al peronismo.

«Visiones», en cambio, es absolutamente ambiguo. La crítica y escritora María Moreno considera que hay «simpatía y ternura» por la «Marcha» y por el peronismo en general. El crítico Jorge Panesi escribe en su ensayo «El tiempo de los espejos»: «Silvina, contradictoriamente, inscribe el apabullante suceso (la fiesta peronista) en dos registros distintos: por un lado, el no menos apabullante tono épico y por otro la ambigüedad del sueño, la enfermedad y la conciencia que difuminan los bordes del mundo.»

En la poesía, la visión es cerrada, una respuesta de clase a la afrenta; en el cuento, la visión es problemática y abierta.

Pero ¿cómo se relacionaba Silvina Ocampo con la política? En el *Borges* de Bioy hay un registro de cierta actividad ciudadana muy típica del argentino: la atención constante a los rumores, la salida a la calle en búsqueda de los acontecimientos, la ansiedad de las vísperas. No hay en los diarios de Bioy referencias al bombardeo a la Plaza; apenas, brevemente, se habla de los incendios a las iglesias que realizaron militantes la noche del

ataque: los aviones bombarderos tenían pintada la consigna Cristo Vence, y a esa altura el gobierno peronista estaba completamente enfrentado con la Iglesia argentina. En la entrada del 22 de julio de 1955, del *Borges* de Bioy se lee: «Llegan rumores entre otros de una batalla que desde las 7 de la tarde se disputa en el barrio de Caballito. No creo en ella; propongo a Silvina y a Borges que vayamos a ver. Vamos bromeando, riendo alegremente. “Quién nos diría que nunca íbamos a volver”, decimos. En Caballito certifican la paz las familias que salen del cinematógrafo.» El 13 de noviembre de 1956 van, Silvina, Bioy y Borges, a la Plaza de la Victoria, para unirse a manifestantes que piden la ruptura con la Unión Soviética. El 29 de agosto de 1956, en pleno gobierno de facto de la Revolución Libertadora, Bioy escribe: «Wilcock dice que él no se va por ahora porque quiere aprovechar este momento viviendo aquí; que tal vez nunca en nuestra vida ocurra otro gobierno tan bueno, tan razonable. Borges, Silvina y yo estamos de acuerdo.» Años más tarde, el 2 de abril de 1963, se lee: «Por la mañana llama el teléfono en el cuarto de Silvina. Esta me dice “parece que hay revolución...”. A las 5 con Silvina, voy a buscar a Borges. Dice “vamos a dar una vuelta por la ciudad”. Silvina, increíblemente, no protesta.» El 17 de octubre de 1965 (con el peronismo proscripto en Argentina), esta entrada: «A la noche con Borges y Silvina recorremos la zona de Parque Patricios donde debía celebrarse un acto peronista a último momento prohibido. Policías nos obligan a detenernos, a encender la luz interior del coche, a mostrar documentos. Borges: “Vivimos en una época horrible. El arte abstracto, los medios audiovisuales, el comunismo, el peronismo, la psicología del nonato y del neonato, yo no sé cómo aguantamos.”» 25 de mayo de 1971: «Borges comenta que dio a *La Razón* una declaración contra el peronismo. Silvina está furiosa; trata de explicarle su error: los peronistas están en una guerra; te pueden hacer cualquier cosa. Una compadrada con la que nos compromete a todos. La madre está gagá y lo empuja.»

A pesar de esto, la opinión general es que a Silvina Ocampo la política le era ajena. En una entrevista con María Moreno reconoce que la política es para ella «la peor y la más atormentadora de las materias de estudio». A Noemí Ulla le dijo: «Si la historia hubiera sido escrita por mí, qué ignorante

sería la gente.» Noemí, hoy, no recuerda haber tenido ninguna conversación sobre política con Silvina. Ernesto Montequin coincide: «Estaba deliberadamente aislada de muchos aspectos de la política; más bien tenía una noción ética, reaccionaba por cuestiones éticas o de conducta, no por cuestiones ideológicas. Obviamente abjuraba del peronismo, su rechazo era visceral, pero era una persona que establecía una relación inmediata con los demás: no pensaba la política en abstracto o con una ideología, como en el caso de Bioy; no tenía un tinte ideológico tan evidente. Cuando detuvieron al editor Daniel Divinsky –fundador de *De La Flor*, la editorial donde se publica *Mafalda*, de Quino–, Silvina fue una de las pocas personas que firmaron un petitorio a favor de él: no lo hicieron ni Bioy ni Borges. En los setenta, cuando Perón regresó de su exilio, la preocupaba el clima político del país. En sus cartas nombra a Jorge Rucci –secretario de la Central General de Trabajadores y mano derecha de Perón, asesinado por Montoneros–, y está pendiente, sabe qué pasa, no vive aislada, se horroriza y tiene miedo por lo que pueda pasarle a ella, a su familia, a Bioy. Pero no tiene juicios de valor decisivos, salvo durante la Segunda Guerra Mundial, cuando es claramente aliadófila.»

La firma del petitorio por Divinsky no es la única ocasión en que Silvina se desmarca de Borges y Bioy: el 22 de octubre de 1968, cuando Elena Garro les pide que telegrafíen su solidaridad con el presidente mexicano Díaz Ordaz, responsable de la masacre de Tlatelolco –Garro, insólitamente, dice que «los comunistas tirotearon al pueblo y al ejército y ahora se presentan como víctimas»–, Silvina se niega a expresar solidaridad alguna y no firma el telegrama, en línea con su hermana Victoria, a quien Borges desprecia por esta acertadísima decisión. Silvina y Victoria tenían razón: había sido el gobierno mexicano el que había reprimido violentamente el movimiento estudiantil que, acompañado de obreros, amas de casa, profesionales e intelectuales, ocupó la Plaza de las Tres Culturas en octubre de 1968; se calculan unos doscientos muertos, aunque nunca hubo cifras oficiales.

Sus temores, sus miedos, quizá desproporcionados, están por todas partes en *Los Bioy*, de Jovita Iglesias. Escribe Jovita: «Temía que secuestraran a Adolfo para pedir rescate. Eran tiempos de Perón, y muy

cerca del departamento había un comité. La marcha peronista se oía todo el día, sonaba eternamente. La señora cerraba todas las ventanas porque le hacía mal estar oyendo todo el santo día esa música. Y cuando él tardaba en regresar, ella se imaginaba lo peor: que no iba a verlo más, que lo habían matado.» Muchos años después, explica que los Bioy decidieron no volver a Pardo por una supuesta amenaza: «Eran comienzos de los años 70 y como en los 50 Silvina volvía a vivir aterrorizada de que secuestraran a Adolfo para pedir un rescate por su vida. Y de hecho cerca estuvo eso de suceder aunque el señor nunca lo supo. Lo descubrió Pepe en Ezeiza una vez que fue a llevarlo al aeropuerto para uno de sus viajes. Escuchó decir a unos hombres “ahí está el estanciero”. Pepe no la dejó pasar. “¿Qué pasa con el estanciero? Si le llega a pasar algo al señor ustedes están fichados.” Silvina se enteró y nunca más quiso ir a Pardo, a tal punto que el señor, aunque desconocía sus motivos, hasta quiso vender la estancia.»

De *Descanso de caminantes* se desprende que sí estaba enterado de amenazas, y que estaba apabullado por el miedo de Silvina. Cuenta que una noche encontró «a Silvina muy extraña: parecía feliz de que yo hubiera vuelto pero asustada, como si quisiera ocultarme algo y no pudiera, por los nervios y la angustia que la dominaban. Finalmente me confesó que había ocurrido un hecho sumamente desagradable. Las explicaciones nada claras dejaron entrever que había recibido una amenaza contra mí. Era aquella una época de peronismo en el poder, diariamente nos informábamos de secuestros y frecuentemente recibíamos (aun nosotros, que nunca participamos de un gobierno ni teníamos figuración política) amenazas telefónicas, anónimas siempre. Por fin Silvina accedió a mostrarme lo que había llegado a casa». Se trataba de algo perfectamente inocente: un retrato de Bioy pintado por Carolina Muchnik que sobre la cabeza tenía una tira roja: Silvina, paranoica, lo había interpretado como un cuchillo ensangrentado o una mancha de sangre. «Me costó mucho convencerla de que era un retrato, que la autora estaba orgullosa de haberlo pintado y que me lo enviaba amistosamente, de regalo. De lo que no pude convencerla fue de que ese objeto no tenía por qué traer mala suerte. Dijo que no podía soportar ese tristísimo retrato; que pintaría encima cualquier cosa. Le prohibí que lo hiciera. Dijo entonces que pintaría algo en el reverso de la

tela, para que si alguien lo veía contra una pared no lo diera vuelta. Le prohibí que lo hiciera.»

Otro punto de distancia entre Silvina y la política fue su posición frente al feminismo. Victoria, su hermana, fue una pionera del feminismo latinoamericano. Silvina tenía una posición más distanciada, que en entrevistas solía plantear como superadora. El feminismo parecía resultarle algo ajeno: ella había sido, siempre, una mujer libre. Le dijo a Noemí Ulla: «Si me lo explicaran contestaría que soy feminista en esto sí y en esto no. No me gusta la posición que adoptan porque me parece que se perjudican, es como si pretendieran ser menos de lo que son. En el fondo, no conviene luchar contra las injusticias de una manera que no sea completamente justa.» María Moreno le preguntó cuál fue su actitud ante el otorgamiento del voto femenino en Argentina, conseguido durante el peronismo, y propulsado por Eva Perón. Le dijo: «Confieso que no me acuerdo. Me pareció tan natural, tan evidente, tan justo, que no juzgué que requería una actitud especial.» Y cuando quiso saber su opinión sobre las feministas: «Mi opinión es un aplauso que me hace doler las manos.» Esther Cross, escritora, que conoció a Silvina cuando ya era anciana y trabajó en libros de conversaciones con Bioy Casares, recuerda que tuvo una charla con la directora de cine María Luisa Bemberg, amiga de Victoria Ocampo, que quería dirigir un documental sobre Bioy: «Contó de las peleas entre las hermanas, que eran terribles, aunque por lo que contaba era Victoria la que la atacaba, se ofendía porque Silvina no quería ir a sus reuniones, esas cosas. Y también dijo –no me olvido más– que una vez, hablando de feminismo, Victoria dijo adelante de todo el mundo que era una vergüenza que su hermana no militara y dijo: “Silvina es una pelotuda.” Bemberg contó eso dándole la razón a Victoria y las pelotudas eran obviamente ellas dos. ¡Más feminista y hippie que Silvina Ocampo no hubo ni habrá! Lo que no se bancaban es que hacía la suya. En todo hacía la suya. Como escribía y como vivía. No podían agarrarla.»

Entre *Las invitadas* y su siguiente libro de cuentos, *Los días de la noche*, de 1970, pasaron nueve años, toda la década de los sesenta, que Silvina pasó escribiendo pero también ocupada en la crianza de su hija Marta y haciendo nuevos amigos, jóvenes, muchos de ellos sus admiradores. Quizá el impulso de estos interlocutores jóvenes, que le traían el clima de época –Silvina participaba poco y nada del mundo literario–, la ayudara a ser más arriesgada que nunca, a ella, que no era precisamente modosa en su literatura. *Los días de la noche* empieza con uno de los cuentos más extraños jamás escritos: «Hombres animales enredaderas». Es, de alguna manera, un nuevo comienzo: la libertad es total. Escribe Matilde Sánchez, novelista y periodista cultural, en el diario *Los Andes*, en 2003, cuando Silvina hubiera cumplido cien años: «A lo largo de cuatro décadas, su narrativa fue pasando gradualmente de la imaginería libresca de la clase alta –del impresionismo a lo Katherine Mansfield, en *Viaje olvidado*, su primer volumen de cuentos– a los demonios veladamente eróticos de la clase media –en *Las invitadas*–; de los relatos delicados con referencias cultas a breves episodios con tratamiento de mitos urbanos, de la biblioteca de la casa a los foros desacreditados del chisme de vecinas. Fue pasando, en fin, del tú a la disolución de la persona gramatical –en relatos como “Hombres animales enredaderas”–. En el cuento sobre el único sobreviviente de un accidente de avión, que duerme todo el tiempo y se enreda en plantas, la persona se funde, se disuelve, y ese hombre se transforma en planta y en mujer. Y siguen los fundidos: en “Amada en el amado”, su mejor cuento de amor, plantea la simbiosis total de la pareja. “A veces dos enamorados parecen uno solo; los perfiles forman una múltiple cara de frente, los cuerpos juntos con brazos y piernas suplementarios, una divinidad semejante a Siva: así eran ellos dos.” Ella entra, cada noche, en los sueños de él, y de los sueños trae siempre un objeto; cada noche produce esta hazaña.» Para Adriana Mancini, «configura a su personaje femenino con rasgos de hechicera, maga o sibila. Ella adivina, comparte, realiza, materializa, e interpreta los sueños de su amado. Capta los sueños desde su fuente, vampiriza la mente de su marido extrayéndole su producto y, a la vez, cual avezado profesional de la magia, no se compromete personalmente con su práctica: ella no sueña nunca». Escribe Silvina: «El

amor es hecho de infinita y sabia locura, de adivinación y de obediencia.» Y termina el cuento preguntándose: «¿Pero acaso la vida no es esencialmente peligrosa para los que se aman?»

Los días de la noche tiene otro de sus magníficos cuentos crueles, «Malva», sobre una mujer tan pero tan ansiosa, tan carcomida por los nervios, que termina literalmente comiéndose a sí misma: autofagia en clave grotesca. En un paso a nivel la demora un tren y ella «se comió la rodilla hasta el hueso. Como la vez anterior no brotó sangre, como lo requería el caso. Subió al automóvil con la naranja en la mano. La falda felizmente le cubría la rodilla y de ese modo ocultó la herida, que era horrible». Termina comiéndose hasta morir. Su marido dice: «Era tan excéntrica.» Imposible no pensar en la intensa ansiedad de Silvina, en sus miedos; imposible no escuchar a Bioy en ese «era tan excéntrica» que es la versión sincera del «ella es muy original» que solía repetir.

Los días de la noche –con sus niños viejos o perversos, muñecas y sexualidades ambiguas– está superpoblado de retratos de seres con vidas fantásticas o absurdas, pequeñas biografías de personajes que se llaman Ana Valerga, Coral Fernández, Livio Roca, Albino Orma, Clotilde Infrán, Amancio Luna. Sobre ese gusto juguetón por los nombres, Sylvia Molloy escribe en su artículo «Para estar en el mundo»: «No hay autor argentino que haya cultivado los nombres con más pasión, ironía y casi cariño que Silvina. “Que algo no tenga nombre a mí me parece una desdicha”, decía.»

TE PODÍA MATAR DE HACERTE HACER COSAS

–Es difícil hablar de Silvina, porque una cuenta las anécdotas y parece una tarada. Ella parece una tarada, yo parezco una tarada; y sin embargo Silvina era genial, pero es difícil explicar por qué. Había que escucharla, qué sé yo –dice Francis Korn, rubia y delgada, una mujer pequeña y decidida, rápida cuando habla y cuando piensa y cuando desdenea, y desdenea con frecuencia.

Francis vive en Recoleta, en un departamento elegantísimo y enorme, lleno de libros y antigüedades, con un piano de cola en la sala y cuadros que

cubren las paredes. Un departamento de madera oscura y mucha luz entrando por los ventanales. En las fotos, sobre los muebles, se la ve con Silvina en Pardo, la casa de campo, y también con sus caballos, que adora. Se hizo amiga de Bioy y Silvina en 1970, recién llegada de Inglaterra, cuando les trajo unos libros de David Gallagher, profesor de literatura latinoamericana en Oxford.

—Era facilísimo ser amiga de ellos. ¡Facilísimo! Ella enseguida te decía: «¿A ver cómo sos?», y te levantaba la pollera y te miraba las piernas.

—¿Era muy demandante como amiga?

—Terrible. Una noche por ejemplo, me llama. Con esa voz de ella. «Ay, la Diana se va a morir si alguien no la lleva a hacer pis.» Diana era la perra horrible esa que tenía. «Ay, Marta no está y yo tengo cuarenta grados de fiebre.» Yo iba y Marta me abría y me decía: «Qué hacés acá a esta hora.» Silvina se paraba y movía el pelo de un lado a otro tipo estrella de cine. «¿Y, cómo estás ahora?», le preguntaba. Bien, contestaba ella, como si tal cosa. Y yo paseaba a Diana. Con Adolfo decíamos: «No tiene piedad.» Había que tenerle una paciencia terrible. Te llamaba para que fueras a visitarla y después no abría la puerta.

—¿Salían juntas?

—Ella no quería ir a ningún lado, no quería salir de la casa, era muy difícil sacarla. Además, Silvina no sabía lo que era la plata. Si tenía cinco pesos en el bolsillo no sabía para qué servían. Le gustaba que la entrevisten: aceptaba, pero después no quería que vinieran a la casa ni quería ir a ningún lado. Entonces me daban el cuestionario a mí y le hacía las preguntas yo. A donde sí fuimos juntas fue a Pardo. Me invitaron a Rincón Viejo. Después no fueron más, pero a principios de los setenta todavía se iban unos días. Fuimos con Enrique Pezzoni. Ella lo adoraba, se peleaban y se divertían, se hacían retratos y se reían como si tuvieran cinco años. Eso le gustaba a Silvina: jugar.

—¿Hablaba de literatura?

—Poco. Hablaba de cosas sencillas o de sus locuras. Silvina es la única persona sin una pizca de esnobismo que yo conocí en la vida. Todo el mundo tiene alguno. Ella nada, nada, en ningún sentido. Qué sé yo, había estudiado con Léger y nunca lo decía. Jamás se vanagloriaba de nada.

—¿Soportaba bien que Bioy tuviera amantes?

—Él siempre estaba de vuelta a las ocho de la noche para estar con Silvina, no salía nunca después. Lo que más le importaba en la vida era Silvina, lo puedo jurar. Las dos personas que él quería eran Silvina y Borges, las que para él eran básicas en la vida. Sus novias eran de día, por ahí se hacía un viajecito, pero además nunca le duraban más que días. Yo siempre me encontraba a alguna llorando por la casa. Después se hacían amigas de Silvina y le iban a llorar a ella. Cuando él las largaba, que era muy rápido, iban a llorar ahí. A Silvina le gustaba eso. Algo sufriría, pero no era para tanto. Ella lo adoraba y sabía que él la adoraba a ella. Quien diga lo contrario miente. Ella también lo hacía sufrir, había que aguantarla: pedía y quería cosas increíbles. Te podía matar de hacerte hacer cosas. Ella sabía que él nunca se iba a ir y él la trataba fantástico.

—En el libro *Los Bioy* de Jovita Iglesias, ella dice que Silvina sufría mucho...

—El libro es un invento de pe a pa. Adolfo y Marta se reían de Jovita todo el día. Jovita no hacía nada, era un capricho de Silvina.

—¿En qué sentido un capricho?

—Silvina no la dejaba a Jovita hacer nada. Y después estaba el marido, Pepe, que le robaba todo, le sacaba todo lo que podía y estaba ahí no sé por qué. Pero ella quería que se quedaran. No dejaba que nadie entrara en la casa. Posadas estaba hecha pelota, unos muebles buenísimos destrozados, todo porque Silvina no quería que nada se tocara. El tema de la comida también era una cosa de ella. Había trescientas cosas que no podían comer, con cebolla no, con huevo no, con vino no. Cuando murió Silvina, él empezó a comer de todo. Ella era la de las manías y él la seguía. Recuerdo una cena, estaba Manuel Puig, que era íntimo de Silvina. Primero me sirvieron a mí, Jovita trajo la bandeja. Tres pedazos de carne negra, carbón. Ellos comían negro carbón. Un alcaucil flotando en el agua y una papa. Yo dije qué mierda hago con esto. No se podía comer. Después ya les llevaba comida yo o cocinaba ahí porque era imposible. Otra vez que almorcé ahí vino Jovita con una fuente transparente llena de cenizas. Lo juro: cenizas. Adolfo me dice: «A que no sabés qué es.» Yo estaba perpleja. Me explica: «Es arroz a la cubana.» Pero, de verdad, eran cenizas.

La casa está en una zona que solía llamarse Loma del Tiro de Paloma, porque para el tiro de paloma se usaban esos terrenos, hasta que los eligió la aristocracia para vivir. Ahora el barrio ya no es aristocrático, pero es elegante, de clase media alta, casi sin comercios: se llama Divino Rostro.

Villa Silvina queda en Mar del Plata, la ciudad turística más popular y más insólita de la Argentina, superpoblada, con su mar helado, su pasado de refugio de los ricos y su presente de turismo interno, modesto y trabajador. Villa Silvina es un ejemplo de ese pasado: ocupa toda una manzana – rodeada por las calles Saavedra, Tucumán, Arenales y Quintana –, la construyó en 1908 uno de los hijos del general Justo José de Urquiza, Diógenes, que estaba casado con María Luisa Ocampo, tía de Silvina. Es una casa hermosa y rara, ecléctica, argentina: un arquitecto inglés (Bassett Smith) y un constructor de origen italiano (Pablo Carabelli) la hicieron de estilo pintoresquista francés, y la ubicaron en medio de un jardín británico. Ventanas inglesas y mosquiteros a guillotina, bow windows, barrales, guardafuegos y grifería de bronce, pisos de roble de Eslavonia, puertas corredizas con espejos de dos caras, ascensor, claraboya de vitrales, y un jardín-parque con robles, cedros, castaños de indias, olmos, ginkgos biloba, palos borrachos, heliotropos, caquis, lapachos, petiribíes. Silvina y Bioy la compraron en remate en 1942 y pasaban ahí todos los veranos y un poco más: a veces se quedaban hasta marzo. Bioy escribió en esta casa su novela *Dormir al sol*, y el mito dice que Borges se inspiró en el parque de Villa Silvina para su cuento «El jardín de los senderos que se bifurcan».

Silvina también escribía mucho aquí, en su estudio, con la hermosa ventana en la que esperaba a los colibríes. Jovita Iglesias recuerda esa casa en su libro de memorias *Los Bioy*: «Villa Silvina era lindísima. La cocina era enorme, mucho más grande que la de Posadas, en el centro una gran mesa cuadrada de mármol y las ventanas daban al parque. Después venía el antecomedor donde se guardaban los platos y todas las cosas del comedor y la cocina y el comedor, que también daba al patio y desde donde se veía una gran enredadera. Abajo había un hall enorme con una gran chimenea y cuartos de huéspedes. En el primer piso, al que se llegaba por una escalera

espléndida, crujiente, e incluso un ascensor, estaba el cuarto de la señora, precioso, con cama con dosel, que también daba al parque. Y tenía un púlpito, donde estaba el escritorio al que se accedía por escalera.»

Enfrente, en diagonal, está Villa Victoria, la casa de veraneo de la hermana mayor. Es un *bungalow* estilo inglés, de madera. Fue comprado en Inglaterra a la firma Boulton y Paul Ltda, proveedora de la Corona Británica para sus colonias y empresas en América del Sur, por Francisca Ocampo, tía abuela y madrina de Victoria, y trasladado en barco, y armado sobre una estructura de hierro. El jardín es un lujo botánico. Pero Villa Victoria fue donada a la UNESCO y es un Centro Cultural y un Museo; Villa Silvina, en cambio, se puso en venta en 1993 –los Bioy pasaban problemas financieros– y la compró un colegio privado: Mar del Plata Day School. A Silvia Catino, la directora del colegio, le encanta trazar los fantasmas de aquella casa entre las aulas, las oficinas, las recepciones. En su despacho tiene un archivo sobre Silvina y Bioy: notas periodísticas sobre la venta de la casa, mapas del parque con cada árbol identificado.

–El árbol favorito de Silvina era el caqui –cuenta–. Le gustaba la fruta pero creo que además le gustaba porque era medio pobrecito.

Silvina se encargó de elegir las especies de este jardín: como a su hermana, Victoria, le encantaban los árboles, las flores. Incluso en 1979 publicó *Árboles de Buenos Aires*, un libro de poemas que es una lujosa biografía botánica de la ciudad, ilustrado por fotografías de Aldo Sessa, un conocido fotógrafo argentino. Decía que se había criado en un jardín. Le gustaba armar ramos: «Con cuatro limones secos y espigas secas y ramas del jardín hacía ramos estupendos. Pero cuando nacieron los nietos dejó de hacerlos. Le pregunté por qué y me dijo que cuando hay niños en una casa no hay que tener nada muerto ni marchito», cuenta María Esther Vázquez.

Le gustaban las tumbergias, las violetas y los jazmines. Probablemente haya escrito más poemas sobre flores y árboles que sobre cualquier otra cosa o tema. Pero no le gustaba la primavera. La llama «inmunda» en un poema de su libro *Amarillo celeste*. «Cortás una flor y está llena de bichos, la llevás a tu cuarto y se te llena de hormigas. Además tiene demasiados adornos la primavera, carece de recato. A mí me gusta el otoño, las flores que tiene el otoño; tiene colores, es más plástico, más delicado. La

primavera es como una persona muy rica que se pone todas las alhajas que tiene. En cambio en el otoño hay flores que se esconden.»

Silvia Catino, la directora, sube y baja escaleras, abre puertas e interrumpe clases para mostrar detalles: el timbre en el suelo de la habitación de Bioy, la puerta corrediza que comunicaba las habitaciones de la pareja («los chicos siempre me preguntan por qué dormían separados y yo les invento diferentes cosas, que era la costumbre de la época, por ejemplo»), la escalera al costado de la mansión por la que «escapaba» Bioy para encontrarse con sus amantes de la playa. La directora cuenta que en el jardín había espléndidos jarrones, enormes, que no se conservan.

—En realidad, no se conserva casi nada. Nada más un mueble de cocina, que está en el sótano.

—¿Cuando llegaron no había nada?

—La casa estaba semiabandonada desde 1974. Pasaban fines de semana algunos parientes, según tengo entendido, y se fueron llevando cosas. También se tuvieron que arrancar los tapices, porque entró la hiedra.

Fue a mediados de los años setenta, en efecto, cuando Silvina Ocampo decidió que no volvería a Mar del Plata. Ella adoraba el mar. Para dormir pensaba que su casa era un barco; decía que esa era la forma más hermosa de viajar. En 1946 había escrito en Mar del Plata, y en menos de un mes, un libro en colaboración con Bioy, el policial de enigma *Los que aman, odian* (Emecé). Todos los escenarios del thriller —que tiene un final muy ocampiano, con niño perverso incluido— son marinos: los cangrejales de la boca del Río Salado, un hotel parcialmente sepultado por una tormenta de arena. Escribe Bioy en el breve prólogo a *Los que aman, odian*: «Nosotros nos quedábamos en Mar del Plata hasta el final del verano, cuando ya no había casi nadie, y en ese final de la estación empezamos y terminamos la novela. El método de trabajo fue muy parecido al que empleábamos con Borges: inventábamos episodios, alguien proponía una solución y yo escribía. Quisiera agregar que nunca hubo una discusión ni una pelea, ni con Silvina ni con Borges. Reconocíamos enseguida cuál era la mejor frase para el texto y la aceptábamos sin discusiones... En cuanto a la originalidad de la novela, solo puedo decir que Silvina tenía una originalidad inevitable y que era un placer trabajar con ella. La verdad es que lamento no haber

escrito otro libro con Silvina.» Cuando se publicó, nadie, absolutamente nadie, reseñó *Los que aman, odian*, precursora de la novela policial argentina.

Silvina disfrutaba de los veranos en su magnífica casa, iba todos los días a la playa, sus fotos en bicicleta sobre la arena la encuentran radiante, hermosa, con su *sweater* blanco y las piernas magníficas al sol. En una carta enviada desde Mar del Plata en 1941 le escribía a su amigo Pepe Bianco: «¡No te imaginas lo que siento no poder mandarte mañanas enteras en este sobre!: por ejemplo, la mañana de hoy. Había bandadas de mariposas en la playa, muchas se quedaron muertas en la orilla del mar. Al principio creí que eran sucios papeles de chokolatines y de sándwiches (...) pero eran verdaderas mariposas desteñidas por el viaje. ¡Inspiraban ternura! Sin embargo nadie se enterneció ni se asombró. ¿No es asombroso bañarse en el mar entre mariposas? ¿Caminar en la orilla de un mar sobre mariposas? ¿Comer sándwiches con mariposas, respirar mariposas?»

Y, sin embargo, dejó de ir y jamás volvió. Jovita Iglesias da su versión en *Los Bioy*: «Una vez después de bañarse, Adolfo salió contracturado y le ordenaron guardar cama. Como ya no podía bañarse en el mar y ninguno de los dos –Jovita se refiere a su marido, Pepe– nos obedecía, Silvina dijo, entrados los años 70, que ella arreglaría todo muy fácil; juró que no volvería a Mar del Plata. Y cumplió su promesa.» Pero hay otra posibilidad. Silvia Renée Arias, periodista que escribió *Los Bioy* junto a Jovita Iglesias, dice, consultada hoy sobre el abandono de esta casa: «Silvina era muy miedosa. Le tenía miedo a casi todo, según me confió Bioy, y más tarde también Jovita, y es fácil imaginar el terror que sentía en aquella época de secuestros y desapariciones. ¿De qué lado? Del que fuera.» Y Eduardo Paz Leston, traductor, crítico, amigo, cuenta cuando se le pregunta sobre estos miedos: «En la época del tercer peronismo creo que fueron amenazados por una persona que trabajaba para ellos transitoriamente. Entonces Silvina empezó a tener miedo. Era real el miedo. Tenía miedo de que le pasara algo a Bioy, que no era miedoso. Si le pasaba algo a él, Silvina se moría.»

En los años setenta, Argentina vivía años de violencia política. Algunas organizaciones armadas cometieron secuestros para, con el dinero del rescate, financiarse. Como los secuestrados eran empresarios ricos, los

secuestros también tenían su carga ideológica. Es muy poco probable que cualquier organización armada intentara secuestrar a Adolfo Bioy Casares, que, por otra parte, no era tan rico, pero Silvina, miedosa y antiperonista, probablemente temía que el peronismo armado secuestrara a su marido como emblema de la aristocracia: después de todo, la posición política de su familia y sus amigos era muy clara. Pero, más allá de estas especulaciones, sus miedos parecen producto de cierta paranoia.

Silvia Catino, la directora del colegio, baja al sótano y allí, entre computadoras y estantes con libros, cuenta su secreto.

—Dicen que acá había un túnel. Un túnel que unía esta casa con la de Victoria. Lo tapiaron cuando en 1980 Villa Victoria fue donada a la UNESCO.

—No parece haber rastros.

—Pero tengo un testigo. Jorge. Una vez pasó por la puerta del colegio, yo estaba afuera, y me contó del túnel. Me dijo que lo vio, que estuvo ahí porque su madre fue una vez contratada para un evento en la casa y el catering, digamos, era en el sótano. Y estaba el túnel. La mamá se llama Aurora. No sé nada más. Estoy esperando que vuelvan a pasar, que me lo confirmen.

Es posible que ese túnel existiera. Las casas solían estar conectadas por la superficie, por un sendero que la municipalidad de Mar del Plata respetó en vida de Victoria y que cerró a su muerte, y que ahora es la calle Quintana. Ese sendero se usaba en una sola dirección: Victoria Ocampo nunca iba a Villa Silvina, porque no quería ir a la casa de su cuñado. Silvina iba a tomar el té algunas tardes. Cuando no tenía ganas, decía que no iba porque «la puertita estaba cerrada». Se refería a la puerta entre las casas, simple, baja y de hierro, que incluso se podía saltar. En rigor, nunca podía estar «cerrada». Apenas, a veces, se le ponía un candado simbólico. No era siquiera una excusa: era un chiste que Victoria solía tomar muy mal. Tampoco coincidían en la playa: Victoria llegaba por la mañana, Silvina llegaba cuando su hermana ya se iba. Escribe Bioy en sus *Memorias*: «Queríamos llegar a la playa a las 11, a veces llegábamos a la 1. A las 3 y media o 4 almorzábamos en casa. A las 7 tomábamos el té. A las 10 y media comíamos.» Las dos solían ir muy abrigadas a la playa, porque tenían

miedo de enfermarse. Aunque hay fotos en las que se ve a Silvina sentada con su traje de baño y sus anteojos blancos, muy erguida bajo su carpa, en la playa también se desataban sus miedos, sobre todo con su hija Marta. Escribe Jovita: «Ellos tenían su carpa en Lobo de Mar o Barranca de los Lobos, más allá del Faro. En pleno verano recuerdo que Silvina le ponía a Marta un sacón marinero, zapatos cerraditos, bufanda y gorro porque había sufrido de falso Krupp y la señora vivía aterrada. La dejaba bañarse pocas veces pero cuando lo hacía era una fiesta.»

Bioy dejó en sus *Memorias* fragmentos de la vida cotidiana en Mar del Plata. En su caso, los días estaban llenos, como casi en todos lados, de mujeres: «Por nuestra tendencia a “irnos quedando” en los lugares, nunca partíamos a Mar del Plata, como deseábamos, en diciembre; ni siquiera en los primeros días de enero. Desde allá mis amigas me reclamaban, por carta y por teléfono. Yo alegaba inconvenientes circunstanciales, las más veces, lo confieso, enfermedades de Silvina... En Mar del Plata yo debía distribuir mañanas y tardes entre una y otra amiga; o entre amigas y Silvina. Llevábamos dos automóviles, para que Silvina no me necesitara para ir a la playa o a comprar cosas al centro. En Mar del Plata inicié muchos amores; con otras preparamos allí lo que se cumpliría después en Buenos Aires... Solía quedarme hasta mayo. Desde Buenos Aires los amigos me reclamaban... A veces las amigas querían sacarme de la casa por la noche. Yo trataba de rehuirme porque Silvina se ponía ansiosa y porque trasnochar me dio siempre tristeza y miedo; quizá un sentimiento de culpa. A fin de temporada solíamos ir por la noche con Silvina al cine. Llevábamos con nosotros a una mucama. Ir al cine con Silvina no fue nunca para mí trasnochar... En Mar del Plata fui feliz. Con hambre uno comía, con placer nadaba y tomaba sol. No sé por qué sentía que allá hacíamos el amor prodigiosamente, como si el sol y el mar dieran un tono épico a nuestros cuerpos. En Mar del Plata escribí buena parte de *El sueño de los héroes*, inventé los cuentos de *Cavar un foso* y *El gran serafín*, empecé el *Diario de la guerra del cerdo*.»

A esta casa llegó un día una perra rescatada de la calle, Diana, una ovejero alemán, compañera de los últimos años de Silvina, que sus amigos

recuerdan como horrible y apestosa, y a quien su dueña adoraba como si se tratara de la diosa con cuyo nombre había sido bautizada.

En sus *Memorias*, Bioy no deja constancia de qué escribió allí Silvina; quizá no lo sabía. Silvina nunca llevó un diario –ni personal ni literario–, y es difícil especificar dónde escribió sus relatos, que a veces pasaban por varias versiones y correcciones, que siempre publicaba a destiempo, que llevaba consigo a todas partes.

ELLA ERA MUY ORIGINAL

Lo primero que hace alguien que haya conocido a Silvina Ocampo, en forma profunda o superficial, no importa, es imitar su voz. De cabra, quebrada, la describen algunos; temblorosa o con ecos, dicen otros; gangosa, más apta para el francés que para el castellano. Hay una verdadera competencia por quién hace la mejor Silvina. «Edgardo Cozarinsky cree que a él le sale muy bien», dice Francis Korn, «pero Silvina hablaba como yo.» Entonces abre la boca y sale un sonido indefinible, entre tartamudeo y balido, de volumen bajo y tono irónico y quejumbroso, una voz rarísima, casi escalofriante en su mediumidad.

Lo segundo que hace alguien que haya conocido a Silvina Ocampo es contar su Anécdota Silvina. Todos tienen una. Todos se ríen como locos después de contarla. «Ella era muy original», solía decir Bioy Casares, tratando de ser caballeroso, elegante, tratando de no decir que su esposa era excéntrica. Desopilante, impredecible, graciosa, perversa: todos los adjetivos de la sorpresa perpetua. Decía Juanjo Hernández en una entrevista con Leila Guerriero: «Era... insólita. Se levantaba muy temprano, y una mañana, seis y media, me llama por teléfono y me dice: “¿Te desperté?” Claro que me había despertado. “No”, le dije, “no me despertaste.” “¿Estás solo?”

“Sí, estoy solo.” “¿Seguro?” “Sí.” Silencio. Me dice: “Ay, oigo como una respiración de león al lado tuyo.” “Ah, claro”, le digo, “lo que pasa es que hay dos camitas y una persona se quedó a dormir y ronca un poco.” Silencio. “¿Yo conozco a esa persona?” “No, no la conocés.” “¿Qué sexo

tiene?”, me pregunta. Y le contesto: “Silvina, ¿cómo supones que a una persona que se queda a dormir en mi casa le voy a preguntar el sexo? Es una descortesía.” Y escucho un aullido de placer ante esa respuesta.»

Un encuentro con Silvina podía ser surrealista, podía ser inquietante, podía ser juguetón. La escenógrafa Esmeralda Almonacid –que murió en 2011– le contó a Adriana Mancini en *Escalas de pasión* (Norma, 2003) cuánto le impresionó esa persona «grande» y aristocrática cuando la conoció en París: un adulto rico que no se parecía a ninguno de los adultos ricos acartonados que ella, una niña rica también, conocía: «Llegó un día inesperadamente de visita y nos invitó a mi madre a mi hermana María y a mí a hacer un paseo con ella. Tomó un taxi al bajar porque vivíamos en un apartamentito en París y tomamos rumbo al Bois de Boulogne. ¡Era tan sorprendente! Nosotras éramos chicas, la gente grande era gente grande para nosotras, pero esto era totalmente anormal. Silvina empezó desde atrás del coche donde estaba sentada a decirle al chofer mientras estábamos en el bosque: “¡À droite! ¡À gauche!” Ella quería tomar los caminitos pero siempre que decía “à droite” el camino estaba “à gauche” y al revés. Nosotras que éramos chicas decíamos pero qué es esta fantasía y estábamos en un grado de inquietud y fascinación que no conocíamos. El chofer que cada vez se ponía más furioso y ella más contenta, porque en la medida que el señor se enojaba más le decía “à droite” y el señor le decía sí y no había nada, había un árbol, había que girar bruscamente hacia la izquierda.»

El periodista y novelista Marcelo Pichon Rivière recuerda la perpetua extrañeza de la relación entre Silvina y la comida: «Un día, a eso de las siete de la tarde, fueron a visitarla Enrique Pezzoni y Edgardo Cozarinsky. Cuando se hizo de noche y los dos amigos clamaron por comida, ella dijo que no había nada para cocinar y trajo unas mandarinas. De repente, le tiró una a Enrique, quien la atajó y se la volvió a tirar. Así, de repente, mientras no dejaban de hablar como si nada sucediera, siguieron las atajadas y las mandarinas que volaban por el aire. Eso era un encuentro con Silvina.» Esa noche, presumiblemente, no comieron. Otra noche, recuerda Marcelo, Silvina estaba tan fascinada con el resultado de sus experimentos culinarios que tenía arrebatos líricos levemente asquerosos: «En el comedor del departamento de la calle Posadas, mientras servía con suma formalidad un

soufflé de queso y se dejaba envolver por el cálido aroma de la bandeja humeante, dijo con paródica sensualidad: “Qué ganas de meter la cabeza adentro.”»

Silvina se escondía, a veces bien, a veces torpemente, de las visitas. Dice la leyenda que durante años grabó secretamente las conversaciones de sus visitantes con algún grabador oculto en el departamento de Posadas. Se hacía negar con frecuencia y no era nada discreta. Recuerda Sylvia Molloy en su artículo «Para estar en el mundo»: «Poco antes de publicar mi primera novela tuve una conversación con Silvina. La llamé en cuanto llegué a Buenos Aires, como de costumbre, y me invitó a tomar el té a su casa al día siguiente. Cuando toqué el timbre la mucama que me atendió me miró extrañada. Era claro que no se me esperaba y que Silvina se había olvidado. La mucama me hizo esperar en el vestíbulo y desapareció en la cocina. Desde allí me llegaron fragmentos de una conversación agitada, en la que reconocí la voz de Silvina: “Vos entrá dentro de diez minutos y decí que me busca una persona.” Planeaban la estrategia para deshacerse de mí. Luego cesó la conversación y entró Silvina, distraída. Al verme le cambió la cara. “Ah, pero eras vos”, me dijo, casi con un tono de reproche, como si yo tuviera la culpa de la mistificación que acababa de tramar. Y luego, en dirección a la cocina: “Está bien, no hay que hacer nada.”»

También citaba a sus amigos y cuando llegaba el momento del encuentro desistía, se asustaba, se arrepentía. O bien organizaba encuentros fuera de su casa, en sus paseos fetiche. Cuenta Edgardo Cozarinsky: «Superadas las primeras invitaciones a comer en la calle Posadas, empezamos a encontrarnos en otros lugares, generalmente inesperados para mí, y que suscitaban en ella no sé qué asociaciones: por ejemplo, el Rosedal de Palermo. Allí llegué una tarde de primavera a eso de las seis y la vi charlando animadamente con un hombre enfundado en un impermeable sucio y gastado. Vacilé en acercarme, pero al verme ella me saludó con una sonrisa y me llamó con un gesto. Me presentó como un joven escritor; el hombre, que no tardó en retirarse, fue presentado como “el exhibicionista del Rosedal”. Una vez solos, Silvina me explicó que él le tenía miedo: “La primera vez que se abrió el impermeable le pedí que esperara un momento y me puse los anteojos.”»

Los perros y las cucarachas la obsesionaban. Especialmente Diana, la perra rescatada de la calle en Mar del Plata, que se convirtió en su locura y hasta su musa: «Yo tengo un poema a Diana, que era mi perra. Me gusta porque lo he escrito con mucha emoción, pero tengo que buscarlo en algún cajón. Pero un cajón es una de las cosas más lejanas que hay en el mundo», le contó a su amiga Noemí Ulla.

Solía sacarla a pasear con Jorge Torres Zavaleta, que recuerda especialmente la poca gracia, el mal humor y la pestilencia de la perra: «El pelo era áspero, y quizás por algún producto químico, o porque a Silvina raras veces le llegaba el momento de bañarla –decía que la perra estaba enferma de los bronquios–, emitía un aroma, fuerte y nada aristocrático. Los ojos eran opacos. No tenía ninguna de las características más simpáticas de los perros; a pesar de su mal carácter era apática; en realidad, era casi budista hacia todo lo que no fuera su dueña. Cuando Silvina la llamaba, Diana respondía con movimientos desgastados de la cola; a los demás, ni eso. Silvina se preocupaba por la perra: la sacaba a pasear tempranito, a las siete de la mañana, se preguntaba si estaría comiendo bien, le atribuía caprichos inauditos y, en suma, la convertía en una excusa para la fabulación y los inventos más desorbitados. Un mediodía estábamos caminando por la calle frente a la casa, y Diana iba delante de nosotros, como drogada. “Me tiene muy inquieta”, dijo Silvina. “¿Y por qué?” Con tono de reproche Silvina respondió: “¿No ves que tiene la cola muy torcida?” Y como le pareció necesario aclarar el concepto, agregó: “Cuando está enferma, se le tuerce.” Y al rato completó: “Cuanto más enferma, más torcida.”» También soñaba con perros, según le contó a Noemí Ulla: «Una vez soñé con un chiste, tenía mucha ternura. Era mi perro más querido, yo estaba con él en el sueño, en la calle, y veía un señor al que le decía yo: “Mi perro conoce todas las sinfonías y las tararea.” El señor se mostró muy interesado y quiso oír. Yo le dije al perro que tarareara la Cuarta de Brahms. El señor se acercó bien y dijo “Pero qué bajito se oye.”»

Las cucarachas pululaban por el departamento de Posadas. Silvina aprendió a convivir con ellas. A veces las usaba, también, para hacerse negar, para esconderse. Cuenta María Moreno: «En una ocasión, para explicarme su tardanza en abrir la puerta del departamento, me dijo: “No

escuché el timbre. En esta casa los sonidos son tan bajos como las voces que escuchaba Juana de Arco. Deben ser las cucarachas las que ensordecen el timbre.” Me sumergí en una prolongada y detallista digresión acerca de la variedad, insistencia y capacidad de adaptación de la cucaracha unida a su apariencia de eternidad. Se me acercó con afectada complicidad y, bajando la voz, me dijo: “La cucaracha es el Ser.” Cuando Silvina veía correr las cucarachas por las paredes de la cocina, una carrera habitual, solía decir: “Habría que ponerles camisón.”»

Escribe Sylvia Molloy en su artículo «Para estar en el mundo»: «Eran conversaciones en apariencia desordenadas, *à bâtons rompus*, como hubiera dicho su hermana o acaso ella misma pero que recordadas retrospectivamente adquieren –como todo lo que tocaba Silvina– un profundo e inesperado orden, una innegable razón de ser. Aquella tarde le conté a Silvina que estaba por salir mi novela y me preguntó con esa inconfundible enunciación suya cómo se llama. “*En breve cárcel*”, le dije. Se quedó pensando ladeando la cabeza con un gesto muy suyo: “No me gusta”, fue el dictamen. Molesta, le contesté que a mí sí me gustaba y que además era demasiado tarde para cambiarlo. Por otra parte, le dije, pretensiosa, es una cita de Quevedo. “¿Cómo me dijiste que era el título?”, me dijo al rato. “*En breve cárcel*”, le contesté secamente, ya bastante irritada. “Ah”, me dijo, “yo había entendido *en breve cáncer*.” No es que “en breve cáncer” le pareciera un disparate; simplemente no le gustaba. Y me lo decía. Había logrado desinflar tanto mi ego como mis pretensiones literarias, no para ponerme en mi lugar, como se dice vulgarmente, las maniobras autoritarias eran del todo ajenas a Silvina, sino para hacerme ver otras posibilidades, nada más, con esa simplicidad que era una de las formas más complicadas, acaso la más implacable, de su irreverente inteligencia.»

MI VIDA NO TIENE NADA QUE VER CON LO QUE ESCRIBO

Como sucede en torno a muchos otros aspectos de la vida de Silvina Ocampo, hay una discusión –y un mitoalrededor de cómo fue recibida su obra literaria mientras ella estaba viva. Adriana Mancini sostiene en su

artículo «La literatura del dudar del arte» (*Historia crítica de la literatura argentina*, volumen 9, Emecé, 2004) que su obra fue dejada de lado, puesta, si no al margen, al menos en un sitio tangencial. Escribe: «El primer libro de Ocampo, *Viaje olvidado*, fue publicado en 1937 por Sur, editorial fundada por Victoria Ocampo; el último, *Cornelia frente al espejo*, fue editado en 1988 en España por Tusquets. Entre estas dos fechas aparecieron, interrumpidamente, sus otros libros de cuentos y de poemas, obras en colaboración, antologías editadas tanto en el país como en el extranjero, traducciones de sus cuentos al francés, al italiano, al alemán, al inglés. Sin embargo, este itinerario colmado no se corresponde con el escaso interés que su obra despertó en los críticos hasta la década de los setenta ni con el desconocimiento del público hasta fines de los noventa, momento a partir del cual todos sus libros de cuentos, algunos de ellos inhallables durante muchos años, fueron reeditados por la editorial Emecé. Las razones que pretenden justificar la atención tardía hacia una autora que deslumbraba a los jóvenes poetas y escritores de su reducido grupo de amistades –Wilcock habría comparado a Ocampo con Borges– se fundan, principalmente, en la construcción de una imagen eclipsada por las figuras dominantes de la cultura argentina; se sostienen en la práctica de una vida recoleta amparada en el misterio pero también en la irreverencia; se motivan por una literatura que desde sus comienzos desafía con descaro la estética vigente.»

No es la única que lamenta la falta de reconocimiento. Su amigo el periodista y escritor Marcelo Pichon Rivière escribía en 1974, en la revista *Panorama*: «Es de esperar, ahora o en un futuro próximo, que este milagro –el éxito de Bioy y Borges– incluya también a Silvina, sería un mínimo acto de justicia porque es incomprensible que aún no se hable de ella como de una gran escritora.» Y un año después, en la misma revista: «Es la única del grupo Sur que no ha sido tocada por la fama... *Autobiografía de Irene*, libro fundamental de la narrativa argentina, es escasamente conocido; su último libro de cuentos, *Los días de la noche*, mereció el mismo tratamiento, una abrumadora indiferencia.» Pero su albacea Ernesto Montequín cuestiona esa idea de la «abrumadora indiferencia».

En un bar de la calle Corrientes, interrumpido por el ruido atronador de

una máquina de café, Montequin —que pasa muchas horas en el departamento céntrico donde se guardan los papeles de Silvina Ocampo— afirma que esa indiferencia es supuesta:

—La idea de que sus obras se perdían en un limbo de indiferencia general es parte de ese mito tenaz que se urdió en torno a Silvina, con la colaboración de ella misma. Es cierto que algunos libros fueron más comentados que otros, pero las reseñas no son escasas.

Como ejemplo, apunta a las reediciones, a su cargo, de la obra de Silvina en la editorial Lumen. Al azar, elige *Los días de la noche*. Allí, al final, hay reseñas bibliográficas a la primera y la tercera edición, y puede leer que Blanca Rébora reseñó el libro en el diario *Clarín* el 28 de enero de 1970, y que Norberto Soares hizo lo mismo en *Primera Plana* —la revista más prestigiosa de ese momento— el 15 de diciembre de ese año.

—En todas las reediciones incluyo las reseñas. Pero en 1984 la editorial Celtia publicó *Páginas de Silvina Ocampo seleccionadas por la autora*, y ahí no solo elige ella los cuentos, sino que el prólogo es de Enrique Pezzoni, posiblemente el crítico más importante que haya tenido la Argentina, y que era su íntimo amigo. Y, al final, incluye reseñas.

El apartado de las reseñas en esta antología lleva por nombre «Juicios críticos», y hay varios fragmentos de reseñas, sin fecha ni título. La de Jorge Luis Borges dice: «Silvina Ocampo es una poeta, uno de los más grandes poetas de lengua española, tanto de este lado del Océano como del otro.» La de Antonio Pagés Larraya, académico, becario Guggenheim, ensayista, poeta, es sobre *La furia* y dice: «Artista sensible, Silvina Ocampo descubre hasta dónde nos rodea lo monstruoso y lo irreal»; la de Juan José Hernández dice: «Ahora podemos aventurar una explicación sobre el paradójico sistema de valores morales de Silvina Ocampo: su horror por lo convencional; su indiferencia y a la vez su atracción por el bien y el mal en sus cotidianas, caprichosas encarnaciones.»

—Está bien, pero ¿puede ser que el reconocimiento haya sido tardío?
Montequin no está seguro.

—Ella no era una escritora popular, pero era muy tenida en cuenta. Con *La furia* ganó el Premio Municipal de Literatura. En 1960, Abelardo

Castillo le dedica a ese libro una reseña en *El grillo de papel*. No es una reseña buena, pero demuestra que se la tenía en cuenta.

El grillo de papel y *El escarabajo de oro* fueron dos revistas que marcaron la vida literaria argentina entre 1959 y 1974, ambas dirigidas por el escritor Abelardo Castillo, uno de los cuentistas más importantes del país. Su proyecto era heterodoxo y latinoamericano. Castillo escribe: «La autora, sin duda, escribe bien, tiene un estilo particularmente elegante, puede ser astuta, pero no articula con exactitud el riguroso mecanismo del cuento. El círculo mágico, la inventada realidad donde un narrador introduce al que lee, obligándolo a creer en resucitadas, horlas o pescadores sin sombra, esa que angustia en Kafka y escuece en Chéjov: la atmósfera del relato, no aparece aquí. Hay, es verdad, una constante tenebrosa, malvadísima, una suerte de frívolo draculismo que se repite en todas las historias, pero la frivolidad no es intensa.»

La crítica es demoledora; la acusación: falta de profundidad, frivolidad. Sin embargo, casi al mismo tiempo, en *La Nación*, Tomás Eloy Martínez – más tarde autor de *Santa Evita*, entonces uno de los críticos más prestigiosos de la escena– le dedica una reseña elogiosa: «*La furia* es una de las colecciones más intensas que ha dado el país... Una primera lectura de *La furia* puede suscitar malestares, cambios de ánimo, deslumbramientos. Ciertas frases, alguna sola palabra violenta desencadenan entonces el estupor y la inquietud física.»

Todo eso significa que se la tenía en cuenta: se la leía, y era reseñada por las firmas más prestigiosas del país. Entre 1974 y 1991 publicaron selecciones de cuentos y poesía de Silvina Ocampo autores y críticos como Borges, Italo Calvino, Enrique Pezzoni, Edgardo Cozarinsky, Pepe Bianco, Matilde Sánchez, Noemí Ulla. Escribieron extraordinarios textos sobre su obra Alejandra Pizarnik, Enrique Pezzoni, Edgardo Cozarinsky, Sylvia Molloy. ¿Por qué el mito de la indiferencia, entonces? Quizá porque la obra de Silvina Ocampo coincidió en el tiempo con la publicación del trabajo de las más exitosas novelistas argentinas, muy populares y best-sellers todas ellas: Silvina Bullrich, Beatriz Guido y Marta Lynch. Estas escritoras, que no terminan de ser rescatadas por la crítica, a diferencia del lugar de enorme privilegio académico con el que cuenta hoy Silvina Ocampo, vendían

decenas de miles de ejemplares. Silvina Ocampo no: su literatura llegaba a un campo más pequeño de lectores. Con los años, quizá injustamente, aquellas escritoras languidecen en mesas de saldo, mientras Ocampo cuenta con lujosas reediciones. Los motivos de estos vaivenes son muchos y complejos. Se sabe, sí, que a Silvina Ocampo le hubiera gustado que su obra fuese más popular. En cartas a su amigo Manuel Mujica Láinez, el autor de clásicos argentinos como *Misteriosa Buenos Aires* o *Bomarzo*, le escribe el 12 de diciembre de 1973: «No sé si te conté del éxito de mi libro en Italia, éxito de crítica y de lectores: hasta el mismo Eiuadi me escribió una carta para anunciármelo. Pero ese éxito es como una pompa de jabón cuyo brillo no llega hasta aquí. ¿Por qué tengo tan poco éxito en mi país? ¿No es injusto? Vos darás una explicación.» Y el mismo mes, sin vergüenza alguna, le dice que quiere ser exitosa: «Te confieso que no me desagradaría ser vendida en los quioscos como lo fui en Italia. Por ejemplo me encantaría que un perro me lea de vez en cuando y moviera la cola como cuando devora algo que le gusta. ¿Qué es el éxito? Saber que uno ha conmovido a alguien. Es claro que cuando te conmuevo a vos, siento que es ya la gloria, algo muy importante que influirá sobre la historia de la literatura, ¡aunque todo lo póstumo me harte!»

En estas cartas, Silvina Ocampo no se lamenta de su falta de reconocimiento crítico: se lamenta de no tener éxito. En una época en que existían verdaderos best-sellers argentinos, es una queja comprensible. Aunque también es cierto que Silvina no estaba dispuesta a hacer lo necesario para ser realmente «famosa». No iba a presentaciones ni a la radio (aunque alguna vez grabó, para que fuera emitido en un programa, alguno de sus poemas, pero se trata de una excepción), ni a la televisión, ni daba conferencias. No le gustaba salir. Si tenía que ir a un evento público por obligación, se quedaba aparte, callada. «No soy sociable, soy íntima», decía. A lo mejor esperaba que su vida como reclusa causara curiosidad y, como suele suceder con las personalidades misteriosas, aumentara su fama. Pero no es posible saberlo. Y aunque era complicado entrevistarla —a veces se hacía negar, no le gustaba el grabador, quería corregir las entrevistas o hacerlas solo por escrito—, recibió a muchos más periodistas de los que su fama de reclusa admite, y posó para fotógrafos también mucho más de lo

que su fobia a la imagen supone. Pero era decididamente la menos mediática de los escritores de su generación.

Diez años después de aquella carta a Mujica Láinez, Bioy Casares anota en su *Borges* cierta molestia de Silvina por no estar traducida. El 15 de enero de 1982 escribe: «A Silvina, a quien estuvo ayudando últimamente a corregir las traducciones de Jason Weiss, al inglés, de sus cuentos, Borges le dice severamente: “No sé por qué te interesa tanto que tus libros se traduzcan.” Tal vez tenga razón, pero es un poco cruel decir eso a Silvina. Ningún libro de Silvina fue traducido al inglés. Sobre todo, no parece bien recomendarle este tipo de discretismo cuando los libros de uno fueron traducidos a todas las lenguas y cuando uno viaja de una universidad a otra para que lo doctoren honoris causa.»

Judith Podlubne, otra académica que ha dedicado gran parte de sus investigaciones a Silvina Ocampo, explica, cuando se la consulta puntualmente sobre esta cuestión de la indiferencia, la crítica y el éxito:

—Cuando los libros de Silvina Ocampo se publicaban, ¿cuáles eran las dificultades de la crítica para leerla?

—Hay que tener en cuenta que Silvina publica su primer libro de relatos en 1937 y el último en 1988. Es decir, su narrativa recorre prácticamente el desarrollo de la crítica literaria argentina a lo largo del siglo xx y hay que leer sus desencuentros (y también sus encuentros) en el marco de esas modulaciones. Se me hace imposible conjeturar causas simples y unívocas para ese itinerario de distancias y acercamientos. Pero hay un momento inicial (y potente) de ese desencuentro que es el que se lee en la reseña de Victoria Ocampo a *Viaje olvidado*. Me parece que Victoria Ocampo se equivoca con mucha inteligencia en ese texto. La irritación que el libro le produce la vuelve muy sagaz en la lectura. Señala como defectos los que, podría decirse, serán los valores que inventa la narrativa de Silvina Ocampo y a partir de los cuales exige ser leída. Ese primer libro no solo es reseñado en *Sur*. José Bianco se ocupa extensamente del libro en la página «Libros y autores de idioma español» que editaba para *El Hogar*, y Oscar Bietti publicó una nota en la sección «Letras argentinas» de *Nosotros*. A estos comentarios hay que sumarles el pequeño ensayo «La literatura del Dudar

del Arte» que Macedonio Fernández dedicó a la autora en el último número de *Destiempo* (diciembre de 1937).

–Entonces fue tomada en cuenta desde el principio, incluso por fuera de *Sur*.

–Sí, pero hay dos momentos. El otro momento en la historia de la recepción de su obra es el que se produce con el primer gran encuentro con lectores especializados. Digo «gran» no porque haya sido un encuentro muy resonante, ni porque cambiara las condiciones de lectura de esta obra, sino porque son lecturas que se dejan atravesar por el «acontecimiento Silvina Ocampo» en el instante mismo en que se está produciendo. Lecturas que hoy son lecturas clásicas, a las que hoy seguimos recurriendo, con las que seguimos dialogando. Me refiero a los textos que, entre fines de los sesenta y principios de los setenta, escriben Alejandra Pizarnik («Dominios ilícitos», *Sur*, 1967), Sylvia Molloy («La exageración como lenguaje»), Edgardo Cozarinsky (la introducción a la antología «Informe del cielo y el infierno») y Enrique Pezzoni («Silvina Ocampo: orden fantástico, orden social», 1984). Estos textos hay que leerlos en contraste con otras lecturas sobre Silvina Ocampo que se están produciendo en esos años y de las cuales la reseña demoledora que Abelardo Castillo publica en *El grillo de papel*, cuando se publica *La furia y otros cuentos*, es un caso ejemplar. Ese contraste muestra que en el encuentro entre la literatura de Silvina Ocampo y las lecturas de Pizarnik, Molloy, Cozarinsky y Pezzoni se desencadena lo que llamo «una nueva forma de la sensibilidad crítica en la Argentina». Una forma renuente a los emblemas culturales y los fetiches ideológicos de una época, dispuesta a dejarse afectar por la rareza impar de la experiencia literaria. Una forma de sensibilidad que, permeable al carácter irrepetiblemente «ambiguo», «extremo», «exagerado», «excesivo» de esta narrativa, se dejó afectar por el acontecimiento Silvina Ocampo.

Lo cierto es que hoy Silvina Ocampo es un verdadero fetiche de la academia, que le dedicó innumerables trabajos críticos, y aunque sigue sin vender mucho, se ubicó en el lugar de la Gran Escritora Argentina, casi sin contendientes. No solo se consigue casi toda su obra, sino que gracias al trabajo de Ernesto Montequín están apareciendo textos inéditos –incluso una novela, *La promesa*– que, lejos de ser restos olvidables, demuestran que

Silvina escribió mucho, sin parar, durante toda su vida, y que toda su obra es igual de peculiar, extraña, graciosa, única. Decía Bioy Casares: «Silvina escribía como nadie en el sentido de que no se parece a nada de lo escrito y creo que no recibió influencias de ningún escritor. Su obra parece como si se hubiera influido a sí misma.»

Noemí Ulla cree que su obra pasó, durante un tiempo, por el tamiz del prejuicio ideológico en la academia. Dice, todavía un poco molesta: «Cuando yo la estudiaba, Silvina era tabú en la academia, exactamente al contrario de lo que sucede hoy. En ese momento no era leída ni respetada. Cuando publiqué mis libros sobre ella, la colección de ensayos *Inversiones a dos voces* de 1992 y *Conversaciones con Silvina Ocampo*, en 1982, hubo reacciones contrarias; en la Facultad no se leía a Bioy ni a Borges, y menos a Silvina, que no era tan conocida. Había que escribir o interesarse por la literatura comprometida, en términos sartreanos. Incluso salían notas en revistas de la Facultad criticándome por ocuparme de Silvina Ocampo. Hubo muchos desaires. En la universidad, la moda dictaba que se debía ser realista. La única corriente válida era esa. Las obras que uno debía admirar tenían que ser testimoniales. Me sentía muy asfixiada por esas imposiciones. Cuando estudiaba Letras, tanto en los profesores como en los estudiantes la censura consistía en prohibir a los escritores “puros”. Se debía ser muy valiente para leer a los autores de la “oligarquía”. Encima yo tenía, en política, un pensamiento progresista. Entonces era todo muy complejo.»

Noemí Ulla no tiene ganas de nombrar a esos compañeros de la universidad que la desairaron. Hoy, la literatura de su amiga –su propio objeto de estudio durante tantos años– es de las más valoradas en casi todos los ámbitos.

Ernesto Montequin dice que lo más difícil de ordenar en su archivo es, precisamente, el desorden. Que hay algunos textos mecanografiados y datados, pero que no son tantos. Y que hay muchos papeles sueltos. Silvina escribía en todo papel que encontraba y lo llenaba de texto: una receta de médico, un prospecto, una invitación. En cada papel, un poema o apuntes

para un cuento. «Yo no participé de la mudanza del departamento de Posadas, que fue muy vertiginosa porque lo tuvieron que vender rápido», cuenta Montequin. «Tiene novecientos metros cuadrados y tuvieron que levantarlo muy rápidamente sin demasiada previsión. Los muebles, los papeles, la biblioteca, fueron a parar a un depósito guardamuebles y ahí estuvieron un año y medio o dos años. La impresión que tuve al abrir las cajas fue que los papeles estuvieron en cajones que fueron vaciados. Silvina era muy desordenada. A pesar de que tenía secretaria perdía manuscritos dentro de su propia casa. Eran puros papeles sueltos: me llevaba mucho tiempo armar el original de un cuento, era como un rompecabezas; era como si hubieran arrojado las páginas al aire.»

Silvina, confirma Montequin, no llevaba diario personal ni literario. «Escribía muchos apuntes, algún recuerdo muy concreto, pero al menos lo que he encontrado en sus manuscritos siempre son borradores de textos de cuentos, de poemas y apuntes sueltos. No tenía el tipo de personalidad literaria para llevar un diario. Lo más cercano es *Ejércitos de la oscuridad*, un cuaderno de notas, una especie de diario poético donde consigna pequeños recuerdos, opiniones, argumentos, que publicamos en 2008 con Lumen.»

También, cuenta, era muy secreta con la escritura. «Decía: “Soy como los animales, escondo lo que más me gusta.” Por eso también retenía antes de publicar, tenía una sensación de mucha posesión y de pérdida cuando algo era publicado. De hecho, en los viajes a Europa solía llevarse los manuscritos en la valija. Su relación de posesión con la escritura era física. Le costaba entregar un original; incluso pedía a las editoriales que se lo devolvieran.»

Quizá los únicos escritores en quienes confiaba como editores eran Pepe Bianco y su marido. A Bianco le demostró su confianza cuando viajó a Europa en los setenta y lo dejó encargado de las pruebas de imprenta de *Los días de la noche*. Desde mucho antes lo tenía como confidente literario. Le escribió en una carta de 1941, cuando Bianco era editor de *Sur*: «Puedes anunciar mi poema para el próximo número de *Sur*, el único placer que me ha proporcionado es el de podértelo enviar. Aunque sea un poema pésimo tal vez me digas que es bueno y después de unos días descubrirás todos sus

defectos. Y yo que soy modesta dejaré de serlo y te insultaré levemente al oír tus críticas desfavorables. ¡No puedo escribir! Ya te darás cuenta al leer mi poema (y mi carta).» Y en diciembre de ese mismo año: «He escrito unos poemas que no puedo mostrármelos ni a mí misma. Son largos, son pesados, son horribles. Lloraría frente a ellos si pudiera llorar.» A su hermana Angélica también le cuenta tribulaciones de su trabajo. En 1949, le dice en una carta: «¿Por qué desde hace un tiempo todo lo que sucede en mi vida me sucede anacrónicamente? Si tengo muchos argumentos para mis cuentos, temas para escribir interminables poemas, no encuentro tranquilidad para escribirlos. Pienso sin embargo en días vacíos, tranquilos frente a las páginas blancas cuando hubiera dado mi vida por las imperfecciones de un argumento.»

Con Bioy la relación era más directa: él era su primer lector. Se mostraban lo escrito, lo comentaban. «No he abusado de la proximidad de Silvina, pero no he publicado nada sin mostrárselo», decía él. Y Silvina: «En general sigo sus observaciones pero a veces, cuando él me dice que debería eliminar un pasaje, o contar algo de otro modo, lo dejo tal cual y a menudo tengo razón.»

Montequin cuenta que encontró varios papeles de Silvina con sugerencias de Bioy: «Son siempre de forma, nunca de contenido. Hacía correcciones atinadas pero formales, de estilo. Algunas ella las aceptaba – después aparecen diferentes en otra versión –, pero muchas no las tomaba. Y a él lo escandalizaban ciertos cuentos. Silvina nunca cedía ante el estupor de Bioy ante alguno de sus relatos más retorcidos.»

Silvina pareció encontrar otro cómplice, lector, amigo y alma gemela en Juan Rodolfo Wilcock; en 1956 publicaron *Los traidores*, una obra de teatro irónica, lírica, que recrea un episodio de la historia de Roma y se ríe de varias tradiciones de la dramaturgia, burlas difíciles de detectar para quien no tuviera ni el humor ni la descabellada y copiosa formación literaria de Wilcock y Silvina. Decía ella: «Nos gustaba la historia romana, tan rara y actual, donde los protagonistas se aman y se detestan, nunca dicen lo que piensan y piensan cosas absurdas... Queríamos que la obra fuera leída como una tragedia conmovedora y al mismo tiempo cómica, de una gracia burda y un poco estúpida.»

—Con Wilcock tenían mucho en común, además de la amistad —dice Montequin—: usaban la ironía romántica, ese mirar los sentimientos sin sentimentalismo, una cosa muy inglesa, que compartían.

Pero cuando Wilcock se fue a vivir a Italia, en 1957, la distancia desgajó la amistad y la complicidad literaria. Wilcock la admiraba fervorosamente: «Silvina es un Borges, piensa y escribe como un hombre, es uno de los mejores escritores de la Argentina», decía, ignorando la corrección política y la carga machista de su elogio.

Con Borges, la relación como escritores era compleja. Silvina, Borges y Bioy recopilaron en 1940 la *Antología de la literatura fantástica* —pionera absoluta en Argentina y en Sudamérica—, y en 1941 la *Antología poética argentina*. Pero cuánto participó Silvina de la idea y las decisiones depende de quién cuente la historia. Ella se atribuía la idea completa de la antología fantástica: «Yo me entusiasmé con las antologías de cuentos de horror, cuentos policiales y fantásticos que existían en la literatura inglesa. Había muchísimas cosas de fantasmas y dije: “¿Por qué no hacemos una aquí, que no existe?” La idea salió de mí.» Pero Borges, años después, dijo en una entrevista: «Ese libro lo hicimos Bioy y yo, realmente ella ha colaborado poco.» Había cierta competencia, que queda clara en algunas entradas del *Borges* de Bioy; Silvina cuestionaba el criterio de Borges, como en la entrada del 20 de agosto de 1971: «Come en casa Borges. Le digo que hay un cuento (del concurso) comparativamente bueno. Silvina elogia tan enfáticamente que despierta resistencia en Borges. Tras leerlo, observa: “Es desproporcionado. Hay partes muy largas y otras demasiado breves.” Silvina: “Es a propósito.”» Borges critica, aunque levemente, a Silvina frente a Bioy, como puede leerse en la entrada del 7 de junio de 1958: «Borges: “A veces es muy verbal, casi una escritora francesa.”» Borges parece querer ofender a Silvina, que se hace la tonta. Dice la entrada del 1.º de julio de 1971: «Borges: ... Por ejemplo si encontrás en un libro una serie de títulos como La primavera, El verano, El otoño, El invierno, tenés la sospecha de que el autor empezó por el índice. Yo no digo nada pero mentalmente espero que no siga. Parece haberse propuesto hablar del libro en prensa de Silvina, *Amarillo celeste*, que lo escucha sin chistar.»

El juicio más famoso de Borges a la obra de Silvina Ocampo está

incluido en su prefacio para *Faits divers de la Terre et du Ciel*, la antología de cuentos de Ocampo que en 1974 publicó Gallimard. Escribe Borges: «Es curioso que sea yo, cuya manera de narrar consiste en retener solo elementos esenciales, quien presente una obra tan sabia, tan irisada y compleja y mesurada a la vez... En los relatos de Silvina Ocampo hay un rasgo que aún no he llegado a comprender: es un extraño amor por cierta crueldad inocente u oblicua; atribuyo ese rasgo al interés, al interés asombrado que el mal inspira en un alma noble.»

Quizá el crítico que desbarató con mayor lucidez este tramposo elogio de Borges haya sido José Amícola, que escribió: «El comentario de Borges sobre la crueldad sirve de documento para establecer qué poco había cambiado la consideración de la escritura de mujeres dentro de las empalizadas de la ciudad letrada hasta la segunda mitad del siglo XX. Borges parte de la suposición de que una joven de la alta burguesía no puede expresar nada que salga de los límites de la ternura y el amor... Pero el prefacio hace igualmente alusión a la divisoria de aguas entre sus propios relatos y los de Silvina, al acotar que los suyos se ciñen a lo esencial. Esta declaración permite leer entre líneas de qué modo también el otro aspecto incómodo de los textos que comenta Borges concierne a la presunta incapacidad de esta autora para dar expresión a las sublimes esencias del género relato, según la tradición de las plumas masculinas.»

Silvina Ocampo no dio clases de literatura y tampoco solía leer a escritores jóvenes, ni siquiera a sus amigos. Pero algunos recibieron inesperadas lecciones, como la que describe Edgardo Cozarinsky en su libro *Blues*: «Frecuentaba la sexta edición del diario *La Razón* cuya llegada esperábamos impacientes para abordar directamente las noticias de policiales. Saboreaba golosamente los eufemismos entonces usuales: “torpe atropello” o “incalificable atentado” por violación, “amoral” por homosexual, mujer “de vida liviana” por sexualmente activa. Me daba como ejemplos de economía narrativa y elipsis las volantas que seguían al título: por ejemplo, bajo “masacre en un cumpleaños” podía leerse “Vicente no quiso descorchar la sidra, dos muertos, siete heridos”. Ese periodismo

alimentó indirectamente mucho de sus cuentos.» También le dio improvisadas clases a Jorge Torres Zavaleta, que entonces tenía diecisiete años: «Íbamos, por ejemplo, por la plaza. Yo le mostraba un cuento recién hecho y ella me hacía entender que lo que más me gustaba era lo que estaba mal escrito. Con su voz, que daba ecos a cada una de sus palabras, me decía que todavía no me daba cuenta de que escribir daba mucho trabajo y una vez que le mostré varios cuentos, me dijo que era como si yo quisiera jugar al polo con tacos de croquet. A la vez, sugería alternativas, mientras me explicaba que las cosas que están mal escritas de entrada, adquieren una consistencia de piedra. También me decía que siempre hay que escribir en contra de algo; un defecto propio o una falla del cuento, y ahora supongo que también me quiso decir que la conciencia plena de una falla es lo único que permite disimularla y remontar esa corriente adversa, que muchas veces también es una característica del género específico que estamos intentando. Uno tiene que ser su propio antídoto, me decía Silvina a veces.» Otros se quedaron con las ganas o sencillamente la conocieron demasiado tarde, como Esther Cross, que la recuerda así: «Estábamos colaborando con Grillo della Paolera en un libro sobre Bioy que se llamó *Bioy Casares a la hora de escribir*; yo tenía veintiséis años. Él me insistió para que me animara a mostrarle a Silvina un cuento. Me dio una vergüenza terrible. Pero obviamente piqué. Una semana estuve eligiendo el cuento, corrigiéndolo. Lo pasé a máquina, debió haber sido en 1986. Cuando me animé y fuimos a ver a Bioy por el libro, la abordamos. Ella dijo que claro, que quería leerlo, que se lo diera, lo agarró, lo metió adentro de un libro de jardinería, guardó el libro en un estante, y se fue caminando al bias por el pasillo.»

Silvina tuvo una secretaria desde 1940 y hasta después de su muerte, porque Bioy le siguió entregando manuscritos para que los pasara en limpio. Se llamaba Elena Ivulich. Durante los cincuenta años de trabajo compartido, Elena nunca dejó de tratar de «usted» a Silvina Ocampo. «Ella quería que la tutease, pero yo lo prefería así», dice en *Las dependencias*, rodado poco antes de que Elena también muriera. Allí Elena cuenta el método de trabajo de Silvina: «Ella me pedía que le busque en el

diccionario tal palabra, me daba para que le copie lo que había escrito y en mis ratos libres le ordenaba la biblioteca. Yo le pasaba a máquina tal cuento o tal poesía y después ella lo volvía a corregir, yo lo volvía a copiar, ella lo volvía a corregir. El trabajo la ayudaba. Silvina Ocampo no demostraba lo que le pasaba dentro. A veces yo la veía seria pero me daba cuenta que no era conmigo personalmente, que algo le pasaba, pero ella se metía en el trabajo y se olvidaba.» Y después, algo melancólica, Elena dice: «Me gustaba lo que escribía la señora, pero no lo entendía del todo.»

Pero la que más habló de escritura con Silvina Ocampo fue Noemí Ulla, en sus *Conversaciones*. Le dijo: «Mi vida no tiene nada que ver con lo que escribo.» Le dijo que los actos más crueles de sus cuentos estaban tomados de la realidad, de las noticias o de cosas que le habían contado. Le contó que escribía muchas horas seguidas, y que el trabajo la descansaba. Le contó sus mecanismos: «A veces me meto en un cuento sin saber cómo va a terminar, me basta con una idea que me ha deslumbrado, un personaje que me ha gustado, una época, un país, cualquier cosa de ese tipo; pero otras veces pienso un cuento total. A veces lo armé casi en su totalidad y es peligroso porque vos lo tenés adentro tuyo y te parece que ya existe, que es un objeto sólido ya hecho, y es peligroso que lo cuentes o lo comentes –por lo menos a mí me sucede– porque después soy capaz de no escribirlo, porque ya vive fuera de uno.» Le dijo que creía en la inspiración: «Hay personas que dicen que no existe. Yo creo que existe. Uno la puede buscar desesperadamente. Si uno no está atento es capaz de perderla.» Le contó que estaba escribiendo siempre: «Cuando estoy inquieta por algo escribo poemas, porque no hay el problema del final y el principio. Escribo en papelitos y los pierdo, viciosamente. Cuando los encuentre, los publicaré. Los meto en cajones. Tengo como para hacer un libro de esos papelitos.» No solía nombrar a los escritores que le gustaban, pero le habló de Clarice Lispector y Djuna Barnes: «Ella vino a la feria del libro y quiso conocerme, yo no pude ir aquel día y lo sentí de verdad. Fueron unos amigos a Brasil y le dediqué unos libros para que se los llevaran a su casa. Era una mujer que tenía sentimientos que coincidían con los de una. Un poco caprichosa, mucha gracia. A mí me gustaba cómo escribía. Tenía esa cosa evanescente, que era su encanto. Leí una entrevista donde decía que no le interesaba

tener una gran fama de escritora; le interesaba su casa. También me gustó mucho un libro de Djuna Barnes *El bosque de la noche*. Cuando Enrique Pezzoni fue a Estados Unidos le pedí que la viera, pero ella estaba en una casa sumamente destruida, le contestó desde adentro y él no la pudo ver. Yo quería saber qué había pasado con ella, esa era mi urgencia. Sus libros no estaban ni en París ni en Londres. Ni siquiera sabían quién era. No tuvo éxito de ninguna especie.»

También le gustaba Julio Cortázar: lo conoció personalmente en 1973 y cuando Cortázar murió, diez años más tarde, escribió: «Julio era un escritor muy extraño y personal, libre de manías o de aceptación, y muy sensible. Ha tenido o tiene gran influencia sobre nuestra literatura, en el manejo de la primera y tercera persona me ha influenciado, lo que me está causando gran alivio. La muerte de Julio me parece una incongruencia, sus ojos tan separados el uno del otro tenían sin embargo una nostalgia (aunque se hablara de cosas materiales) de otro cielo, de otra literatura, de otro mundo casi palpable.»

SIEMPRE JUGUÉ A SER LO QUE NO SOY

A los ochenta y cuatro años, diecisiete años después de *Los días de la noche*, Silvina Ocampo publicó *Y así sucesivamente*. Durante esos diecisiete años previos, publicó poesía, cuentos para chicos y hasta una hermosa novela corta juvenil, *La torre sin fin*, un relato de iniciación sobre un niño encerrado en una torre por el diablo.

Y así sucesivamente, desde su extraño título, anuncia cierta continuidad inexorable de temas y obsesiones. Los monstruos como héroes: si en Silvina Ocampo la marginalidad –cualquier marginalidad– da un halo de heroísmo y prestigio, maldito a veces, también lo hace la deformidad. Son los seres subalternos con quienes se identifica, ella que nunca quiso el centro. «La música de la lluvia» está protagonizado por un pianista que toca con los pies un concierto inspirado en el agua; parece, dicho así, un cuento extraño pero es más que eso: es un cuento lleno de confusión y distorsión, angustiante en su humor crispado. Y luego están las metamorfosis: los

personajes mutan cada vez más, y cada vez más Silvina Ocampo quiere que sean otros. En «El automóvil», una mujer que ama los coches y las carreras se transforma en un coche; su amante, desesperado, busca el sonido de su motor por las calles de París en un final absurdamente conmovedor. En el literal «El sombrero metamórfico», quien se ponga el sombrero en la cabeza, si es hombre se vuelve mujer, y si es mujer se vuelve hombre. En «El rival» es un amante feo el que se transforma en jaguar. En «Las conversaciones» los personajes cambian de sexo durante el cuento, y en «Pier» se da el caso más obvio y estrafalario: la metamorfosis es el cambio de sexo, pero el que cambia es un objeto: un trapo.

Sin embargo, hay algo muy diferente en esta colección de cuentos. A cada rato, Silvina Ocampo se desentiende de la trama e irrumpe otra voz, comentando, pensando en voz alta. La persona narrativa es cada vez más irrelevante. E irrumpe con reflexiones que van de lo absolutamente desquiciado a lo serenamente filosófico. En «Pier», por ejemplo, escribe: «Hay cosas más preciosas que la carne y la prueba es que una mano no se come generalmente. Una mano nunca, ni aun cuando acaricia o castiga, se come. Pero esa misma mano, ¿sería comestible sin piel, cocinada?» Pero luego es reflexiva, calma, la voz de una anciana experimentada, no la de una anciana demente: «La soledad es una riqueza que el mundo ha perdido. Nadie quiere estar solo. La soledad se volvió agreste, hasta peligrosa. Antes, era el canto de los ruiseñores, era la brisa bajo los árboles; en un lecho era el coito, era el sabor de lo que iría a suceder mañana, tal vez pasado mañana, tal vez nunca. Ahora, ¿quiere que le diga lo que es? Es la bomba de agua que se ha tapado, es la corriente eléctrica que no funciona, es el teléfono que llama de parte de nadie o de un señor que podría llamarse el señor Amenazas, los pasos en las baldosas frías de un atrevido que entra a matar a alguien y se olvida que el móvil de un crimen es un robo y deja los armarios rotos con las cerraduras violadas.»

También, claro, hay perversiones sueltas. La compositora muerta de cuyo cuerpo, ya en el ataúd, sale una melodía; el deseo de ser violada en «En el bosque de helechos»: «Tal vez me enamoré de un gladiador, que después de violarme bruscamente me regaló un caramelo. No había caramelos en esas épocas pero, por costumbre, llamo caramelos a todo lo

dulce y pegajoso que hay en la naturaleza: un higo bien maduro, rojo como el corazón abierto de una niña.»

Un año después de *Y así sucesivamente*, en 1988, publicó su último libro de cuentos, *Cornelia frente al espejo*. Tenía ochenta y cinco años y ya sufría algunos síntomas de alzhéimer. Escribe Matilde Sánchez en «El etcétera de la familia», nota publicada en *Clarín* en julio de 2003: «*Cornelia frente al espejo* y *Y así sucesivamente* se caracterizan por su prescindencia olímpica de las mínimas convenciones literarias, como empezar y terminar el punto de vista en la misma persona. El largo relato que abre “Cornelia” es una obra teatral de un solo personaje desdoblado. Sus réplicas recuerdan alguna novela de Ivy Compton-Burnett y en algo a *Maldición eterna a quien lea estas páginas* de Manuel Puig. En los demás, tampoco queda mucho de trama y el relato se reduce al paso de una voz a través de un escenario. Voces en *off* en un bosque de helechos.»

«*Cornelia frente al espejo*» es uno de los relatos más hermosos de Silvina Ocampo, y uno de los más extraños. Cornelia vuelve a la mansión familiar para suicidarse, para envenenarse; allí recibe las visitas de una niña, un ladrón y un hombre que quizá venga a matarla, pero que se enamora de ella. No es muy importante el argumento. Lo que importa es ese diálogo de enorme belleza, cada línea una especie de confesión, un recuerdo de la infancia, una despedida: «Siempre jugué a ser lo que no soy»; «Qué absurdas son las personas respetables»; «Los muertos son muy sensibles. Sienten todo. Son más lúcidos que nosotros. Si usted les ofrece carne o vino no lo apreciarán, pero hágaless oír música o regádeles perfume y verá. Nunca están distraídos»; «Adoro el mar. Detesto las ceremonias, los cirios, las flores, el hervidero de oraciones. Soy mala. Nadie me quiere a mí». En el resto del libro, como dice Matilde Sánchez, hay gran desdén por la trama y la narración. Hay una mujer que habla, que está hecha de palabras, incluso cuando cuenta: «Del color de los vidrios» es un cuento fantástico-extraño sobre un hombre que hace una casa de vidrio para vivir dentro con su mujer. Llegan personas desde todo el país a ver la maravilla, pero no pueden ver la intimidad de lo que ocurre porque los vidrios, aunque transparentes, están a veces rajados y deforman, no muestran la verdad. El relato comienza con una reflexión de esa voz fantasmal que opina sobre sí misma y su escritura:

«Qué insulsos resultan los cuentos de *Las mil y una noches*, los policiales de Chesterton, los tan sensibles de Stevenson, los de Dino Buzzati –que no todos me gustan–, los de Kafka. ¡No! Los de Kafka nunca dejan de ser los mejores del mundo.» En el libro hay pequeños relatos convencionales (a la manera de Silvina): «Jardín del infierno», una variación de *Barbazul* donde la asesina es la esposa, o «Los libros voladores», donde los libros se multiplican y suicidan arrojándose por la ventana. Hay un largo poema, «Los enemigos de los mendigos», fragmento de su poema autobiográfico *Inventiones del recuerdo*. Pero sobre todo en «Anotaciones», el texto final, hay sentencias últimas, últimos deseos. El deseo de la muerte calma, el deseo del mar y el deseo de Bioy. Escribe: «Y aquí avanzo con la velocidad de una tortuga que espera, sin esperar, una tormenta. ¡Sálvame con tus brazos de agua de una vez! Y para siempre soñaré con vos en las largas noches de mi exilio. Y aquí en el agua me muero sin esperanzas de encontrar algo mejor que el agua, soy una exiliada. The only thing I love, A.B.C. “the rest is lies”.»

QUISIERA ESCRIBIR UN LIBRO SOBRE NADA

Silvina Ocampo vivió los últimos diez años en la confusión y el olvido del alzhéimer, encerrada, cuidada por enfermeras. Ernesto Montequin dice que los primeros síntomas aislados ocurrieron alrededor de 1985, y que hacia 1989 ya había perdido por completo la conciencia. «Sabía lo que le estaba pasando, hubo un lapso largo en que alternaba entre momentos de lucidez y de pérdida. Era consciente de que perdía la memoria, la inteligencia, incluso la lengua. No la pasó bien.» También cuenta que existen quince cuadernos de las enfermeras que atendieron a Silvina, una bitácora del deterioro.

Adolfo Bioy Casares marca un hecho como el inicio de la enfermedad. Lo cuenta en *Las dependencias*: «Nosotros íbamos a almorzar de vez en cuando a casa de unos amigos, ella iba como si fuera cualquier época de la vida. Un día esos amigos me aconsejaron un viaje. Silvina habrá sentido la posibilidad de que yo haga ese viaje y casi se desmaya. Desde entonces no

estuvo bien. Fue una cosa horrible para mí.» En su diario *Descanso de caminantes* describe esos últimos años, la vejez juntos. Él, diez años más joven, sentía ahora claramente la diferencia de edad que antes nunca había importado. Describe, sobre todo, la casa, que estaba muy deteriorada, como también cuentan todos los amigos y visitantes: «Mi casa está ruinoso. Se descascaran las paredes, convivo con las cucarachas. El desorden progresa y cubre todos los espacios. Diariamente algo se extravía en el desorden. Silvina tiene las mesas tan atestadas de papeles que al pasar uno provoca desmoronamientos. En algún sillón del dormitorio hay un misceláneo monolito de ropa usada. Por lo menos cuatro cuartos principales están clausurados. El temor de que importantes papeles de Silvina se pierdan, impide que voluntarios pongan orden. El temor de que un envenenamiento por el olor a pintura afecte los ojos y la garganta de Silvina impide que se arreglen paredes y techos. El tema de que un insecticida afecte la salud de Silvina, protege la salud de las polillas, hormigas y cucarachas. Al campo casi no puedo ir. Si me quedo allá más de un día, Silvina desespera.»

Sin embargo, también consigna pequeñas charlas que iluminan los raptos de lucidez y humor de Silvina en aquellos años. Entrada del 25 de marzo de 1984: «Silvina vio en la televisión la película *Perdida en el mar*. Entro en el cuarto y me dice: “Qué desagradable. Es como uno de mis cuentos pero mucho más divertido.”» Entrada del 21 de mayo de 1988: «Silvina dijo que en la actual literatura argentina únicamente había dos tipos de escritores: los que imitan a quienes los precedieron y los que escriben disparates.» 8 de abril de 1989: «Silvina entra en mi cuarto y me dice: “No sé qué hacer. No tengo nada que hacer. ¿Comprendés? Absolutamente nada.”»

En esos últimos años siguió recibiendo visitas. La de la escritora y periodista Matilde Sánchez, que estaba editando una antología con sus relatos (*Las reglas del secreto*, FCE, 1991), que recuerda hoy esos extraños encuentros: «Yo llegaba a verla con alguna azalea, cada vez de un color distinto, a fin de que me recordara y pudiéramos retomar la charla.» Pero Silvina nunca se acordaba y cada azalea era una azalea nueva, que la alegraba como la primera vez.

La de Edgardo Cozarinsky, que vivía en París: «Cuando volví por

primera vez de visita a Buenos Aires, en 1985, la encontré disminuida, con olvidos y distracciones, discretamente, risueñamente disimulados por Bioy en la conversación. De lejos me iba a enterar, gracias a Alejo Florín, médico de cabecera de los Bioy y amigo mío, de su ausencia mental, al principio intermitente, luego definitiva. Una noche de diciembre de 1992 o enero de 1993 mientras comían en el difunto restaurant de La Biela, Alberto Tabbia le recordó a Adolfo cuánto le gustaban a Silvina los *Liebesliederwalzer* de Brahms y sugirió que podría ser una buena idea hacérselos escuchar. Días más tarde le pregunté a Bioy por el resultado de esa experiencia; no había habido signo alguno de reconocimiento por parte de Silvina.»

Esas enfermeras atentas que anotaban la crónica del deterioro fueron, para Silvina, carceleras. A Elena Ivulich, su secretaria, le dijo: «Voy a sacar en *La Nación* un poema contra las enfermeras.» Se quejaba, contaba Elena, porque no tenía tiempo para estar sola, para sus cosas. A Jovita, que la acompañó hasta el final, también le hablaba de las enfermeras: «Yo no quiero esta gente alrededor mío», le decía, «por qué me ponen un guardián. Mi marido me puso una guardia permanente, estoy presa en mi propia casa.»

Las enfermeras llegaron alrededor de 1990, y fue por esa época cuando Silvina le dejó de hablar a Bioy completa y definitivamente. Con los demás hablaba: contestaba las preguntas y, aunque sus respuestas podían ser absurdas, delirantes o penosas, había respuesta. Pero con Bioy no. Le impuso el silencio más cruel, una suerte de castigo inesperado. Cuenta Jovita en *Los Bioy*: «Yo creo que cuando la señora dejó de hablar lo hizo a propósito. ¿Por qué hablaba conmigo, por qué hablaba con Pepe y al señor no le dirigía la palabra? Todavía no estaba postrada, iba de aquí para allá, miraba televisión, se sentaba en el sillón, discutía con las enfermeras. “Mi marido me tiene presa”, decía. Cuando se levantaba a la mañana él iba a ponerse de rodillas, delante de ella, que estaba sentada en el sillón y le suplicaba: “Silvinita, por favor te pido por favor, dame un beso, me muero por un beso tuyo.” Ella miraba para otro lado, se vengaba de él. “Por lo que más quieras, Silvinita, no me hagas esto, no sabés el daño que me hacés.” Pero la señora nunca más le habló.»

Según Jovita, las enfermeras no fueron la única ofensa, y quizá tampoco

la más importante. En los años de enfermedad, Bioy planeaba viajes con sus amantes adelante de Silvina, y algunas de esas mujeres pasaban días en el departamento. Quizá la presencia de las amantes no fuera lo que más atormentaba a Silvina, sino la posibilidad de que él se fuera. Jovita escribe: «Silvina sufría horrores. La sensación que tenían esas mujeres es que Silvina ya no contaba. ¿No pueden hablar en otro lugar y no delante de ella? ¿No ven que la señora se desespera?, les decía. Silvina me llamaba con los ojos para que me acercara a ella y me hacía un gesto con el puño en el brazo del sillón para que hiciera algo, no sé, para que las echara de allí, y hasta llegué a pensar que quería que les pegara.»

Bioy admite que, en esos últimos años, pudo haber sido un mejor compañero. Dice en *Las dependencias*: «Ella desvariaba y se avergonzaba, sufría por eso, conocía su situación. A veces con egoísmo yo no quería verla sufrir y tengo un recuerdo de no haberla acompañado bastante. Cuando tengo suerte la recuerdo como estaba en el campo, antes de casarnos. Cuando no tengo suerte, la recuerdo en los últimos años.»

Incluso en esos años, Silvina siguió escribiendo. Su último libro de cuentos, *Cornelia frente al espejo*, es también –salvo por algunos textos escritos anteriormente– un libro de la vejez. Un libro en el que escribe y reflexiona sobre la vejez. En «Los retratos apócrifos», por ejemplo, escribe: «Envejecer es cruzar un mar de humillaciones cada día, es mirar a la víctima de lejos, con una perspectiva que en lugar de disminuir los detalles los agranda. Envejecer es no poder olvidar lo que se olvida. Nunca pienso que soy vieja ahora que soy vieja; es un ejercicio demasiado brutal este cambio inmerecido.» Y en «Anotaciones», el texto final, están las últimas palabras que publicó en vida, el estremecedor cierre del libro: «Quisiera escribir un libro sobre nada.»

Entre 1988 y 1989, corriendo una carrera contra la pérdida de la lucidez, terminó una de sus dos únicas novelas, *La promesa*, publicada de forma póstuma en 2010 por Lumen. Explica Ernesto Montequin, encargado de la edición: «Corrigió y completó el texto en esos años, pero lo trabajó con largas intermitencias durante casi veinticinco años. Sin saberlo, o más bien

con una intuición oscura, como si supiera cuál iba a ser su destino, contaba la historia de la protagonista y, al hacerlo, narraba su propio naufragio.» La trama de *La promesa* es sencilla: una mujer, pasajera de un barco, cae al mar. Sabe nadar muy bien y entonces, para no hundirse, para evitar la desesperación, hace una galería de recuerdos, va nombrando y describiendo, retratando a personas que conoció durante su vida. Hugo Beccacece, en su reseña de *La promesa*, escribió: «Hacia el final, el agua que entra, cada vez con más frecuencia, por la boca de la Scheherezade marina anuncia el final inminente mientras la memoria reitera, sin advertirlo, las mismas palabras y las mismas imágenes. El movimiento de la conciencia se atasca y adquiere la lógica siniestra de la agonía o de una demencia repetitiva. Como señala Ernesto Montequin, a cuyo cuidado estuvo la edición, en las últimas páginas la voz del personaje, en la ficción, y la voz de la autora, en la realidad, coinciden. Esas frases fueron algunas de las últimas que Silvina Ocampo escribió sobre el papel.»

LA LLUVIA, LOS GATOS

Silvina Ocampo murió el 14 de diciembre de 1993, a los noventa años, en su cama. Un día antes, Adolfo Bioy Casares había regresado de un viaje a Europa. La velaron en su cuarto. Bioy y su nieta Victoria decidieron no ir al entierro, en el cementerio de la Recoleta, a pocos pasos del departamento de Posadas, y avisaron a muy pocas personas. Llovía espantosamente. Cuando el ataúd estaba en la capilla, recibiendo las oraciones finales, entraron algunos gatos, y uno se ubicó bajo el cajón, como si fuera custodio y compañía.

El obituario publicado por *La Nación* el 15 de diciembre de 1993 ocupa una página completa y tiene tres artículos: uno firmado por el periodista y escritor español Juan Cruz, y los otros dos —un perfil y una breve crónica del entierro— firmados por Hugo Beccacece. En la foto elegida para ilustrar, Silvina tiene algo más de cincuenta años. Está con Bioy y Borges, sentada, y su falda corta deja ver sus piernas de fábula.

La crónica del entierro es el más notable de los tres textos, el más raro.

Dice: «Silvina Ocampo adoraba Venecia y con esa mirada tan aguda como desbordante de originalidad, había encontrado en la Argentina un lugar que le hacía recordar la ciudad del Adriático. Según ella, las callejuelas de la Recoleta eran una réplica del laberinto veneciano interrumpido por canales. Sabría que al final de su vida habría de descansar allí en la bóveda de sus antepasados, los Ocampo, y en algunas ocasiones había caminado entre los monumentos acompañada por el crítico literario Enrique Pezzoni para pasear y tomar fotografías.» Luego, cuenta que el sepelio se realizó a las cuatro de la tarde, que por deseo de la familia la noticia se divulgó apenas entre los amigos muy íntimos y que «Bioy Casares no asistió a la inhumación pero sí lo hizo su hija Marta, así como Angélica Bengolea, Rosa Zemborain y los escritores Vlady Kociancich, Francis Korn y Jorge Torres Zavaleta, entre otros». También habla de la lluvia y de los gatos. Y en el perfil Hugo Beccacece escribe: «Todos los seres humanos son irrepetibles, pero los que la conocieron y admiraron saben que ella lo fue en grado sumo. Ha sido una de las mujeres más fascinantes de la Argentina, la verdadera reina de la gracia y la poesía.»

En *Los Bioy*, Jovita Iglesias cuenta que Bioy, desconsolado por la muerte de su esposa, mandó cerrar con llave su cuarto. El duelo, intenso, fue sin embargo breve y reemplazado por otro, inesperado, infinitamente más cruel. El 4 de enero de 1994, su hija Marta había ido a Pardo, a visitar de urgencia la estancia de Rincón Viejo, pero había sido un viaje de unas horas: no quería estar lejos de su padre. Por la tarde, ya de regreso en Buenos Aires, decidió salir un rato, ir a visitar a una amiga. Fue caminando: era verano, hacía calor. En la esquina de la calle Rodríguez Peña y la avenida Las Heras, un colectivo chocó contra un Renault 12 y el auto, que voló por el impacto, aplastó a Marta, que pasaba por la vereda. La llevaron al hospital Fernández, a cuerdas de donde sucedió el accidente, pero no pudieron salvarla. Sus hijos, Victoria y Florencio, fueron al hospital, pero su padre no. No solo no fue sino que le ocultaron, durante horas, la muerte de su hija, que tenía apenas treinta y nueve años, y que moría apenas veinte días después que su mujer, Silvina.

María Esther Vázquez todavía recuerda esas horas: «Pobre, todo el mundo se iba juntando en la casa y todos sabían que su hija había muerto,

pero no se lo decían. Las horas pasaban y nadie sabía cómo decírselo. Fue tristísimo.»

Bioy estaba en su casa con su prima Margot. Mientras, en la cocina, Jovita Iglesias y su marido recibían llamadas telefónicas y manejaban la situación como podían. El médico personal de Bioy, Alejo Florín, les pidió que no le dijeran nada hasta que llegara él. Con el paso de las horas, el departamento se fue llenando de gente, pero todos se escondían en la cocina. Callaron hasta la noche. Cuenta Jovita en *Los Bioy*: «Bioy lo supo recién cuando llegó el doctor Florín, que fue el encargado de darle la noticia. Yo no pude ir a verlo, no me animaba a acercarme a él... El señor estaba enloquecido.» Bioy tenía setenta y nueve años y se recuperaba de una fractura de cadera. No dio muchas notas después de esas muertes, pero en un artículo de Carlos Ares, publicado en el diario *El País* de España el 29 de enero de 1994, casi un año después de la muerte de Marta, Bioy dijo, sobre Silvina: «Me dicen que su larga enfermedad me debería haber preparado para la muerte, pero ¡es tan distinto eso a la nada que provoca la muerte!» Y sobre Marta: «Cuando me lo contaron, pude entender una frase vulgar que se dice en estas ocasiones: tengo que creer que esto es verdad. Con Marta el dolor fue aún mayor porque ella era muy joven. Yo trato de consolarme pensando que cada día pasamos por todas las experiencias de la vida, pero debo ser sincero y reconocer que esto no es más que una disquisición intelectual, lo real es el dolor.»

El dolor llegó acompañado de problemas económicos. Un artículo de María Esther Vázquez en *La Nación* dio a conocer el nuevo drama de Bioy: el segundo marido de Marta, Alberto Frank, lo demandó por medio millón de pesos en 1996. Para hacer frente al reclamo, Bioy vendió Villa Silvina, en Mar del Plata, que de todas maneras ya no usaba desde hacía más de veinte años, pero temía tener que vender también el departamento de la calle Posadas. Escribía María Esther Vázquez en *La Nación* el 3 de marzo de 1996: «A los 81 años, y luego de cuarenta y dos de vivir en su piso de la calle Posadas, Bioy Casares teme que lo obliguen a dejarlo. En esa casa escribió lo mejor de su obra, compartió miles de horas felices a lo largo de cuatro décadas con su mujer, Silvina Ocampo. Entre esas paredes, forradas de libros y de fotografías, floreció la bella amistad que lo unió a Borges,

creció su hija Marta, nacieron sus tres nietos, murió su padre. Al amparo de esas paredes lloró las muertes de su mujer y de su hija hace apenas dos años. Ahora, el segundo marido de Marta le cuestiona cierta herencia que Bioy recibió de su madre, y para hacer frente a sus pretensiones –si la justicia fallara en su contra–, Adolfito tendría que vender el piso. El hecho conmueve a sus amigos. Es deplorable que esta pena, esta angustia, hayan caído sobre una persona tan bondadosa, quebrada e indefensa como Bioy, quien, además, y nada menos, es uno de nuestros mejores escritores.» Una semana después, el 10 de marzo, Alberto Frank contestó, también en *La Nación*, molesto con Vázquez: «Fui el segundo marido de Marta Bioy con quien tuvimos a Lucila y por quien debo velar por sus intereses morales y materiales. Es evidente que la autora ni siquiera sabe que intervengo en el sucesorio en interés de mi hija menor de edad y no en el mío personal. No obstante ello me califica como codicioso. Independientemente del debate judicial y sus resultados el trato personal con él (Bioy) ha sido siempre de mutuo respeto y afecto recíproco. Puedo suponer que entre sus íntimos el señor Bioy Casares haya manifestado su contrariedad por el resultado adverso de un incidente en el que debatimos intereses contrapuestos, es humano y natural, pero estoy seguro de que él no autorizó a la autora a publicar la nota y menos aún que en alguna oportunidad se haya expresado en los términos que esta emplea. El piso de la calle Posadas que era propio de Silvina se lo hemos preadjudicado a Bioy. Respecto del mismo no media ni medió discusión alguna, por lo que mal puede estar afectado por lo hecho hasta aquí y menos aún por la decisión judicial pendiente que se refiere a una cuestión absolutamente diferente.»

En una entrevista de Marcelo Franco publicada ese mismo día en el diario *La Nación*, Bioy explicaba los términos de esta disputa: «Hace un tiempo compré un campo con dinero heredado de mi madre. Pero los negocios del campo vinieron mal, necesitaba fondos para vivir y decidí vender esa propiedad. Saqué de esa venta un millón de pesos. Entonces Frank me dijo que yo tenía que darle 400.000 pesos de esa suma en razón de los intereses de mi nieta. Mis abogados entendieron que ese proceder no correspondía y se fue a un pleito. Frank ganó la primera instancia. Si gana la segunda instancia, aunque mis abogados siguen diciendo que el juicio

finalmente nos favorecerá, debería pagarle una suma cercana a los dos millones quinientos mil pesos. Eso para mí sería la ruina total. Tendría que vender mi casa y todo lo que tengo, incluida mi biblioteca, que es mi vida y que pensaba dejar en donación al país.»

El pleito quedó resuelto poco después de estos intercambios, y Bioy pudo conservar su departamento de Posadas, donde vivió los últimos años de su vida, años que tuvieron un compañero inesperado: su hijo Fabián. Después de la muerte de Marta, Bioy empezó a visitarlo: el joven vivía en Francia, itineraba entre sus casas de París y Cagnes-sur-Mer, y sabía desde sus dieciocho años quién era su padre biológico. Su madre era –es– Sara Josefina, «Fina», Demaría, una mujer de fabulosa belleza que se casó con un millonario de la familia Ayerza. La primera vez que se vio al padre y al hijo juntos fue en 1997, en París. Bioy fue a ver la versión de *Lluvia de fuego*, obra de teatro inédita de Silvina, que montaron, en el Teatro de Bobigny, Alfredo Arias, en la dirección, y Marilú Marini y Rodolfo de Souza, en los papeles principales. Después de la obra –que a Bioy le gustó mucho– un fotógrafo se le acercó y le tomó una foto junto a un joven de poco más de treinta años. Bioy lo presentó como su hijo. Para entonces Fabián todavía llevaba el apellido Ayerza. Un año después fue reconocido legalmente y adoptó el apellido Bioy Casares. Fabián Bioy no estaba en Buenos Aires cuando murió su padre, en marzo de 1999, a los ochenta y cuatro años. El propio Fabián murió poco después, en Francia, a los cuarenta años, en febrero de 2006.

Silvina Ocampo está enterrada en la bóveda familiar, que no tiene ninguna placa que lleve su nombre. Quien no sepa que su cuerpo está allí, no tendrá indicios para descubrirlo. Por fuera solo se ven placas con los nombres de Victoria y Angélica Ocampo, y las fechas del nacimiento y la muerte del padre.

No hay –todavía– nada que mencione a la hermana menor.

AGRADECIMIENTOS

Gracias primero y especialmente a Leila Guerriero, editora exigente y atentísima, siempre cariñosa, preocupada y encantadora. Las virtudes que pueda tener este libro son responsabilidad de ella, los defectos todos míos.

Gracias a Silvia Renée Arias, Hugo Beccacece, Salvador Biedma, Ivonne Bordelois, Silvia Catino y el personal de Mar del Plata Day School, Juan Pablo Correa, Edgardo Cozarinsky, Esther Cross, Axel Díaz Maimone, Oscar Giménez, Marcelo Gioffré, Mercedes Güiraldes, Nicolás Helft, Francis Korn, Ernesto Montequin, María Moreno, Julia Muzzoppapa, Fernando Noy, Eduardo Paz Leston, Judith Podlubne, Ana Prieto y la Fundación Tomás Eloy Martínez, Luis Pucci y los vecinos de Villa Pardo y Las Flores, Matilde Sánchez, Ernesto Schoo, Juan José Sebreli, Jorge Torres Zavaleta, Noemí Ulla, María Esther Vázquez y María Ofelia Zanetta. Y gracias a Paul, como siempre.

Edición en formato digital: junio de 2018

Mariana Enriquez.

EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2018

 cover